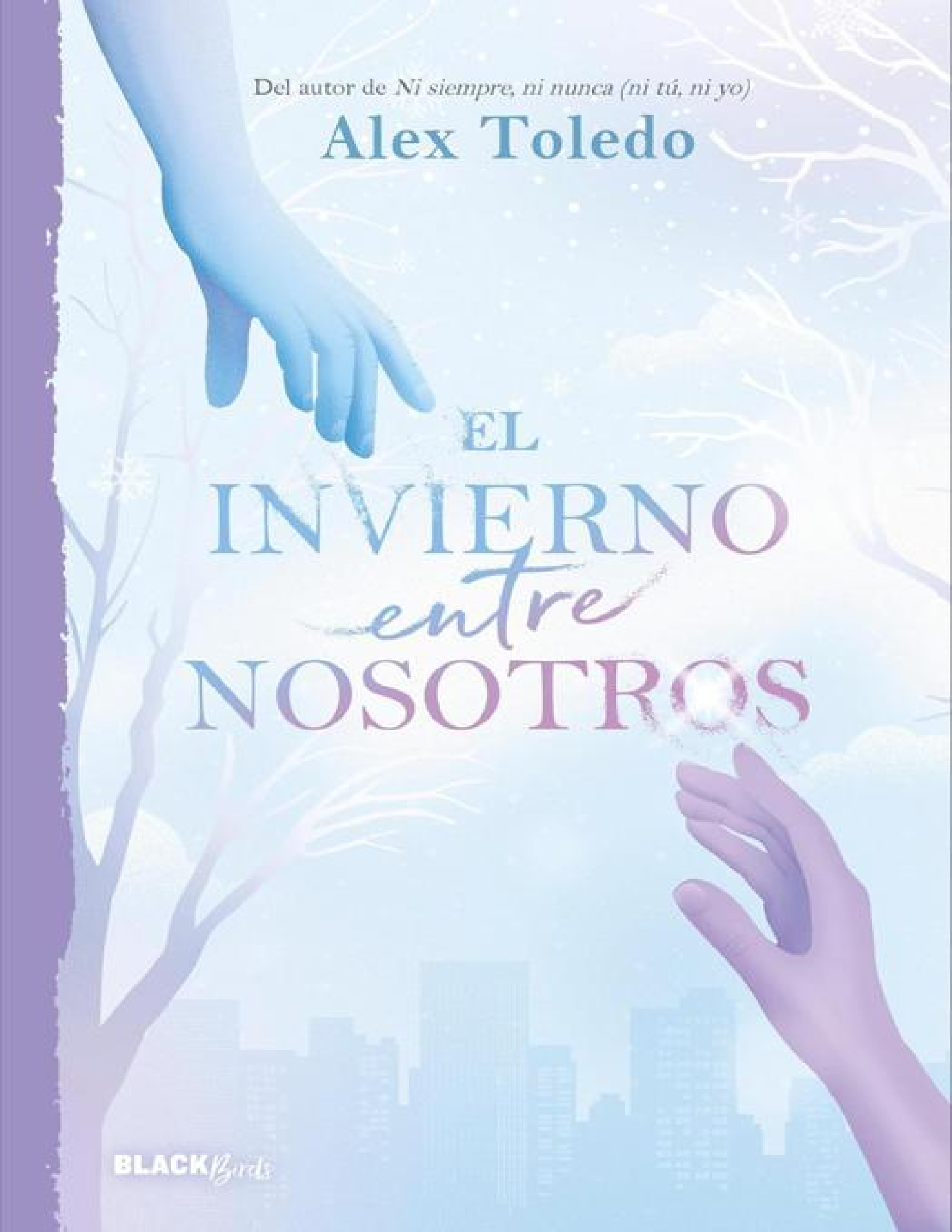
Del autor de *Ni siempre, ni nunca (ni tú, ni yo)*

Alex Toledo



EL INVIERNO *entre* NOSOTROS

BLACKBirds

El invierno entre nosotros

ALEX TOLEDO

El invierno entre nosotros (LADO A)

BLACK Birds

Para todos esos amores a los que se les congeló
su primavera
y perecerán en el invierno de la ruptura, aunque
aún no lo sepan.

ADVERTENCIA

Si este libro ha llegado hasta ti, entonces ya es muy tarde y el invierno te alcanzó sin que pudieras hacer nada para salvarte de ese gélido temporal que acabó o está a punto de acabar con tu relación. Nada puedes hacer para huir de estas páginas que seguro van a dolerte, pero son lo más cercano a un remedio para rescatarte.

En este libro se cuentan dos versiones de la misma historia, por eso su formato es doble.

Siempre en una ruptura existen dos caras de la misma moneda: la que se aferra a quedarse, aunque no sea lo más sano, y la que quiere irse a pesar del dolor y culpa que eso pueda causarle.

Tú eliges por dónde empezar o si alternas entre un lado y otro. Si has elegido este lado de la historia es porque aquí están las respuestas que buscas.

Estoy seguro de que has elegido bien.

De cualquier forma, leer estas páginas va a destrozarte y me temo que es inevitable. Si decides continuar, tienes que saber con toda claridad que no hay marcha atrás. Cada párrafo de este libro puede ser como el invierno que llega y no da tregua, que todo enfría y congela a su paso sin pedir permiso, sin remordimiento alguno.

Quizá el único antídoto para que vuelvas a juntar todas tus partes rotas luego del inevitable adiós sea que conozcas las dos caras de la moneda y llegar al final. La verdad no estoy seguro de ello, sin embargo, es posible que funcione.

De algo sí estoy seguro: ese invierno pasará. Créeme.

Mientras tanto, una disculpa de antemano. Y ten a la mano el número de tu terapeuta.

Una cosita más antes de continuar:
la música no siempre nos ayuda a sanar, a veces solo es una dulce compañía que hace que esto de romperse se sienta más poético y menos solitario.
Valida nuestras emociones para saber que está bien sentirlas y, así, atravesar los inviernos que llegan y azotan el corazón.
Escanea el código QR y disfruta de la playlist oficial de este libro en Spotify
con todas las canciones que me acompañaron para escribir estas páginas y me ayudaron en algún momento a sobrevivir a esos inviernos que me congelaron uno que otro amor.



AGRADECIMIENTOS

Ya sé que es raro poner los agradecimientos al principio de un libro, pero seguro ya habrás notado que el formato de este es muy diferente al acostumbrado y no quiero dejar de darle las gracias a todas las personas que han hecho posible este maravilloso libro poniendo su talento, tiempo y esfuerzo.

Primero que nada, gracias a mi fantástica editora Amanda Calderón, por tomarme de la mano y, con su sabiduría, buen ojo y tremenda experiencia, terminar de poner estas páginas lo más guapas posibles para salir al mundo. Ansiaba el momento de mencionarte en mis agradecimientos. Es mucho lo que te admiro, te respeto y más todavía lo que te quiero. Un sueño cumplido trabajar contigo. Gracias también a mi queridísima "mamá editorial", Elizabeth Rosales, por seguir confiando y creyendo en mí desde el día uno. A veces parece que fue ayer cuando un muchachito de apenas veinticuatro años se presentó en tu oficina por primera vez. Gracias por cobijar y dejar ser a ese muchacho, él y yo te queremos no sabes cuánto.

Gracias a Mariana Vega, mi increíble diseñadora por la espectacular portada que es la carta de presentación de este libro, y gracias, por supuesto, a cada una de las personas y a todo mi equipo editorial dentro de Penguin Random House por hacer posible que este libro llegue a la gente que me lee. Como siempre, reconozco, aplaudo y valoro muchísimo su trabajo, porque ustedes son parte sustancial de este bonito y noble oficio.

Y por supuesto, gracias a ti que me lees, no importa si lo haces desde hace años o me acabas de descubrir. Como sea, agradezco que estés aquí y que este libro esté en tus manos. Gracias por dejarme entrar en tu vida a través de lo que escribo y, como siempre

digo: deseo que cada una de las cosas que puedas encontrar aquí, o en cualquier otro de mis libros, te alivie y sane en ti eso que no le cuentas a nadie. Gracias por acompañarme en este nuevo viaje.

Con todo mi cariño,
@alejillotol



INTRODUCCIÓN

Crónicas de rupturas anunciadas y otras formas de terminar en terapia

¿Crees en la vida después del amor? Eso es lo que con tanta insistencia preguntaba Cher a finales de los noventa en *Believe*. A simple vista parece un cuestionamiento romántico que funciona solo para la métrica y lírica de la canción, pero en realidad encierra una encrucijada en la que, a veces, sin darnos cuenta, más de uno hemos aterrizado al preguntarnos lo que sigue luego de haber dejado a alguien o vivido lo que es terminar una relación que, sin saber cómo, empezó a agonizar.

Sin temor a equivocarme, puedo decir que terminar una relación, por la razón que sea, es de las cosas más incómodas que las personas podemos experimentar. En la mayoría de los primeros encuentros con alguien se cuela la juguetona idea de que ocurra algo con esa persona y que dure. Nadie, al menos no de manera consciente, inicia una relación pensando en que termine. ¿Quién en su sano juicio quiere pensar en el final cuando recién empieza con alguien? Aunque también es cierto que la simple idea suele ser como un fantasma que acecha detrás de la cortina del amor y nos recuerda, en segundo plano, la siempre existente posibilidad de que se vaya al carajo.

Pero ¿qué pasa cuando esos finales comienzan a colarse como corrientes de aire en una ventana rota, como si se tratase de la crónica de una muerte, o, en este caso, una ruptura anunciada? No es lo mismo perder una relación que quizá sabías que estaba destinada a no ser o que nació muerta —aceptémoslo, no hay nada

más excitante que meterse en una relación que sabes que no funcionará y te llevará tres años a terapia— a aceptar la muerte de una relación que marchaba bien y por la que se intentó todo para rescatarla y hacerla sobrevivir. Cuánta adrenalina hay en meter el corazón donde sabemos que ya no cabe.

Y es que a veces el amor no es suficiente para mantener algo con vida. Quien piense lo contrario o es muy joven y le falta vivir o peca de ingenuidad. Con el tiempo, uno se da cuenta de que mantener viva la primavera en una relación es un arduo trabajo que requiere tiempo, esfuerzo y voluntad. No basta con gustarse o tener buen sexo, eso es para los adolescentes y personas que prefieren vivir en cuentos de princesas y amores, porque quienes no, sabemos que el verdadero amor es, incluso, reconocer cuándo irse por mucho que duela y por más que asuste.

La primera vez que tuve una ruptura, a los catorce, pensé que era el fin del mundo. Lloré tanto que ahora, a mis treinta y tantos años recién cumplidos y mientras escribo estas palabras, pienso que fue una exageración y que el rufián ni siquiera lo valía. A partir de ahí empecé a ser el ex de algunas personas y algunas personas se convirtieron a su vez en mis ex. No todas dolieron igual. Algunas las superé en cuestión de días, sobre todo cuando era yo quien tomaba la decisión de terminar. Pero un día llegó esa relación que me enseñaría lo mucho que duele dejar a alguien y comenzar a extrañarla desde antes de terminar, porque algo dentro de mí sabía que el final era inminente, aunque no quise hacer caso a eso.

Lo que hizo que doliera tanto es que fue una relación más en forma, algo serio. Vivíamos juntos y, para entonces, su mundo y el mío estaban tan involucrados que abandonar la relación era en suma complicado. La cotidianeidad era nuestro telón de fondo y con él todas las cosas que fueron llenando los cajones y las vitrinas emocionales que ambos habíamos ido construyendo con el paso del tiempo. Todo estaba ahí: las películas que me gustaban a mí desde siempre y que luego terminaron siendo sus favoritas, o las canciones que yo no conocía, pero luego también adopté. Y claro, las cosas que descubrimos juntos por primera vez y se convirtieron en un tesoro secreto que solo nosotros conocíamos y nos vincularon aún

más. Los restaurantes que se volvieron nuestro lugar feliz, los amigos que luego compartimos, los libros que comentábamos, la familia… tantas cosas.

Porque, al final de cuentas, una pareja termina convirtiéndose en el tiempo que se le invierte a crear una vida juntos. A esas alturas del partido, ya no solo éramos él y yo por separado: éramos eso en lo que ambos nos habíamos convertido a raíz de conocernos. Después de todo, uno no es la misma persona al inicio de una relación que al final, y esa versión en la que nos transformamos al lado de alguien a veces puede ser lo que se extraña.

Pero ¿qué pasa con las relaciones que uno no quiere dejar, por las que creemos que podemos luchar, aunque sabemos que es una batalla perdida? Y peor aún, ¿qué se hace cuando alguno de los dos no quiere terminarla? Siempre hay una parte que quiere hacerlo y otra que no. Ahí es cuando comenzamos a echar de menos a esa versión de nosotros mismos que fuimos al lado de esa persona y creo que eso es el amor: enamorarnos de eso en lo que nos convertimos a través de los ojos del otro, porque nos hace bien. Y despedirse de esa parte… está cabrón.

Supe que esa primera relación que me dolió tanto iba a terminar un año antes. Es sorprendente la capacidad de la mente y del espíritu para intuir lo que va a ocurrir y avisarnos con tiempo, aunque casi nunca le hacemos caso por miedo y por pendejos. No hay más. Recuerdo la primera vez que tuve ese presentimiento: llegué a casa después del trabajo, pasadas las siete. No había nadie; él solía llegar más tarde. Dejé mi chamarra en el perchero, me lavé las manos y me senté en el sofá de la sala mientras me quitaba los zapatos, y ahí, en ese instante de contemplación, supe que pronto me iba a tener que despedir de esas paredes. Emocionalmente comencé a mudarme esa noche, pero no lo sabía o no quise entenderlo. Luego llegó él y empezó la rutina de siempre: hablar del día en el trabajo, hacer la cena y escoger alguna serie o película pendiente para tener algo de ruido de fondo mientras comíamos.

Luego de recoger, lavar trastes y prepararse para dormir, él apagó la luz y me dio un beso de buenas noches y yo permanecí ahí, mirando el techo tratando de descifrar lo que momentos antes había

sentido como un aviso de lo que más adelante ocurriría. ¿Me pasaba solo a mí o a él también? Y si era algo que a ambos nos ocurría, ¿por qué él no me decía nada? ¿Tendría miedo también? Nadie sabe qué hacer con el amor cuando agoniza, ni con el tiempo que invertimos y menos con lo mucho que se queda en el tintero y en esas maletas llenas de recuerdos en común que luego tenemos que arrastrar como un lastre mientras vemos qué hacer con ellas o les buscamos algún espacio temporal en lo que nos mentalizamos para, un día, finalmente, poder vaciarlas.

No quise creerle al presentimiento, así que apagué la luz y me dormí, esperando no sentir eso mismo al día siguiente… pero sabía que ya no había marcha atrás.

Con el tiempo esa sensación de no pertenecer se intensificó y poco a poco se fue convirtiendo en un fantasma personal que me perseguía a cada instante, sobre todo cuando llegaba a casa y tenía que estar con él. Lo que empezó siendo un temor por dejar algo que consideraba *hogar* (no hablo de la casa) se convirtió en incomodidad y, después, en un hastío con el que tuve que aprender a convivir. Yo me convertí en quien empezaba a querer dejar esa relación.

A veces pensaba en cada aspecto bueno y bonito que aún nos quedaba, aunque fuera poco y ocurriera de vez en cuando, y esas migajas de amor que quedaron como rastro de lo que una vez fuimos fueron el combustible con el que forcé a esa máquina a que siguiera avanzando.

Había ocasiones en las que su presencia me calmaba. Pensaba: "Qué cómodo llegar a casa y que alguien me haga compañía". Cosas tan cotidianas como ir juntos al supermercado, ver alguna película y sentir el calor de su cuerpo junto al mío los domingos lluviosos y con frío, me parecían reconfortantes.

Entonces lo entendí todo: ya no era amor, era comodidad. Y no quería perderla.

¿Por qué dejamos que se marchitara algo que inició siendo un hermoso jardín? Me lo preguntaba con frecuencia. No sé con exactitud cómo lo habrá vivido él, pero estoy seguro de que también se daba cuenta del frío que comenzaba a colarse entre los dos porque intentaba hacer cosas para mantener el calor encendido,

pero sus esfuerzos fueron en vano. Los días se transformaron en una distancia de la que nos fue imposible escapar. Las charlas largas se convirtieron en charlas pequeñas, simples y básicas. Ya no era la primera persona a la que le contaba mis novedades y, para ser honesto, ya no me daban ganas. Él también dejó de hacerlo. Así llegó el invierno. Duró un tiempo, luego se fue y nosotros con él, en direcciones opuestas.

Pensando en esta experiencia fue que me pareció interesante explorar cómo se vive ese tiempo previo a la ruptura y lo que pasa antes del adiós definitivo, porque cuando estamos en situaciones así no podemos evitar caer en el autoengaño y la contradicción, irónicamente es justo ahí, en el umbral del adiós, donde por un instante reaparece todo ese amor que sentimos por la otra persona y comenzamos a extrañarla, aunque después de un tiempo nos demos cuenta de que eso no era amor, sino nostalgia y un intento de encontrar un pretexto que nos hiciera quedarnos y tratar que volviera a funcionar algo destinado a perecer.

Me resulta curiosa la forma en la que a los finales de una relación les gusta anunciarse con mucha anticipación y de diferentes maneras. Casi siempre, lo que las parejas vivimos poco antes del final no es más que la "crónica de una muerte anunciada", pero preferimos obviarlo, mirar para otro lado, buscar en el pasado en común con esa persona algún elemento que nos ayude a rescatar ese barco en vías de hundirse… y solo hasta que el agua nos ha llegado al cuello es cuando entendemos que pudimos haber salido mucho antes, sin tanto daño. Lo hacemos porque dejar ir así, sin más, tanto tiempo invertido, tantas expectativas, tantos deseos incumplidos, tantos planes y, sí, un amor inicial que nadie nos va a reponer, es una pérdida considerable para la que nadie nos prepara, nadie nos dice qué debemos hacer cuando el invierno emocional lo invade todo. Nadie.

No escribí estas páginas para evitarte la llegada de ese invierno hostil que arrasa cuanto construiste al lado de alguien que creíste era el amor de tu vida, y no prometo hacer que duela menos (de hecho, es probable que quieras llamar a tu psicólogo de confianza *guiño, guiño* luego de leer este libro, y no te culpo: yo lo hice),

pero lo que sí prometo es que estas páginas se sentirán como un cálido empujoncito que te permita darle voz y salida a eso que aún llevas dentro, al menos hasta que sepas a dónde ir. Porque créeme: lo sabrás.

Somos seres programados para vincularnos, sentir apego y pertenecer. No podemos evitarlo y muchas veces ni siquiera somos conscientes de ello. Dejar a alguien, salir de una relación y volver a la vida que teníamos antes de esa persona puede resultar un deporte extremo, un retorcido laberinto emocional del que salir bien librado es digno de reconocimiento. Justo de eso va mi libro *Ni siempre ni nunca (ni tú ni yo).*

El invierno pasará y llegará otra primavera, primero contigo y tal vez, con el tiempo, con alguien más, pero hasta entonces te toca darte cuenta de que, aunque tu relación terminó o está en vías de hacerlo, la vida no acaba con ese adiós. Esa es la parte complicada: saber cómo continuar teniendo en cuenta que nada ni nadie se va a detener solo porque te llegó la despedida con alguien. Seguirá amaneciendo, volverá a ser domingo, llegará otra Navidad, otro Año Nuevo y no podrás evitarlo.

Sé cuánto duele y lo mucho que aterra soltar. Si este libro llegó a ti, debe de ser por una buena razón, algo dentro de ti sabe que quedarse al lado de ese alguien ya no es vida, ya no es amor. Puedes elegir sentarte a esperar y ver pasar la vida o tomar tus maletas y avanzar junto con ella, porque el hecho de que acabe tu historia con alguien no significa que acabe la tuya.

Ojalá que al final de este libro elijas lo segundo.

Ojalá que sí.

Te abrazo,
@alejillotol



PREFACIO

Antes del invierno…

Recuerdo la primera vez que vi su mirada buscando mi cara. Volteaba a todos lados esperando reconocerme en medio del tumulto del andén mientras bajaba del tren. No me había visto aún, pero yo sí, desde lejos. Su rostro, sus facciones y sus gestos me parecieron todavía más atractivos de lo que se veía en las fotos. Entonces me acerqué y finalmente su mirada se cruzó con la mía. Sonreímos con timidez y nos estrechamos la mano para luego darnos un beso torpe en la mejilla.

No me importó haberlo esperado casi una hora: ya estaba ahí y eso era lo que llevaba deseando por meses, cuando solo nos escribíamos por chat. Era una fría tarde de un 20 de enero, pero su presencia hizo que el entorno completo se sintiera más cálido.

No quise adelantarme, aun así algo dentro de mí susurró: "Aquí es".

Y no me equivoqué.

La tarde se volvió noche, y la noche, madrugada. Terminamos bebiendo cocteles malos y comiendo las peores papas a la francesa en un mercado gastronómico hípster. No nos importó. Habíamos charlado ya de tantas cosas que no sentimos el paso del tiempo y solo nos dimos cuenta de la hora hasta que nos echaron del lugar.

Después de esa salida vino otra y otra y otra más, hasta que supe que podía vivir con sus defectos. Formalizamos.

La vida me empezó a saber diferente. Pasábamos tanto tiempo juntos que un día se me ocurrió que sería buena idea darle un juego de llaves de mi departamento. Llevábamos apenas unos cuantos meses de relación, pero no sentí que fuera necesario esperar más

tiempo. Además, me causaba conflicto que tuviera que regresar tarde a su casa o que me tuviera que acompañar a la mía a altas horas de la madrugada.

Ahora que lo pienso, darle una copia de las llaves fue una propuesta para vivir juntos… pero en alguien cupo la prudencia y no fue en mí, desde luego. El gesto lo tomó por sorpresa y me miró con una sonrisa incrédula. Yo esperaba que se abalanzara sobre mí, su respuesta en cambio fue más bien contenida. No le desagradó la idea, pero era evidente que no la esperaba. Tomó las llaves y me preguntó: "¿De verdad?". Yo respondí que sí. Me sonrió, me dio un beso y nos miramos de nuevo como lo seguiríamos haciendo por mucho tiempo. Se guardó las llaves en su pantalón y nos fuimos a comer.

Pasaron unos cuantos meses antes de que comenzara a mudarse conmigo. Nunca lo presioné para que diera ese paso, aunque en el fondo me moría de ganas de que lo hiciera, pero fui paciente. La mudanza comenzó gradualmente, llevando de poco en poco cosas de su departamento, y se consumó luego de unas semanas tras esperar a que terminara su contrato de arrendamiento. Yo me di el tiempo para hacer espacio suficiente en mi clóset… y luego en mi vida entera. No era la primera vez que yo vivía con alguien, sin embargo jamás había hecho tanto espacio para una pareja y además me lo tomaba en serio; no estaba jugando a la casita. Cuando llegó a mi vida, todo tomó otro matiz.

Por supuesto que dar ese paso no fue sencillo. La relación era distinta cuando cada uno vivía en su casa y se transformó en otra cuando empezamos a compartir el mismo techo. Conocí sus hábitos, desde los más peculiares y curiosos hasta los que menos me agradaban. Supongo que le pasó igual conmigo y mi tendencia al desorden y la acumulación; algo que, reconozco, mejoró mucho a partir de su llegada.

Recuerdo que la primera vez que entró a mi departamento, lo miró de arriba abajo con cierta reserva. No era el lugar mejor decorado, ni el más ordenado, ni tenía los mejores muebles. Yo aún vivía la vida de alguien en situación de soltería y hasta entonces la totalidad de mis días eran un ciclo entre dormir, levantarme,

ejercicio, trabajar, casa, dormir. Pasaba tanto tiempo fuera de casa que el aspecto y cuidado de mi departamento era la última de mis prioridades. Eso sí, al estar en planta baja y ser el único departamento del edificio con jardincito, me había esmerado en arreglarlo y tener mis plantas en perfecto estado, a excepción de ese árbol de jacaranda que no he logrado que florezca. Agradezco que no hubiera salido corriendo la primera vez que entró. No sé cómo pude vivir así durante tanto tiempo y por supuesto que no tardó mucho en empezar a poner orden y convertir ese espacio en un lugar más habitable en cuanto se terminó de instalar.

Luego de unas cuantas semanas viviendo juntos, surgieron nuestras primeras discusiones de pareja. Su obsesión con el orden y mi poco interés por mantenerlo era una terrible combinación. Tardamos poco más de un año en adaptarnos y llegar a acuerdos para poder convivir en paz, pero el orden y la limpieza fueron el menor de nuestros problemas. Cuando entramos al tema del dinero, la cosa se puso color de hormiga. Era la primera vez que tenía una conversación seria y adulta sobre finanzas con alguien que era mi pareja y, a juzgar por su actitud, creo que también fue la suya. Nadie nos enseña a hablar de dinero. Tuvimos que ser muy maduros para lograr construir una dinámica financiera con la que ambos nos sintiéramos cómodos. Nos llevó un tiempo, pero lo hicimos. Por mi parte, trabajando mayormente desde casa como editor junior en una revista de sociales, y por la suya, buscando empleo después de haber renunciado a su trabajo anterior como reclutador en una empresa de recursos humanos.

Los primeros dos años fueron una prueba de fuego. Fue un tiempo complicado y de muchos ajustes, pero cuando nos metíamos a la cama y nos abrazábamos antes de dormir, nada de lo demás importaba, ese momento hacía que todo valiera la pena. Llegar a casa sabiendo que habría alguien esperando por mí me provocaba una felicidad única.

Una vez oí a una psicóloga en un podcast decir que la forma en la que una pareja maneja los conflictos y dificultades durante los primeros dos años de la relación es un indicativo de cuánto puede llegar a durar. Nosotros superamos ese primer par de años con

mejores expectativas de las esperadas, y para cuando entramos a nuestro tercer aniversario, ya estábamos bastante adaptados. Aún había temas y detalles que afinar, pero, vamos, una relación es un proyecto siempre en proceso, y así lo entendimos. Creo que por eso hemos durado tanto. Ha sido una relación maravillosa, con tantas subidas y bajadas como se supone que deben tener las buenas historias de amor. Yo no sería quien soy si no lo hubiera conocido. He cambiado y en gran medida es gracias a su compañía. Me di cuenta de que quería ser mejor, que merecía que yo fuera mejor, y eso hice: primero por mí y luego para poder seguir a su lado. Espero haber logrado tener un efecto similar.

Hemos pasado juntos dos mil ciento noventa días y hemos vivido toda clase de momentos, desde los más felices hasta los más tristes. Cuando me ofrecieron la dirección de contenidos en una revista muy famosa o cuando le dieron su primera gerencia. Cuando compramos nuestro primer comedor y luego la sala y luego la recámara, hasta cuando compramos los autos que siempre quisimos. La muerte de sus abuelos, el cáncer de su padre y la muerte de mi abuela. Las primeras vacaciones juntos y la primera vez que salimos del país porque ninguno había viajado al extranjero. Nuestra primera pandemia juntos. La adopción de nuestro primer perrito, los desayunos familiares, las cenas con amigos, los cumpleaños, Navidades y Años Nuevos. Todo.

Este año ya son seis de crear demasiadas memorias juntos como para guardar en un solo álbum y, sin embargo, dudo que lleguemos al séptimo, a causa de lo mucho que entre nosotros ha cambiado. Aún intento averiguar la razón. Han pasado pocas semanas desde nuestro aniversario número seis y aquí ya todo se está derrumbando. Jamás había tenido una celebración tan gris, habría sido mejor quedarnos en casa en lugar de salir a un restaurante caro a aparentar.

Cuando esos pensamientos me abruman, suelo venir a este pequeño jardín, el único sitio de nuestro "palacio" que todavía se siente como un refugio seguro, y aunque no dejo de pensar en ello, sí puedo hacerlo con más calma y objetividad. Pienso, por ejemplo, en la terquedad con la que se ha empeñado por revivir esa vieja

jacaranda, sin éxito. Me habría gustado que mostrara ese mismo empeño por salvar lo nuestro. La verdad siento que tampoco intenté lo suficiente, ni con la jacaranda y menos con mi relación. A juzgar por lo que dicen los vecinos, no creo que vayamos a verla florecer alguna vez, pero en semanas recientes lo he visto revisar el árbol en busca de retoños y botones que indiquen que volverá a la vida. Es como una obsesión y me causa bastante curiosidad la forma casi patológica con la que le ha prestado atención a ese viejo árbol; pareciera que está esperando alguna respuesta de una de sus viejas ramas que nos ayude a saber cómo ahuyentar este frío abrasador que ha estado golpeando en nuestra ventana, tal vez incluso desde mucho antes de que ambos nos diéramos cuenta de que aquí todo se ha congelado y quizá es tarde para remediarlo.

UNA CARA
DE LA MONEDA

Domingo

Me di cuenta cuando el silencio se empezó a convertir en una tercera presencia en medio de los dos. Se instaló aquí como el invierno que llega sin pedir permiso y empecé a notar que la línea entre nuestras palabras y el frío comenzó a borrarse hasta desaparecer para ser parte de una misma cosa inhóspita en la que traté de mantenerme con vida, no obstante siento que he fracasado en el intento.

I

De nuevo me despierta esa sensación de vacío en el estómago. Al inicio creí que era mi gastritis habitual, pero se siente como algo que no es físico, aunque estremece como si lo fuera… y ahora sé con exactitud la causa. No había querido verla, y todavía me niego, pero mientras más me resisto, más se hace evidente. Mi rutina de autoengaño ha empezado a dejar de ser útil. Tal vez nunca lo fue y ahora no me queda de otra más que aceptarlo: esta relación está en peligro de extinción.

Casi no puedo reconocer en lo que nos hemos convertido en los últimos meses y aún me repito que es solo una fase, algo pasajero, aunque por dentro sé que no es cierto. La fase terminó por transformarse en una larga temporada y el bache en socavón que todo se tragó. No sé cuánto vaya a resistir así, aunque desde el día uno me propuse jamás permitir que nada ni nadie lastimara lo nuestro, creo que nunca contemplé que el daño iba a venir desde adentro.

Me resulta desconcertante la sensación de extrañeza que me causa vivir en medio de algo que antes me era familiar, que se sentía seguro y acogedor. Es como si estuviera en un sitio desconocido y por momentos, cada vez más largos, ya no perteneciera a eso que alguna vez fue mío. ¿Por qué pasó? Ya no sé cuánto tiempo llevo formulándome esa pregunta a pesar de saber la respuesta, como si quisiera que fuera otra, una que no doliera tanto. Darle vueltas parece más una condena o un autocastigo que una duda genuina, pero es más cómodo que pasar a la acción y decidir de una vez por todas dar el primer paso. Qué cobardía la mía de no poder dar el primer paso para salvar lo que aún nos queda, pero es que en el fondo creo que eso que queda quizá no valga mucho la pena

rescatar. Y lo peor es que se da cuenta, pero ambos seguimos aquí, bajo el mismo techo, haciendo como si no pasara nada cuando la realidad es que todo dejó de pasar hace mucho. Me pregunto si también mantendrá en sus adentros el mismo monólogo sin salida porque tampoco se atreve a levantar la mano.

Es domingo. Otro domingo. Antes me emocionaba despertar temprano y pensar a dónde iríamos a desayunar. Mi amor sigue ahí, lleno de dudas, pero presente, y me aterra la idea de preguntarme lo que voy a hacer si todo se va a la mierda. ¿Qué haré con tanto tiempo, con los recuerdos, las experiencias y lo que seguro quedará pendiente?

Nadie nos enseña qué hacer con eso que aún se siente y duele por la misma razón.

Me asfixia que todo aparenta ser tan normal, al grado que resulta anormal, pero incluso eso ya lo he normalizado. Los dos lo sabemos. Es como un viento polar que por momentos nos azota para recordarnos que por aquí las cosas pueden enfriarse todavía más, no obstante es preferible fingir y ver hacia otro lado, concentrarse en las trivialidades cotidianas para cubrir las imperfecciones como si se tratara de maquillaje.

—¿Cómo te fue?

—Bien. Todo normal. ¿Y tú?

—También, todo bien. ¿Quieres cenar?

Charlas igual de pequeñas que este mundo que desde hace rato nos ha empezado a apretar a los dos.

Aún duerme y me gustaría poder hacerlo también, porque solo cuando lo hago dejo de pensar en esto. Antes podía conciliar el sueño con facilidad porque sabía que estaba a mi lado; ahora estando a su lado me es imposible hacerlo. Hubo un tiempo en donde irnos a la cama y despertar juntos lo era todo. Nada me emocionaba más que saber que estaba junto a mí y que al amanecer su rostro sería lo primero que vería, y no lo digo como una cursilería romántica, sino porque saber que eso era lo primero en mi día me daba seguridad y sentía que estaba en el lugar correcto. Ahora despierto y lo primero que siento es la desolación que se posa sobre mí como un espíritu que me persigue, una sombra que siempre me

acompaña y me reclama por todo lo que todavía siento y se me escapa de las manos en esta vida que me aferro a no soltar y que, al mismo tiempo, no sé cómo rescatar.

Cuando me sofoco lo suficiente como para querer salir con desespero de esa espiral de pensamientos errantes que alimentan mi ansiedad y mi miedo al abandono, me levanto de la cama, me pongo unos pants, tenis, una sudadera y saco a pasear a Nino, nuestro perro. *Nuestro*. Tal vez la única compañía sensata que me queda en medio de este desierto emocional. Nino no me desvía la mirada cuando lo veo y no me hace dudar de lo que siente por mí. Antes disfrutaba mucho los paseos del perro en su compañía y éramos la típica pareja teniendo tardes normales paseando al "perrhijo", pero ahora prefiero que no venga. Duelen más los silencios apenas interrumpidos por el ruido de la calle.

Solíamos poder hablar de cualquier cosa. Me costó mucho trabajo entender por qué cada vez se nos hacía más complicado encontrar un tema de conversación; me enfadaba la facilidad con la que se abstraía en la pantalla de su teléfono, respondiendo de manera automática a cualquier cosa que yo dijera con tal de matar esos silencios incómodos. De un año para acá terminé por acostumbrarme a esa rutina apática y cada vez más gris, como sea sigo inventándome cualquier cosa para sacar charla. A veces intento convencerme de que tal vez solo con sentir su presencia es más que suficiente y eso me ayuda durante algún tiempo, hasta que no puedo seguir ignorando que su presencia no necesariamente significa compañía. Alguien puede estar a tu lado y hacerte sentir igual de solo que si no estuviera. Eso me pasa con su presencia: exhibe aún más su ausencia.

Me gustaría decir que todo fue a raíz de una infidelidad, que vi mensajes en su teléfono o que incluso lo descubrí en mi cama con alguien más. Eso me facilitaría las cosas, incluso irme de una vez por todas. Pero no. Y creo que eso lo hace aún peor, porque se sufre más cuando no se sabe la causa del mal. Es como tener síntomas de una enfermedad, sin saber cuál. Poco a poco nos hemos ido excluyendo mutuamente de nuestros planes y, por su parte, desde hace un tiempo, ha estado yendo y viniendo a deshoras. Vivir en esa

incertidumbre es mortal y más cuando se trata de una relación que podría ser salvada.

En fin, ya ha sido suficiente paseo por hoy, debo volver a casa con Nino. Me encantaría quedarme más tiempo aquí afuera, porque al menos no hace tanto frío como allá adentro.

Hay ocasiones en las que es fácil
confundir el amor con comodidad.
En el amor aún hay interés por cuidar al otro.
En la comodidad solo se piensa en uno mismo.

Señales

II

Algunos domingos me pesan menos cuando sé que va a salir de visita a casa de sus padres. Tiene más de tres meses que no lo acompaño a verlos, en parte porque empezó a parecerme tedioso y también porque dejó de incluirme en el plan. "Es solo una visita rápida, no tardo". Es lo que siempre dice para excusarse. Ahora solo se levanta, se arregla y se va. Me avisa que va a desayunar con ellos y me da un beso breve y fugaz en los labios, que es más una cosa de protocolo que del corazón.

Y aun así quisiera que ese beso durara más.

Con frecuencia los desayunos se convierten en comida y la comida en cena y termina volviendo a casa ya entrada la noche. ¿En verdad hay personas que puedan pasar tanto tiempo con sus padres? Quizá hablo desde esa parte mía que nunca ha sido muy familiar. Yo me salí de casa a los dieciocho; en su caso, fue a los veinticuatro, aunque su relación con ellos no es la más cálida de todas.

Al inicio, cuando recién éramos pareja, creí que iba a resultar complicado adecuarme a su dinámica, pero dejé a un lado mis costumbres y, para mi sorpresa, me adapté a las suyas. No veíamos a sus padres siempre, pero cuando lo hacíamos no lo pasaba mal; de hecho, me empezó a parecer divertido. La primera vez que nos vimos no podía creer lo emocionados que estaban por conocerme. Sus padres siempre fueron atentos y amables conmigo. Fueron muy gentiles, y por primera vez supe lo que era tener una vida en familia y estar con gente que apreciaba mi presencia. Eso me gustó y creo que también de eso me enamoré y me hizo quererlo aún más, porque me dio la oportunidad de sentirme como en casa.

Cuando su padre y yo nos conocimos nos dieron las cuatro de la mañana jugando dominó y hablando de cuanta cosa se nos ocurrió. Su padre es historiador y siempre me contaba alguna cosa nueva de la que yo no tenía idea. Eso me agradaba; siempre teníamos algo nuevo de qué platicar. No recuerdo cuándo fue la última vez que tuve una convivencia familiar así. Creo que nunca. Sentí que estaba en el lugar correcto.

Me asusta pensar que tal vez ya no lo es.

Me duele que ya no me incluya en las reuniones con sus padres, pero también me sería difícil fingir que nada pasa cuando acá adentro pasa todo. Su madre sabe leer muy bien a las personas y puedo decir con seguridad que, en cuanto me viera, sabría que algo entre nosotros no anda bien. Pese a que la quiero, no puedo darle explicaciones simplemente porque ni yo sé dármelas a mí mismo. Ella siempre ha sido espléndida conmigo y no quiero decepcionarla o preocuparla con asuntos de pareja que nosotros deberíamos poder resolver. Por eso también me ha caído de perlas que no me invite, incluso yo mismo invento cualquier excusa para no ir, casi siempre relacionada a trabajo. Todo se ha reducido a típicos: "Te mandan saludos mis padres" o "Salúdame a tus padres, diles que pronto los veo". Pero ese "pronto" jamás llega.

Últimamente me he preguntado cómo sería si yo tuviera una vida familiar más activa. Es decir, ¿se llevaría bien con ellos? En mi caso solo tengo a mi hermano, a su esposa y a mis sobrinos, algunos primos a los que veo de vez en cuando y una tía que vive en España. Mi hermano y yo hablamos mucho, pero nos vemos poco porque trabaja en una planta petrolera, y a mis primos casi siempre los veo únicamente en sus cumpleaños. No tengo domingos familiares. Ahora me doy cuenta de que rara vez me pregunta por mi familia.

Quiero pensar que la poca frecuencia con la que nos vemos hace que no haya mucha cercanía de su parte para con mi gente. No había reparado antes en esto. Nunca antes me pasó por la cabeza lo importante que es crear una buena relación con la familia de tu pareja y me parece un poco difícil aceptar la idea de que no se ha

esforzado lo suficiente por mostrar interés, al menos en mi hermano, que es con quien más suelo estar en contacto.

¿Cómo es que pasé de disfrutar tanto de su compañía y la de su familia a preferir su ausencia?

Escucho el agua de la regadera caer. Se está bañando. Quizá también me duche, para aprovechar el agua caliente del calentador, además hace mucho que no hacemos travesuras en la regadera… pero la puerta tiene seguro. Jamás hubo puertas cerradas en esta casa; éramos libres de entrar y salir de cualquier habitación. Ahora los espacios personales cada vez están más delimitados y es imposible ignorar tanta división espacial, que me hace sentir como si me rechazara, como si hubiera espacios a los que ya no quiere que entre. Hubo un tiempo en el que intenté mantener viva la chispa erótica entre nosotros; siempre me costó trabajo ignorar su cuerpo desnudo, pero cuando dejé de recibir respuestas perdí el interés y ya no recuerdo cuándo fue la última vez que lo vi sin ropa.

Cuando terminé mi relación anterior, mi ex aún no había terminado de sacar sus cosas de aquí cuando yo ya estaba aterrizando en mi relación actual. En esa ocasión tenía la seguridad de que ya no sentía nada y lo que más quería era sacarlo de mi vida, y fue sencillo para mí enamorarme de nuevo. Volví a sentir lo que es el amor y descubrí otras cosas que no sabía que también eran amor… aunque ahora dudo si en verdad me enamoré, o si solo vi un salvavidas que me rescatara de mi terrible pánico a la soledad.

Todos los días busco razones por las que esto ha valido la pena y las encuentro, sin embargo, por cada una aparece otra que me obliga a preguntarme si seguir aquí es lo más sano.

Qué difícil seguir queriendo a alguien que no sabes si todavía te quiere, pero es que no puede darse muerte al amor tan de repente. Y ese amor es de lo que me agarro cuando siento que quiero tirar la toalla y me digo que es una etapa, que va a pasar y lo vamos a solucionar.

(No es cierto, nada se soluciona. Los días pasan y cada vez se acumula más nieve en la cornisa de mi corazón).

Saber que puedes seguir queriendo a alguien y, al mismo tiempo, que debes alejarte, es quizá de las cosas más dolorosas que hay que aceptar.

Señales

III

No recuerdo haber tenido otra relación que me mantuviera tanto tiempo con los ojos al teléfono. Antes de vivir juntos, pasábamos horas chateando y enviándonos memes y videos que encontrábamos por ahí. Al salir del trabajo, nos hacíamos compañía por llamada camino a casa y, aún después de haber llegado, seguíamos hablando mientras preparábamos la cena. La única pausa breve era para lavarnos los dientes y luego nos alistábamos para dormir. "Te quiero", le escribía como si estuviera frente a mí. "Yo más", me respondía como si me mirara directo a los ojos. A veces justo antes de dormir hacíamos una breve videollamada solo para decírnoslo y luego dormíamos. Lo mismo ocurría al despertar y prepararnos para ir al trabajo, y en la hora de la comida teníamos otra llamada rápida. Parecíamos unos tremendos escuincles a nuestra edad, pero, en honor a la verdad, disfrutaba mucho sentirme como adolescente otra vez. Esa fue la dinámica cada mañana y cada tarde, hasta que dimos el salto cuántico a vivir bajo el mismo techo.

Durante algún tiempo mantuvimos esa costumbre de hablarnos rumbo al trabajo y de regreso a casa, pero poco a poco dejamos de hacerlo porque ya no era necesario. En su lugar, llegábamos a casa, hacíamos la cena juntos y nos contábamos los pormenores de la jornada. Llevar esa vida de pareja que cada día se consolidaba más me hacía sentir que estaba cumpliendo a cabalidad con mi adultez, al grado de que en ocasiones sentía una especie de superioridad moral y social respecto a mis amistades sin pareja. Después comprendí que eso era una estupidez, era solo que me emocionaba mucho tener una relación seria y probarme que sí podía hacer la vida con alguien a pesar de algunas malas experiencias previas y lo que me habían enseñado respecto al amor y las relaciones.

Creo que por su parte sentía algo similar. Me daba cuenta por la forma en la que empezó a poner especial atención en los detalles de la casa para convertirla poco a poco en un espacio más bonito y acogedor para los dos, detalles en los que la verdad no me había interesado antes ni me urgía ocuparme. Cuando llegó a mi vida algo en mí despertó también las ganas de crearnos un espacio en donde nos gustara estar y que nos hiciera sentir paz.

Y eso hicimos. Mi casa pasó a ser nuestra casa, y luego se transformó en un hogar, no por los cuadros en las paredes, los muebles o la decoración y las plantas, sino porque sabía que estaba a mi lado y yo en el suyo. Nosotros éramos el hogar. Ahí entendí la diferencia entre *casa* y *hogar*: el segundo no es un espacio físico, son las personas que lo habitan, el lugar donde te sientes a salvo, donde el mundo deja de doler un rato. Yo nunca tuve algo similar, ni siquiera en casa con mis padres, fue a su lado donde lo descubrí.

¿Qué se hace cuando ese lugar en el que nada podía lastimarte se va convirtiendo en un lugar donde la vida empieza a doler? Extraño la paz de llegar a casa luego de un largo día de trabajo y saber que todo estaría bien otra vez en cuanto lo viera, como por arte de magia. Parece una cursilería y una romantización de mi parte, pero en estos años he comprendido que el amor así se siente, como paz.

Lo que ahora está pasando en definitiva no me gusta y, aunque he normalizado muchas cosas, no termino de acostumbrarme. Tal vez la única paz que siento en domingos como este es no tener la presión de fingir que las cosas están bien mientras el hielo entre los dos adquiere más grosor. Sin querer descubrí lo mucho que me gusta volver a tener un espacio solo para mí, aunque sea nada más por unas horas. El perro, mis plantas y yo. Sentí culpa la primera vez que acepté que no lo paso tan mal cuando no está y me movía con horror por la casa, como si no mereciera estar aquí, que estaba cometiendo traición a la patria que habíamos formado. Ahora espero con ansias los domingos en los que sé que verá a sus padres o a cualquier otra persona, porque puedo hacer cosas que ya no me apetece hacer en su presencia, cosas que a él dejaron de

interesarle. Quizá nunca le interesaron y, sin darme cuenta, también terminé haciéndole un poco lo que me hace a mí.

Sin embargo, el gusto de adaptarme a esta soledad forzada me dura poco. Apenas al llegar la tarde siento que lo empiezo a extrañar. Sé que al llegar nos daremos un beso insípido y hablaremos de cómo están sus padres y los mismos temas familiares de siempre. Veremos algo en la televisión, cualquier cosa que sirva de fondo mientras ambos hacemos *scroll* infinito en las pantallas de los teléfonos, y luego uno de los dos se irá primero a la habitación. Hay un extraño pudor que de un tiempo a la fecha nos invadió, lo noté la primera vez que le puso seguro al baño y a esto se sumó cuando yo preferí irme antes a la cama para no tener que desvestirme frente a sus ojos y evitar la vergüenza que nos causa el admitir en secreto que vernos desnudos ha dejado de ser excitante. Ya no nos sentimos con el derecho de tocarnos; mejor disimular. Disimulo también las ganas que a veces me dan de abrazarlo al dormir, prefiero desquitarlas en la almohada, pues ya no sé cómo volver a acercarme.

Hoy ha tardado más de lo habitual en volver. No es queja; me dan nervios cada vez que sé que vamos a estar juntos, y no se parece en nada a la emoción que al principio me provocaba verlo. Es como si se activara en mí una especie de modo defensivo en el que tengo que permanecer alerta por si hay indicios de algo que nos vuelva a conectar y, al mismo tiempo, cuidarme de algo que nos aleje aún más mientras pretendemos que todo está bien. Es un fastidio y es triste.

Jamás había estado con alguien que me orillara a pasar tanto tiempo mirando mi teléfono para ignorar esa obscena falta de comunicación y escondiendo esos silencios que son, cada vez más, un eco sonoro de nuestra relación ausente.

Veo una notificación en el teléfono. Es un mensaje suyo…

También hay mucho amor
en soltar a quien
no sabe cómo quedarse,
porque solo sabe que quiere irse.

Señales

Lunes

De pronto se me hizo fácil culparte por todo y por nada.
Primero por no abrazarme como antes,
por no escucharme como antes, por no ser como eras antes y
por esos silencios que ya no sé cómo descifrar y me llevan a
un pozo donde solo puedo nadar entre dudas.
Luego entendí que culparte era más fácil que aceptar que aquí
soy ese único pilar que sigue sosteniendo algo que tú hace
mucho dejaste caer.

I

He aprendido a hacer de mi trabajo un espacio neutro en el que procuro no pensar en mi relación. Si lo hago, puedo hacerlo de forma calmada y con detenimiento, tal vez porque no estoy en el centro del huracán. Sé que para muchas personas no estar bien en lo personal les afecta en su desempeño laboral; a mí no. Al contrario, concentrarme en mi trabajo me ayuda a no sobrepensar y, aunque pueda parecer extraño, cuando tengo mi atención puesta en otras cosas, vienen a mí las respuestas y soluciones a situaciones que llevo tiempo analizando. De tal forma que cuando el domingo acaba y la rutina de la semana vuelve a empezar, siento que regreso a un refugio temporal donde por un rato puedo soltar mis temores y ansiedades.

Al llegar la hora de comida no puedo evitar recordar lo que ocurrió ayer: me propuso que saliéramos a cenar. Eso decía su mensaje. Hacía tanto tiempo que no salíamos por la noche y menos en un domingo. Por un instante fue como volver a un cálido verano donde ambos salíamos por helados y nos sentábamos a comerlos en la banca de un parque. Fuimos esos dos que se quieren, la pareja que deseo que vuelva y sentí que no todo estaba perdido, que nuestro barco podía salvarse del hundimiento.

En cuanto me subí al auto me dio un beso menos breve de lo usual. Me pareció extraño, pero me agradó. Le pregunté por sus padres y me dijo que me mandaban saludos, que esperaban verme pronto. Yo asentí y sonreí. Me contó que planean unas breves vacaciones en alguna playa del Caribe y le recordé que pueden usar nuestras millas para viajar.

Aunque no era tan tarde, temía que no encontráramos algo abierto. Tardamos un poco buscando, pero al final me acordé de un

sitio japonés bastante bueno que abre de martes a domingo. Volver por un rato a esas rutinas me hizo sentir como en casa. Todas mis dudas se despejaron y nada me pudo perturbar.

Ambos nos hemos vuelto expertos en el arte de hacer como si todo estuviera bien. Ante los ojos del mundo así era: una pareja más haciendo la vida un domingo por la noche. Y aunque sabía que solo era una pantalla, no quise detenerme a pensar en ello y preferí disfrutar el momento. Revisamos la carta y luego de un rato un mesero nos tomó la orden y se fue.

—Pensé que ibas a tardar más… —le dije.

—Quería salir a tiempo para que pudiéramos cenar juntos —me sonrió.

Todo en mí volvió a sonreír.

Me preguntó cómo había estado el día y le dije que había terminado de hacer esa presentación para mi junta de hoy en el trabajo. Hablamos de algunas otras cosas sobre lo que teníamos pendiente en la semana y entonces llegó el primer platillo: gyozas rellenas de camarón, nuestras favoritas.

—¿Cuándo fue la última vez que vinimos aquí? —indagué, disfrutando el bocado.

—No lo sé… ¿Por qué dejamos de venir?

Yo tampoco recuerdo cuándo fue la última vez que hicimos muchas cosas. Claro que no se lo dije, pero lo pensé. No quería arruinar ese momento. La comida es de los pocos puntos de conexión que aún nos quedaban, eso y Nino, porque es como un hijo, así que hemos aprendido a adecuar nuestra interacción en torno a esos dos temas para medio romper el hielo.

Fue una cena agradable, de hecho, mejor de lo que esperaba. No obstante, pude notar que sus labios no pronunciaban lo que en verdad quería decirme. Cada oración maquillaba una frase escondida que se consumía mucho antes de ser pronunciada. Su boca decía una cosa, pero su mirada gritaba otra. Supongo que yo también he decidido omitir de forma deliberada ciertas cosas que solo mis ojos delatan.

El camino de regreso a casa fue como los de antes: escogiendo canciones que nos recordaban eso que una vez fuimos. No me

detuve a pensar en ello. Quise concentrarme en saborear esa dosis de vida fugaz que de nuevo me estaba dando a probar. Por un momento volvimos a ser dos y estábamos ahí, presentes. No había pantallas, ni silencios, ni necesidad de disimular. Éramos nosotros otra vez.

Si no hubiera sido domingo, seguro habríamos pasado el resto de la noche hablando de mil cosas acompañados de una botella de vino, pero el lunes amenazaba con ser largo si no nos íbamos a dormir. Mandé al perro a su cama y le dimos las buenas noches, luego nos alistamos para acostarnos y por primera vez en mucho tiempo nos desvestimos frente a frente. No había ningún fin sexual en ello, simplemente recordé lo mucho que disfrutaba ver su figura. Me seguía pareciendo un cuerpo hermoso.

Nunca mis manos han sentido una piel más suave que la suya. Me sé de memoria cada lunar distribuido estratégicamente, incluso en aquellos lugares que la luz del sol jamás toca. Verlo sin ropa fue como volver a esos días donde lo que más quería era arrancársela para lanzarnos a la cama y hacernos el amor como dos adolescentes que no saben si tendrán otra oportunidad. Sin embargo, y aunque me sigue pareciendo una hermosa escultura, mi cuerpo no sintió nada. En algún punto disimulé y giré la mirada mientras yo también me desvestía. Procuré no tardar demasiado en ponerme la piyama. Siento que mostrarle mi cuerpo desnudo es como dedicarle una canción que sé que ya no va a apreciar.

Ambos nos metimos en la cama y nos dimos un beso de buenas noches.

—¿Qué? —me preguntó.

—Hace tiempo no nos damos uno de esos —respondí con cierta timidez.

—Pues es que hace mucho no nos venimos a dormir al mismo tiempo, supongo.

—Sí, eso debe de ser.

Esbocé una sonrisa apenas visible.

—Descansa.

—Descansa.

Me habría encantado decirle que hace mucho que dejaron de ocurrir tantas cosas, pero no voy a negar que ese plan improvisado de domingo me hizo pensar que quizá el bache está pasando. Luego de un rato, se volteó y me abrazó por la espalda. Por un instante no supe cómo reaccionar, mi cuerpo se puso tieso y no pude acomodarme, pero sus brazos estaban decididos a no soltarme y sentí su cuerpo muy pegado al mío, como antes. Pronto me relajé.

Habían pasado muchos meses desde la última vez que dormimos abrazados y, como si fuera un lamento que deseaba ser liberado, sentí las lágrimas caer silenciosas por mi rostro hasta llegar a la almohada. No quería que se diera cuenta e intenté calmarme para no gimotear, pero fue inútil. Mientras más lloraba, más me apretaban sus brazos, no para que me detuviera, sino como una forma de disculparse por haberme fallado. Mis ojos se inundaban al tiempo que volvían todas las memorias de lo que una vez fuimos.

Comprendí que no era un abrazo de los que se dan para decir que las cosas están bien, sino de los que se dan cuando todo se ha intentado y lo único que queda es despedirse. No quise que me hiciera preguntas, así que me levanté y salí de la habitación.

Aprende a arraigarte tanto en ti y abrázate tan fuerte que ninguna presencia o ausencia pueda perturbar tu paz.

Señales

II

Luego de comer mis ganas de llorar son incontenibles y permanezco sollozando sobre mi computadora. Es un cliché, lo sé, pero al menos hacerlo aquí en casa me hace sentir menos vulnerable. Entonces me doy cuenta de que sí hay una parte de mí que llora por los dos y por todo eso que no fuimos capaces de rescatar. Es un llanto que no solo es mío, sino también suyo, como si mis ojos también hubieran canalizado todas las lágrimas que tampoco ha llorado.

Me sorprende la forma en la que las lágrimas me brotan con tanta facilidad. Pronto una mancha de agua comienza a aparecer en mi pantalón azul marino y es hasta entonces que empiezo a intentar calmarme. Después de varios minutos logro controlar el llanto. Me seco las lágrimas con el dorso de la mano, limpio mi nariz y luego de respirar un par de veces salgo al baño, donde me echo agua fría en el rostro para disimular el rastro de un par de ojos que se han vaciado. Me miro en el espejo tratando de encontrar en el reflejo a quien yo solía ser, pero no me reconozco. Ya no sé cuál es mi lugar en este terreno fangoso que me traga un poco más cada vez que trato de escapar.

Al salir del baño, regreso a la habitación frente a mi computadora y me refugio detrás de la pantalla. Entonces abro la ventana del correo y lo primero que veo es un recordatorio del viaje a unas cabañas en medio de las montañas que habíamos comprado muchos meses atrás porque la demanda es muy alta.

—¡Mierda! —exclamo en voz alta casi sin notarlo.

Reservamos hace casi un año, días después de una fuerte discusión que tuvimos. Habíamos salido a una reunión en casa de unos amigos suyos, en la que noté que su actitud con ellos era muy diferente a conmigo, más afectuosa y simpática. Era otra persona y

no la fría y distante con la que ya comenzaba a compartir la cama. Me sentí culpable por sentir celos de sus amigos y la forma en la que los trataba, que era una forma que yo ya empezaba a extrañar.

Ese día discutimos al llegar a casa porque con otras personas se mostraba de manera más cálida que conmigo. No era la primera vez que teníamos esa conversación, pero sí la primera vez que la teníamos a voces alzadas. Las veces anteriores yo le había externado, de formas muy amables, lo mucho que me gustaría que se comportara conmigo de manera más cariñosa y siempre se molestaba un poco, pero al final terminaba dándome un beso en la frente y diciendo:

—Está bien, voy a poner más atención en ello.

Luego hacía uno que otro cambio que duraba unas cuantas semanas y volvíamos a la misma charla.

Así hasta ese día que no pude más y exploté.

—Me encabrona sentir que tengo que rogarte por migajas afectivas, pedirte que hagas cosas que no debería pedirte porque espero que nazcan de ti…

No pude contenerme. Jamás le había gritado así, pero sentí que había sido demasiado paciente y ya no quería serlo.

Cuando recién empezamos, noté rápidamente que la parte más cariñosa y afectiva de la relación iba a ser yo, pero lo que me daba me pareció suficiente y pensé que así seguiría. Me equivoqué. Supongo que sin querer asumí el rol afectivo al ser algo muy natural en mí, y terminó por delegarme esa parte de la relación hasta que, al final, yo daba y por su parte solo respondía o recibía.

Los primeros meses no le tomé importancia, estaba aún bajo los efectos del enamoramiento. Todo era tan nuevo que seguía como en un parque de diversiones. Pero al pasar el tiempo, fue imposible evitarlo. Tardé mucho en hablar por primera vez. Me autoengañaba diciendo que era una fase, que así era y, a pesar de eso, tenía otras muchas cualidades. Descubrí que las muestras de afecto como a mí me gustaban eran cíclicas, por temporadas. Seguía teniendo muchas atenciones conmigo y me procuraba, pero cuando se trataba de recibir elogios, cumplidos o gestos amorosos inesperados, sabía que solo era por ratos.

Esa dinámica comenzó a cansarme. En algún momento llegué incluso a pensar que, al saber que ya me tenía, tal vez no le era necesario esforzarse tanto y cayó en una zona cómoda. Entonces me obligaba a dejar de tener muestras de afecto y solo al llegar a ese extremo se daba cuenta de que algo pasaba y comenzaba a cambiar.

—¡Pues entonces deberías replantearte si quieres seguir conmigo! —gritó esa vez.

Silencio.

Nunca me había dicho algo similar y por supuesto que, por mucho enojo que sintiera, jamás pasó por mi mente la idea de terminar. Para mí era algo que podía resolverse, pero su respuesta fue contundente y, más que una opción, me pareció como algo que ya había considerado antes de pronunciarlo.

Después de sus palabras, que salieron como balas a mi pecho, cualquier intento de decir algo murió en mí cual soldado al frente de guerra. Di media vuelta en medio de ese silencio avasallador y me dirigí a la habitación, cerrando la puerta con fuerza para que entendiera que no quería verlo.

Esa noche durmió en la sala y tardamos cuatro días en hablarnos de nuevo. Llegamos a nuevos acuerdos y algunos días después me sorprendió con un viaje a las montañas, a unas cabañas sacadas de un cuento, como en el que ya no estamos.

Ahora que recuerdo esto, caigo en cuenta que fue a partir de ese momento cuando el invierno empezó a tocar a nuestra puerta, al menos de mi parte. Que considerara el dejarnos como una opción me cimbró el suelo. Y a partir de ahí ya no pude ignorar ese hecho; sus palabras se convirtieron en una sombra que desde entonces me acompaña y me susurra al oído en las noches más frías que tal vez todo lo que somos ahora es un eco, una estela, de aquello que un día prometimos jamás dejar de cuidar.

Una promesa rota.

Cuando empiezas a preguntarte
si deberías seguir ahí,
lo más probable es que ya no.

Señales

III

Hay ocasiones en las que sueño que se va sin avisarme: cuando llego a casa, me doy cuenta de que sus cosas ya no están, siento un vuelco en el corazón y lloro como nunca he llorado en el mundo real. Es recurrente. Quizá por eso no lloro tanto estando despierto, porque lo hago todo el tiempo mientras duermo.

Me encantaría decir que no recuerdo cuándo fue la última vez que dormí en el cuarto de tele o en la sala, pero sería mentira. En los últimos meses ha sido muy común dejar de compartir la cama algunas noches. ¿Cuánto nos hemos distanciado que ni siquiera siento ya la confianza de que me vea llorar? Pienso que tal vez no es el hecho de que me vea hacerlo, sino que a través de eso termine de confirmar muchas cosas que no me he atrevido a pronunciar en su presencia.

Hoy al despertar encontré una nota al lado de un sándwich de pavo que me dejó preparado junto con el café listo para servir. Una parte de mí agradece ese tipo de gestos y tengo la fugaz sensación de que todo está bien, pero rápido vuelvo a recordar en dónde estamos parados. Pienso que ese detalle no fue más que el producto de la culpa que sintió al verme llorar la noche anterior y, probablemente, una forma bastante simple de pedir disculpas, como si dejarme el desayuno listo fuera a solucionar lo que por meses se ha estado desmoronando en mí… Como sea, acepto que el sándwich estaba bueno, siempre ha tenido buen toque para cocinar, todo lo que prepara me sabe tan bien… Sí, me gusta cuando me prepara el desayuno, no por el desayuno en sí, sino porque lo hacen sus manos. No puedo negarlo.

Luego de acabarme el café, tomé la correa de Nino y salimos a dar su paseo matutino. Pienso en lo que me dirá cuando sepa que

soy yo quien va a quedarse con el perro si es que lo nuestro se va a la mierda. Ambos lo adoptamos y fue una decisión conjunta, pero, haciendo honor a la verdad, yo soy quien se ocupa de él. Dividimos las tareas: entre semana, como soy quien pasa más tiempo en casa, me tocan los paseos de la mañana y la tarde, y cuando llega del trabajo le toca el paseo nocturno. Nino vive con los dos y quizá es lo único que seguimos compartiendo… y hasta él intuye que algo está pasando. Creo que él también sabe cosas y algunas otras que nosotros aún no. Acepto que en estos tiempos raros he usado a Nino como una coartada efectiva para salir del paso ante situaciones o charlas que no quiero tener, y me estremece pensar en el día que tengamos que hablar, porque temo que se tome a mal cuando le diga que yo quiero quedarme con él.

Después de un tranquilo paseo, volvimos a casa y aproveché el resto de la tarde para sacar pendientes del trabajo. Por alguna extraña razón, quise acabar antes de que llegara con la cena para no tener distracciones. Esa era la propuesta de su nota en la mañana. En el fondo, una parte de mí se sigue emocionando con esas citas esporádicas que, cuando llegan a suceder, me devuelven la paz que un día perdí y que vuelvo a probar sabiendo de antemano, que es algo destinado a no volverse habitual.

He terminado mi jornada y cierro la computadora. No dejé ningún pendiente y me he asegurado de que nadie del trabajo pueda molestarme el resto de la noche. Tal vez esta cena sea el principio de la solución que hasta ahora no hemos sabido encontrar. Decido sacar la vajilla bonita que casi nunca usamos, y menos ahora que ya no invitamos amigos a la casa. En otras circunstancias no sería ningún día especial, pero dados los acontecimientos recientes, este es casi un evento canónico. Termino de poner la mesa y veo el reloj: las ocho en punto. Espero que ya venga cerca, dijo que a las ocho estaría aquí.

Ocho y cuarto. No es tan grave. Decido matar el tiempo acomodando algunos trastes del escurridor. Pasado un rato, verifico una vez más la hora: son casi las ocho y media.

—Debe de ser por el tráfico, es lunes —me digo.

Noto que me faltan las servilletas de tela en la mesa y las busco. No recuerdo en qué cajón están, tardo un rato en encontrarlas en las gavetas de la cocina bajo la alacena. No sabía que las había puesto ahí, pero no me extraña, después de todo, no sé cuándo fue la última vez que pasaron muchas cosas en esta casa.

Miro el reloj otra vez: ocho cuarenta.

—Carajo, ¿ni un mensaje puede enviar? —me exaspero.

Al cabo de varios minutos más, escucho por fin el sonido de sus llaves tintineando y luego la puerta abriéndose. Nino corre a saludarlo, moviendo la cola. Decido creer con todas mis fuerzas que ese retraso de casi una hora no es un mal presagio. Siento la molestia recorriéndome las venas, pero respiro y elijo poner buena cara.

—¡Perdóname, no sabes qué tráfico había! Quise tomar un atajo para llegar más rápido, pero creo que salió peor… —se excusa.

Le creo.

Me acerco y nos damos un beso que apenas roza nuestros labios. Le ayudo a cargar las bolsas con la comida caliente y las pongo en la barra de la cocina mientras va a la habitación a ponerse algo más cómodo. Al interior de las bolsas hay un pollo rostizado con ensalada rusa y papas fritas. La decepción comienza a crecer en mi interior. No es que me desagrade, simplemente pensé que traería algo más reconfortante y apetitoso para cenar. En algún momento de ingenuidad se me ocurrió pensar que tal vez me abrazaría a través de la comida que trajera. Un pollo rostizado con papas no era mi idea de una cena para dos, pero tengo hambre y no voy a ser yo quien estropee este intento. "Yo como carne roja y tú solo comes hojas…", pienso en la letra de esa canción y la tarareo muy bajito, casi sin darme cuenta mientras saco la comida de las bolsas para servirla en los platos.

Entonces entra en la cocina.

—¿Te ayudo en algo? —pregunta.

Le digo que me acerque un bol de cerámica para el pollo y que puede llevarse los platos servidos. Procuro que mi molestia no se delate en mi tono de voz, pero creo que no lo estoy logrando. Sabe que algo tengo. Siempre lo sabe.

Salgo de la cocina con el bol donde puse el pollo. Acepto que se ve bastante bien y mi apetito comienza a despertar.

Me siento en la silla frente a la suya, casi nunca ocupamos la silla de la cabecera.

—¿Te sirvo?

Le respondo que sí. Me pone un poco de ensalada, unas cuantas papas y una pieza de pollo en el plato.

—¡Ah, espera…! —me dice.

Se levanta de la mesa y va a la pequeña cava del minibar al lado de la estancia y saca una botella de vino blanco, porque el tinto nos provoca gastritis. Acerca dos copas y sirve.

Me concentro más en el pollo que en las papas y la ensalada. Juego un poco con la comida en el plato, la verdad no se me antoja. ¿Por qué no me preguntó qué quería cenar? Solíamos consultarnos antes de tomar una decisión. Esto de ser unilaterales ya se ha vuelto un padecimiento crónico.

—¿Está todo bien con la comida?

Entonces me doy cuenta de que estoy siendo evidente. Respondo de manera escueta que sí y doy un bocado a la pieza de pollo. No está mal y mi estómago, que ya empezaba dolerme, lo agradece.

—¿Mucho tráfico? —le pregunto con la mirada clavada en mi plato.

—Bastante. Perdón que no te avisé, me distrajo el querer encontrar otra ruta y cuando quise hacerlo ya estaba demasiado cerca.

Silencio.

—¿Mucha gente en la rosticería? No sabía que te gustara tanto ese lugar… —respondo con un dejo de sarcasmo.

No responde.

Quisiera decirle que un mensaje no le habría quitado más de treinta segundos, pero, insisto, quiero evitar una discusión. Llevar esta conversación se siente como intentar avanzar en la densa nieve o correr en el agua, pero me niego a arruinar este momento, aunque la comida no sea de mi agrado y haya llegado tarde.

—¿Todo bien en el trabajo? —intento de nuevo.

—Sí, todo bien. Hay unos temas que tenemos pendientes con unos permisos, pero espero mañana poder sentarme a checarlo con calma.

"Nosotros también tenemos cosas pendientes. Muchas, de hecho". Solo lo pienso, no lo digo. Sigo comiendo el pollo y apenas toco las papas.

—¿A ti cómo te fue, pudiste avanzar?

Y mientras hace la pregunta, noto la forma en la que come. Siempre me pareció espantosa esa manera de devorar como si nunca hubiera comido y, peor aún, que haga tanto ruido al masticar. He aprendido a pasar esos detalles por alto, pero hoy fue inevitable observarlo.

—Sí, acabé con mis pendientes. De hecho, me adelanté para alistar todo pensando que llegarías más temprano.

Lo sé, me estoy metiendo en terrenos pantanosos, pero una parte de mí quiere hacerlo. A veces la paz no es opción.

Vuelvo la vista al frente y noto un dejo de fastidio en su rostro. Comienza a exasperarse. Yo ya lo estoy, y me doy cuenta de lo que estoy haciendo, pero no quiero parar. No puedo.

—Oye, te dije que había tráfico. ¿Ahora soy responsable del tráfico? —su tono de voz en definitiva me parece desagradable—. Te iba a escribir, pero me distraje buscando dónde comprar la cena, que por cierto apenas has tocado. Si no tenías hambre, me hubieras ahorrado la vuelta y habría cenado yo mucho antes.

Tal vez no tenía que cuidarme de arruinar este momento, tal vez ya estaba arruinado desde el principio y solo necesitábamos un pretexto. ¿A quién queremos engañar con una cena para dos? Noto que empiezan a llegar varias notificaciones de mensajes a mi teléfono. Seguro son del trabajo. Miro de reojo para ver de quién son y entonces, con cierto disimulo, decido ponerlo boca abajo y quitarle el sonido para no distraerme.

—Siempre asumiendo y decidiendo por ambos, no me sorprende…

—Nadie te obliga a estar aquí. Si no te gusta, te puedes ir a cenar a otro lado.

El desdén en su voz me irrita.

—Pienso que una mejor idea hubiera sido, no sé, preguntarme si quería pollo rostizado para cenar. No sé si te das cuenta, pero al final siempre es lo que tú quieres, como tú quieres y cuando tú quieres, y asumes que voy a estar de acuerdo con eso.

—Si tanto te molestan mis decisiones, eres libre de dar sugerencias. Pudiste haberme escrito para pedirme algo que te gustara comer.

—¿Es en serio? ¿Me estás diciendo que en seis años no sabes qué me gusta comer? ¿Cuándo me has visto ordenar de la rosticería?, ¿cuándo?

Esto es un fastidio. Tengo muchas ganas de aventar el plato con su asqueroso pollo.

—¡Perdóname por pensar que cenar juntos sería una buena idea! ¿Por qué otras cosas más quieres que me disculpe? Así te gusta, ¿no?, que viva a tu lado pidiendo perdón por cada cosa que hago y no te parece.

—¡Yo no te pedí la cena, fue tu idea! ¿Una cena para dos? ¿A qué estás jugando? Llevamos meses sin cenar juntos ¿y de pronto quieres que tengamos una cena romántica? Cenar contigo es igual que cenar con la pared. Cenar con el perro es mejor compañía.

Así es, tiré del gatillo y no supe en qué momento. No era mi intención. Quiero arrepentirme de lo dicho, desdecirme, pero es muy tarde. El silencio lo congela todo. Avienta con hartazgo la servilleta al plato, lo toma, se levanta con brusquedad y recoge el mío para después ir a la cocina.

—Te voy a ahorrar la molestia de comer algo que no te gusta. Seguro estarás más feliz comiendo las croquetas del perro.

Segundos después escucho el sonido estrepitoso de la loza rompiéndose. Me levanto y me dirijo hacia la cocina. Al entrar veo los pedazos de pollo, ensalada y papas regados por el suelo. Es un desastre, como nosotros.

Lo miro con decepción. Desconozco a la persona que tengo enfrente, pero sentí más pena por los platos rotos que por nosotros. Esa vajilla me gustaba.

—¿Esto querías, ¿no? —me reclama.

—Eso querías tú. La próxima vez que quieras inventarte una cena, hazlo porque tienes ganas y no por la culpa que te causa ver el cagadero en el que nos hemos convertido… —respondo haciendo alusión al desastre del suelo. Luego me doy media vuelta y salgo de la cocina. Siento pasar rozándome el hombro un trapo que me avienta. Qué infantil.

No arruiné la cena. No se puede arruinar algo que ya estaba arruinado.

A veces no se discute por lo que
ocurre en el momento, ni siquiera
por lo que creemos que nos molesta
en ese instante.
A veces se discute por lo que se
ha estado callando tanto tiempo,
por todo lo que no se ha dicho,
por los enojos que se contuvieron
y por todo lo que se lleva arrastrando
y no encuentra salida.

Señales

Martes

Tal vez no haya intención de hacernos daño con todo eso que no decimos, pero terminamos gritando. Y gritar es el lenguaje y angustia de quienes ya no tienen otra salida. Ecos ahogados que son reflejos de nuestro terrible miedo a perdernos una vez que nos soltemos.

I

Pensé que lo vería junto a mí al despertar, pero las cobijas de su lado de la cama estaban intactas y no escuché en qué momento vino por sus almohadas. Lo de anoche me desgastó y de pronto el agotamiento fue abrumador. Lo último que recuerdo es que vine al cuarto, me puse la piyama y me metí bajo las cobijas.

A pesar de nuestra situación, todavía no me acostumbro a no sentir su cuerpo cuando despierto. Me levanto y me dirijo a la sala; confirmo que durmió ahí, hay una cobija y sus almohadas, la que usa para recargar la cabeza y la que abraza entre las piernas.

Nino no está y eso me parece extraño.

Aunque afuera ha salido el sol, aquí hace frío, más de lo habitual. En la cocina ya no hay restos de platos rotos ni de comida, todo está limpio, pero siento que algo en mí se agrietó aún más desde anoche. Prendo la cafetera y saco una taza, entonces escucho un tintineo de llaves y se abre la puerta de la entrada. Lo veo entrar con apuro y alteración.

Algo pasó.

—¡Perdí a Nino! —grita. La angustia se le escapa a borbotones en los ojos llorosos.

El corazón me da un vuelco y el estómago se me aprieta. Ni siquiera me dio tiempo de enojarme cuando ya le estaba preguntando cómo pasó.

—Le quité la correa para lanzarle la pelota y no sé en qué momento me distraje. Se me hizo extraño que tardara tanto tiempo en volver. Busqué, te juro que busqué en las calles cercanas y no lo encontré.

Para entonces su frustración ya es llanto, llanto que entiendo también se debe a otras cosas. Me ha pasado. Es como aprovechar

un buen pretexto para llorar todo lo que a veces no se puede.

Claro que tengo miedo y siento enojo, pero no en su contra, porque no ha sido a propósito. Me enoja que en medio de este desastre algo así venga a suceder. Ahora no hay tiempo para reclamos ni rencores. Entonces, y para sorpresa mía, por primera vez en mucho tiempo me acerco y le doy un abrazo para consolarlo. Me abraza de vuelta y la intensidad de su llanto aumenta. Dejo que llore, necesita hacerlo. De los dos, él es quien menos llora.

A pesar de que no me gusta verlo en ese estado, tampoco puedo conectarme. Pienso que se debe a que ya he llorado lo suficiente en las últimas semanas. No obstante, ese instinto de buscar refugio y protección en el otro sigue ahí y se asoma solo a veces, en contadas ocasiones, siendo la excepción y no la norma. Me pregunto si sería igual si no existiera Nino. Se siente muy natural proteger algo que ambos tenemos en común, aunque no sé si lo siga siendo el protegernos emocionalmente. ¿Acaso solo hasta que ocurren este tipo de crisis es cuando podemos volver a conectar? Me aterra pensar en la idea de que ahora solo es en los momentos complicados cuando puede surgir de nuevo la ternura entre los dos.

Al cabo de unos minutos comienza a calmarse, le acerco unas servilletas y le digo que vayamos al parque a buscar a Nino, que todo estará bien y que vamos a encontrarlo, mientras trato de disimular mi miedo y preocupación. Voy rápido a la habitación a ponerme un pantalón deportivo y tenis, agarro mi chamarra del perchero de la entrada y ambos salimos del edificio.

Es la primera vez que nos veo vulnerables a ambos por una situación en común. El miedo a perder a Nino o que algo le pase es lo que nos está uniendo como el equipo que una vez fuimos. Buscamos por varias calles de la colonia. Le chiflamos como siempre lo hacemos y preguntamos a varias personas si habían visto a un pastor australiano negro con blanco, pero nadie pareció tener idea de su paradero.

Decepcionados, volvemos al parque y nos sentamos en una de las bancas. Tenemos miedo por Nino, por nosotros, por tantas cosas. Permanecemos en silencio mirando de vez en cuando alrededor, por si aparece como por obra de un milagro.

—No debí quitarle la correa… —dice con la culpa hecha nudo en la garganta—. Él nunca se aleja, jamás hace eso.

Lo miro y confirmo que no siento enojo. Quizá emergerá después, cuando Nino aparezca, pero no ahora. No serviría de nada. Me recorro un poco hacia su cuerpo, al otro lado de la banca, y pongo mi mano sobre su rodilla.

—Es un perro, eso hacen. Corren y se escapan. Tampoco es su culpa, solo hace lo que su naturaleza le dicta. Lo vamos a encontrar. Además, su placa tiene mi número grabado detrás, ¿recuerdas? Hagamos un aviso en redes sociales. Va a aparecer. Volvamos a casa.

Me pongo de pie y le extiendo mi mano para que la tome. Es raro volver a tener estos gestos, pero fue casi un reflejo. Me da la mano y caminamos juntos de regreso al departamento. Ya había olvidado lo que se siente caminar tomados de la mano y pienso que las probabilidades de encontrar a Nino son mucho más altas que las que tenemos de encontrar aquello que se rompió entre nosotros. ¿Y si al final todo esto no es más que una metáfora de la vida para decirnos que, por más que busquemos, hay cosas entre los dos que ya no vamos a poder encontrar? Siento su mano sosteniendo la mía, pero ya no con la misma fuerza. Es más un gesto solidario que de amor para conmigo. Sus dedos ya no se entrelazan entre los míos como solían hacerlo para decirme: "Aquí estoy, te tengo y no voy a soltarte".

Entonces noto que empiezo a extrañar las veces que ya no sentiré su mano junto a la mía.

Con el tiempo aprendes que amar
al otro también es no querer
perturbar su paz aun cuando eso
signifique alejarte.
Porque si quitas o te quitan tu paz,
simplemente, ahí no es y nunca será.

Señales

II

Llevo al menos cuarenta minutos pegando anuncios en los postes y en algunos locales y cafés que me permiten hacerlo. He procurado colocarlos en calles donde hay movimiento de gente u oficinas cerca. Ojalá también pudiera hacer un anuncio pidiendo que me ayuden a recuperar mi relación y eso que se nos perdió en quién sabe dónde.

Aquí es cuando escucho de nuevo esa voz en mi cabeza que me dice que vaya a terapia y yo le respondo que ya fuimos. Hace poco más de un año intentamos la terapia de pareja, mas no funcionó. Mejor dicho, no dejamos que funcionara. Era un buen terapeuta que habíamos conseguido gracias a una amiga, pero nos dio miedo enfrentar ciertas cosas y a las pocas semanas nos dimos de alta solos. Siempre es más fácil decirle sus verdades a los demás antes que aceptar las propias, esto último requiere mucho valor y honestidad. Decirnos nuestras verdades era como hacerse un harakiri emocional. En aquel entonces, yo no estaba en condiciones para tomar la terapia, de hecho, dudo si lo estoy ahora.

Fueron dos preguntas las que nos hicieron huir de aquel consultorio. Solo dos. Y no pudimos responderlas como se debía; no supimos cómo. Yo tenía una idea vaga, pero la tenía, y no pude traducirla en palabras. No sé si le habrá pasado lo mismo, supongo que sí. Jamás hablamos al respecto y no volvimos a tocar el tema:

—¿Qué les hace seguir juntos? ¿Se aman o se necesitan? —nos preguntó el terapeuta.

El hombre se acomodó las gafas y preparó su bolígrafo para tomar notas, expectante de nuestras respuestas. Pasaron solo segundos, pero el silencio fue tan contundente que parecieron minutos eternos. ¿Qué clase de personas en una relación de pareja no saben por qué siguen juntas?

—Bueno… —dije entonces, para romper el silencio—. Me gusta que me ayuda a tener orden y estructura, aunque a veces sienta que invade mis espacios, pero ciertamente he mejorado la parte del orden.

El terapeuta asintió, anotó algo en su libreta y volvió la vista hacia mi pareja.

—¿Y tú?

Otro silencio.

—Mmm… supongo que me gusta llegar a casa y sentir que tengo compañía. También tenemos el mismo sentido del humor, al menos la mayoría de las veces…

De nuevo toma notas.

—Continúen… ¿qué más?

—He aprendido cosas que antes no sabía y estar a su lado me ha ayudado a abrirme a otros panoramas… creo.

—Porque me gusta su comida. Me hace sentir en casa…

—Bien… —dijo el hombre quitándose las gafas de fino armazón color cobre—. Para cerrar la sesión, me gustaría un pequeño escrito en el que respondan si se aman o se necesitan y por qué. Veremos qué escribe cada uno, y con base en eso podremos definir qué rumbo seguir, ¿les parece? Los veo la próxima semana.

Tal vez no tener una respuesta concreta era ya una respuesta categórica. Ahora lo veo.

No hicimos la tarea y tampoco volvimos. Hay preguntas que evito hacerme porque me dan miedo las respuestas, aunque en el fondo ya las sepa… pero es que pronunciar algunas cosas es ponerles nombre y las confirma, se vuelven verdad.

Algo en mí se decepcionó un poco ese día al oír nuestras respuestas. Es decir, esperaba que después de tanto tiempo juntos ambos dijéramos cosas más significativas, de una pareja formal y adulta, no las respuestas que daría cualquier pareja joven en un noviazgo de meses. Creí que veríamos un poco más allá de lo evidente. Quizá mis respuestas tampoco fueron lo que esperaba, pero al menos procuré no responder lo primero que se me vino a la mente.

Hace un tiempo platicaba con una amiga del trabajo acerca de lo complicado que es dejar una relación larga. Dio la casualidad de que ella también estaba atravesando por algo similar, no obstante, su manera de manejar la situación era diferente a la mía, y me sorprendió:

—Yo pensé en divorciarme varias veces, pero supongo que es normal tener temporadas donde las cosas se joden un poco y luego vuelven a estar bien. Reconozco que hay momentos en los que no lo soporto, aun así, por alguna razón, seguimos juntos. Además, qué flojera a nuestra edad volver al mercado y buscar pareja, es como empezar de cero: conocer gente, sus gustos, sus modos y un eterno ciclo de prueba y error, es un fastidio. Al menos aquí ya sé con quién estoy y hemos superado muchas cosas como para irnos así sin más.

Lo hizo sonar tan sencillo.

—Entonces, ¿me estás diciendo que prefieres diablo por conocido que bueno por conocer?

—Solo digo que siempre hay un diablo perfecto para nuestro infierno y todos tenemos uno que encaja en el nuestro, aunque pueda ser un dolor de huevos. Si ya sabes sobrellevar a ese diablo, ¿para qué buscarle tres pies al gato? Así es la vida en pareja. Verás que en unas semanas volverán a estar bien. Dale tiempo.

No sé si su argumento me convenció del todo en ese momento; después pensé que tal vez debía aceptar que las relaciones de pareja suelen ser complicadas y era mejor estar con alguien que volver a la tediosa dinámica de conocer gente. Así que luego de eso, me propuse redoblar esfuerzos y darle verdaderos motivos para seguir aquí. De todo lo que ya era fui un poco más, creyendo que así le ayudaría a encontrar razones para quedarse. Pero resultó insostenible por mi constante sensación de ser yo quien remaba el bote, quien daba más, mientras por su parte solo respondía a mis estímulos, sin iniciativa alguna. Entonces, cuando él notaba que bajaba la intensidad, tomaba por fin la iniciativa emocional, sin embargo, la dinámica duraba unos pocos días y con el tiempo volvíamos al punto inicial. Se convirtió en un ciclo vicioso: dar, recibir, dejar de dar, recibir, volver a dar… y así, en un ciclo sin fin.

Desde entonces evité plantearle esas preguntas de frente. No tiene sentido hacerlo si de todas formas sé que no voy a obtener las respuestas que espero escuchar.

Vuelvo a casa después de haber colocado los anuncios que imprimí. Deseo que Nino aparezca, me preocupa más él que otra cosa; no sé qué haré si no vuelve. De repente pareciera que todo lo que amo se va. Me quito la chamarra y la cuelgo en el perchero. Tengo hambre, no he desayunado y ya son casi las doce. Tuve que hablar con mis jefes y pedirles el día por una "situación familiar urgente". Por fortuna son entendidos y, como nunca pido permisos especiales, aceptaron.

Entro a la cocina y me sirvo café, luego recuerdo que no me terminé los huevos revueltos que me preparó antes de salir y encuentro el plato dentro del microondas. Perfecto. Mientras espero a que se caliente, miro por la ventana y lo veo en el patio, admirando esa vieja jacaranda. Nunca entendí su obsesión con ese árbol seco, jamás lo he visto florecer. Los vecinos con más antigüedad en el edificio dicen que solo lo han visto en flor cuando el departamento ha estado vacío y eso fue hasta un poco antes de que yo llegara a vivir aquí, hace más de ocho años. No sé quiénes eran los inquilinos anteriores, lo único que sé es que las personas llegaban y se iban al poco tiempo. Nadie ha durado aquí, excepto yo.

La primera noche que pasé aquí salí al patio, vi un montón de hojas lilas y me emocioné por pensar que al llegar la primavera tendría una hermosa jacaranda, pero no pasó nada. Seguí confiando. "Quizá el año siguiente", pensaba. Investigué un poco y removí la tierra, la cambié y le puse nutrientes y composta, seguí cuantas recomendaciones me dieron… inútilmente: nada funcionó. Con el tiempo abandoné las esperanzas y me resigné. Poco después de empezar a vivir juntos, demostró mucho interés por el árbol y comenzó a intentar revivirlo. Compró tierra nueva, vitaminas e incluso le puso música clásica porque había visto en un video que los árboles y las plantas responden a ciertas frecuencias musicales.

Durante una temporada le entusiasmó la idea de tener un techo viviente, porque las ramas son tan largas que ocupan casi todo el espacio del pequeño jardín y parte de la terraza de los departamentos superiores. Por supuesto, no hubo cambio alguno. Sin embargo, en los últimos meses lo veo observarlo con atención, aún con la esperanza de que le broten flores.

No se me ha quitado la costumbre de verlo a lo lejos cuando no se da cuenta. Cada vez lo miro menos y ya no con el mismo amor que se me desbordaba por los ojos, como al principio. Ahora lo veo con la nostalgia y el anhelo de volver a eso y de saber que, una vez, su imagen significó otras cosas en lugar de dudas. Sé que tal vez nunca me miró con los mismos ojos con los que lo veía yo, pero sigo deseando que un día pueda verme otra vez con el mismo interés y atención con los que observa esas viejas ramas que no van a florecer.

Cuestionarte si debes seguir ahí,
si aún sientes lo mismo o
si todavía amas a esa persona,
es síntoma de que ya no debes quedarte,
ya no sientes lo mismo
y ya no la amas igual.
Ahí ya no es.

Señales

III

Son casi las cinco de la tarde y nadie ha llamado para darnos noticias de Nino. Hemos estado pendientes de nuestras redes, en las que mucha gente ha interactuado en la publicación que hicimos, compartiendo y avisando en otros grupos, pero nada todavía.

Se siente muy culpable por haberlo perdido de vista y me da la impresión de que me pide perdón en cada mirada suya que se cruza con la mía. Decidí pedir comida de nuestro lugar favorito en el mundo para levantarnos el ánimo, un sitio de comida oaxaqueña espectacular. Las penas con pan son menos y la comida es algo que, sin importar lo que suceda, nos sigue uniendo, aunque solo sea un fino hilo de cuerda. También estoy triste, pero ya bastante tristeza venimos acumulando por los rincones de esta casa como para echar más leña al fuego.

La comida llega pronto. Me ayuda a poner la mesa, pone algo de música tranquila de fondo y nos sentamos a comer.

Fue poco el silencio que hubo, a los minutos las palabras salen de su boca:

—Han compartido mucho las publicaciones que hicimos. Alguien debe haberlo visto.

—No creo que haya ido muy lejos. En el grupo de vecinos de la colonia dijeron que iban a estar atentos por si sabían algo…

Un breve silencio se cuela.

—Respecto a lo de la otra noche… —comienza, y yo lo miro. Una sensación extraña me recorre el estómago—. Lamento haber actuado de esa forma. Me frustré. Solo quería que pasáramos un rato agradable y sentí mucha presión por no conseguir la comida que te gusta, había tráfico y…

—Yo también te debo una disculpa, dije cosas que no fueron correctas. Me enojó que tomaras esa actitud de repente y, no sé… fue como si de pronto hubiéramos olvidado cómo convivir.

Ambos nos miramos con el arrepentimiento en los ojos. Es el momento perfecto para hablar del elefante en la habitación. Me pregunta si quiero hacerlo, pero no me atrevo y pongo como excusa lo de Nino para zafarme, ahora soy yo quien evade el tema. No me insiste, y aunque sabemos bien que hay más cosas por decir y por preguntar, no lo hacemos, pues tan solo el pensar en acercarnos a ese acantilado tan próximo nos provoca vértigo. Tal vez debamos dejar que pase el tiempo y que las cosas se vayan acomodando, como lo hacen muchas otras parejas.

Lo pienso solamente, para pronunciarlo me falta valor, como si temiera que hacerlo fuera a evitar que se cumpla.

—Quiero que estemos bien —confieso.

Y en verdad lo quiero. Es un deseo al que me sigo aferrando.

—También yo —responde así, a secas.

—Te amo… —le digo.

—Y yo a ti.

Habría preferido un: "También te amo", pero siento que no se atrevió a pronunciarlo y vienen a mi mente todas esas historias donde uno de los personajes responde de esa manera porque ha empezado a dudar de si en verdad sigue amando a la otra persona. Aun así, decido creerle, no puedo evitarlo. Una parte de mí siempre va a querer creerle.

Doy un par de bocados y de nuevo sus palabras irrumpen en medio de nuestro silencio.

—Por cierto, ¿ya viste que la jacaranda ha empezado a florecer? —se extraña—. Sí, en serio. Yo tampoco podía creerlo, puse la misma cara que tú.

—Llevabas años tratando de revivirla, ¿hiciste algo nuevo?

—No, nada. Hace meses que no remuevo la tierra ni le hecho fertilizantes. Me parece curioso que florezca en esta época que estamos atravesando…

—¿A qué te refieres? Ya es plena primavera, supongo que es normal…

—No sabes lo que significa, ¿verdad?

—¿Tendría que saberlo?

—No, descuida… tonterías mías…

—Dime, quiero saber.

—No es nada importante, en verdad. Solo quería contarte que tal vez pronto haya un bonito árbol en nuestro patio.

Me sonríe. Entonces le pide a Alexa subir el volumen de la música que hasta entonces era un susurro apenas audible.

—Yo sé que igual y no estás de ánimo, pero ¿te gustaría bailar conmigo?

Tardo un poco en entender su propuesta. Se levanta y me extiende su mano, la tomo, me lleva al centro de la sala frente a nuestras fotos juntos y nos abrazamos. No es un abrazo de dos personas que tienen la seguridad de quedarse, sino de dos que quieren convencerse de seguir haciéndolo.

De pronto, *I Can't Make You Love Me* empieza a sonar. No sé si es una burla de la vida, y aunque me parece triste, al mismo tiempo es hermoso. Me aferro a su cuerpo en cada estrofa que duele aún más en la voz de Adele y entonces pienso que es cierto: ambos hemos sido Romeo y Julieta e incluso hemos experimentado lo que es estar en el *Diario de una pasión.* Somos ese tipo de amor, por momentos tormentoso y destructivo, que se niega a ser fugaz. Somos esos dos que han querido seguirse haciendo suyos por mera necedad. Somos dos que, cuando parecen alejarse, siempre sucumben al eterno retorno, porque no nos podemos dar la espalda tan fácil y cuando hemos estado a punto de hacerlo dudamos si en verdad es lo correcto. Así de fuerte y nocivo es en lo que nos hemos convertido. Y a pesar de que pueda haber peligro en ello, también seguimos vibrando, como fuego crepitante que nos abrasa y nos invita a seguir bailando esta canción y las que se puedan. No sé si sea posible escapar de amores así; pienso que un día tendremos que hacerlo y cuando por fin decidamos dar ese paso que tanto miedo nos da, podremos irnos y seguir con lo que la vida nos recete a cada uno para escribir otras historias, con otras emociones y tal vez… otros amores.

No se da cuenta que derramo un par de lágrimas en su hombro, donde tengo mi cabeza recargada. Caen en la tela de su camisa como sellos que pronto desaparecen.

Entonces suena mi teléfono. Disimulo el par de secretos que acaba de salir de mis ojos y contesto. Los ojos se me iluminan.

—¡Encontraron a Nino!

Hay personas que comenzamos
a extrañar desde mucho antes de
soltarlas, porque extrañar significa
que se tuvo algo importante y solo
se extraña lo que significó algo valioso.
Sabiendo eso, no hay distancia que pueda borrar
lo importante que fue y que siempre será
el haber podido querernos como lo hicimos
durante todo el tiempo que nos quisimos regalar.

Señales

Miércoles

Hubo un tiempo en el que mi amor por ti me hizo un guerrero temible, capaz de luchar contra toda tempestad para defender lo nuestro de todo ataque. Cargué una pesada espada para alejar toda amenaza que nos destruyera y lo logré. El problema es que en cada lucha ganada para seguir siendo un "nosotros", había una derrota en mi interior: la de perderme a mí cada vez un poco más con tal de no perderte a ti. Creo que es hora de renunciar a ciertas batallas…

I

Nino estaba de vuelta en casa. Ayer por la noche nos reunimos con la mujer que lo había encontrado y fue muy gentil al cuidar de él. Una parte de mi alma volvió al cuerpo cuando lo vi de nuevo; fue como recibir un brazo cálido en medio de este invierno.

No sé qué hubiera hecho si no lo hubiéramos recuperado. No quiero ni pensarlo.

Al volver al departamento le serví agua y un poco de comida, pero estaba más cansado que hambriento, así que se echó en su cama. Al fin estaba en casa y se sabía a salvo.

Extraño esa sensación.

Ambos permanecimos a su lado acariciándolo hasta que se relajó por completo y comenzó a dormitar. Al fin había pasado la angustia por su extravío y entonces sentimos una relativa calma. Pensé que sería un buen momento para relajarnos y pasar las últimas horas del día juntos, así que le propuse ver una película.

—Tal vez mañana. Ha sido un día largo y preferiría darme un baño e irme a la cama, ¿no te importa?

Negué con la cabeza y fingí que no.

—Descuida. Te alcanzo en un rato.

Me sorprendió la rapidez con la que todo volvió a ser como antes. Abusé de mi ingenuidad al pensar que lo de Nino podría ayudarnos a acercarnos de nuevo. Solo fue un momento. Aunque me di cuenta de que entre nosotros aún puede surgir el cuidado, la preocupación mutua e incluso algo de ternura, ya no es lo mismo si únicamente pasa en medio de las crisis.

Se siente muy extraño proteger lo que hay entre nosotros y creo que es por el miedo que nos causa perder algo. Las ganas de seguir juntos hace mucho que desaparecieron. Podemos vivir instantes

breves de felicidad que no sabemos cómo hacer que duren porque ya no hay suficiente de muchas cosas que las parejas necesitan para mantenerse con vida.

Encendí el televisor y busque algo que poner para hacer tiempo en lo que salía de bañarse y se metía a la cama, así podría ir a acostarme cuando ya estuviera durmiendo, o al menos fingiendo que lo hace, y evitar esa torpe rutina nocturna en la que nos damos un beso de buenas noches que se siente forzado.

Al cabo de un rato lo escuché salir del baño y apagar la luz de la habitación, así que aproveché para lavarme los dientes y me fui a acostar. Mientras revisaba las últimas notificaciones y ponía un mensaje en mis redes para avisar que habíamos encontrado a Nino, recibí una notificación bastante inusual:

Perdona que te escriba a esta hora, pero me gustaría saber si mañana tienes tiempo para que almorcemos. Conozco un lugar que te gustará. Ah, y por favor no le menciones que nos veremos.
Buenas noches.

Era mi suegra.

No supe qué responder. De hecho, tardé varios minutos en hacerlo.

Me encantaría. Nos vemos mañana.
Buenas noches.

Dejé el teléfono sobre el buró y cerré los ojos. No era común que mi suegra quisiera verme solo a mí y mucho menos que me pidiera mantener nuestro encuentro en secreto. Solo ha pasado dos veces en todos estos años, y en ambas ocasiones fue para organizar sorpresas de cumpleaños. Esta vez faltan todavía tres meses para eso y no hay más fechas especiales en puerta. ¿Habrá pasado algo?

Mientras intentaba conciliar el sueño, no pude evitar darle vueltas al asunto. Me intrigó saber para qué quiere verme y empecé a sentirme nervioso, pero, finalmente logré conciliar el sueño.

Hoy por la mañana me levanté temprano para salir a correr. Llevé a Nino conmigo. Para las ocho treinta ya estábamos de vuelta en casa y vi que se preparaba para ir al trabajo.

—Te dejé café en la cafetera.

Y me plantó un beso fugaz en la mejilla, se despidió de Nino y salió del departamento. Al parecer tenía prisa; casi nunca sale tan temprano. Tal vez tenía una junta o algo así.

Cuando Nino y yo nos quedamos en casa, todo es más silencioso. Al principio me tomó un tiempo acostumbrarme, ahora, en cambio, es algo que aprecio. Cuando está en casa suele haber algún tipo de ruido y eso me irrita. Si no son los trastes en el fregadero, son puertas que se abren y cierran, cajones que se atoran, música en el baño… siempre hay ruidos. Antes no me había percatado de ello, quizá porque seguía idealizando mi relación y no ponía atención en las cosas que tal vez siempre me parecieron molestas y pasé por alto. Cuando se va, la calma y silencio reinan por aquí; lo disfruto enormemente.

Después de ponerle a Nino agua y comida en sus platos corrí a bañarme y alistarme para ver a mi suegra. Como no tenía ninguna junta programada a la hora del almuerzo pude disponer de ese tiempo, así que salí de casa y partí rumbo a la ubicación que me había mandado por mensaje.

Al parecer llegué temprano, y eso que la puntualidad jamás ha sido mi fuerte. Pido una mesa cerca de la terraza que da al jardín, lleno de plantas gigantes con enormes y frondosas hojas verdes.

El restaurante, ubicado en la planta baja de un museo, es lindo; no sabía que existía. El aroma a café recién molido y pan salido del horno inunda el lugar y hasta entonces se me abre el apetito.

Mientras admiro las enormes plantas y la vegetación de la terraza, veo entrar al lugar a una mujer alta, delgada y con mucho porte. Es mi suegra. Le levanto la mano para indicarle dónde estoy y se acerca sonriente.

Desde el inicio la he considerado como una mujer con mucha clase y estilo, aunque al principio me pareciera que no le simpatizaba. Después mi impresión cambió y terminamos llevándonos mejor de lo que pensaba. Viene impecable, como

siempre, ataviada con sus collares de piedras y pulseras doradas brillantes y ese típico aroma de su perfume de sándalo. Me pongo de pie para saludarla y nos estrechamos. La intriga por saber la razón de nuestro encuentro me invade de nuevo.

—Perdona la tardanza. Espero no lleves demasiado tiempo esperando. El tráfico de esta ciudad cada día es peor, pero, bueno… ¿Cómo estás? —me pregunta mientras cuelga su bolso color shedrón en el perchero de madera junto a la mesa.

—¿La verdad? Con intriga por saber a qué se debe este almuerzo. Fuera de eso, supongo que bien…

—Me alegra oír eso. ¿Ya pediste algo?

Y hasta entonces echo un vistazo al menú de la carta.

—Los huevos divorciados de aquí son una maravilla, y también la tortilla española —sugiere—. Creo que pediré una.

Nunca me han gustado los huevos estrellados y tampoco la tortilla española, así que me voy por la "vieja confiable": chilaquiles rojos con pollo.

—También son una delicia. Gran opción —comenta.

Pronto una mesera se acerca y nos toma el pedido. Agregamos una orden de fruta mixta para compartir y dos cafés americanos.

—¿Y usted cómo ha estado? —pregunto.

—¿La verdad? Preocupada —dice mientras unta mantequilla en un pedazo de pan.

Su respuesta me inquieta un poco.

—¿Y hay algún motivo en particular? ¿Pasa algo?

—Sí, yo estoy bien. Más bien, me preocupan ustedes.

Arqueo las cejas casi en automático.

—¿Nosotros? ¿Qué pasa con nosotros? —siento un bochorno recorrerme la nuca y el sudor en mi frente.

—Pues eso mismo quiero saber.

Ya había olvidado que mi suegra nunca ha sido una mujer que se ande por las ramas. Sus palabras me intimidan un poco, pero trato de disimular con una sonrisa nerviosa y agarro un pedazo de pan para untarle mantequilla.

—Mira, tú sabes que siempre he sido muy respetuosa de su relación y jamás me he metido en sus asuntos. Son adultos y

ustedes saben lo que hacen, pero a mí y a mi esposo nos ha resultado imposible obviar el hecho de que hace meses las cosas entre ustedes se sienten distintas. Hace más de tres meses que no vienes a vernos.

Me acorrala, no tengo forma de negarlo ni de escapar. Suspiro con resignación y dejo el pedazo de pan en el plato. De nada sirve esquivarla.

—¿Tan evidente ha sido? —pregunto. Ella asiente—. Reconozco que las cosas han estado un poco diferentes. Creo que estamos atravesando una de esas etapas que todas las parejas atraviesan en algún punto, supongo.

Miento y ella lo sabe. La mirada indulgente que me lanza lo demuestra.

La mesera llega con los cafés y el bol de fruta y nos sirve una porción a cada quién.

—Si te he citado aquí no es para hacer de abogado del diablo o mediadora. Por eso te pedí que no le dijeras nada de esto, porque sé lo mucho que detestaría que tuviera la osadía de escribirte y más si supiera que, en realidad, quiero jugar para tu equipo.

La confusión se me dibuja en la mirada. En definitiva, eso no me lo esperaba.

—¿Para mi equipo?

Asiente mientras prueba las fresas de su plato.

—Si algo me han dado mis años de matrimonio es la experiencia suficiente para saber cuándo una pareja ya no está cómoda. No quiero que me des detalles de lo que ha estado ocurriendo entre ustedes, pero tampoco que lo sigas intentando negar para que no me dé cuenta. Cualquiera que haya estado en una relación larga e importante sabría que algo entre ustedes no va bien, y creo que no es justo para ninguno de los dos.

—¿Qué quiere decir?

No niego que experimento un cierto grado de incomodidad; después de todo, no es el tipo de charla que alguien quisiera tener con su suegra. Pero, por otro lado, una parte de mí siente alivio de hablar de esto con alguien y creo que ella es la persona indicada.

—Lo que quiero decir, cariño, es que debes separarte.

Mis párpados casi escupen a mis ojos de sus cuencas por la sorpresa, del mismo modo en el que casi escupo el café.

—¿Perdón? —respondo con un dejo de indignación.

—¿Pensaste acaso que intentaría persuadirte de arreglar las cosas? —la pregunta me parece cínica—. No creas que no me he dado cuenta de cómo te has esforzado desde el día uno por ser una buena pareja y hacer que lo de ustedes funcione. En una relación siempre hay uno que pone más de su parte y otro al que le resulta cómodo. Alguien que quiere irse y alguien que sigue intentando cuanto puede para que la otra persona se quede. Alguien que quiere terminar la relación y alguien que no, ¿entiendes?

¿Qué tan evidentes hemos sido? Me acaba de leer como si fuera un libro abierto y no puedo negar nada. Me acabo la última porción de fruta en mi plato y la miro con resignación, luego volteo hacia otro lado para disimular las lágrimas que quieren brotar de mis ojos. Me niego a llorar frente a ella.

—No sé en qué momento cambió todo. Le he dado muchas vueltas, hemos intentado hablarlo y prometemos hacer cambios, pero vuelve a ser igual…

—El viejo ciclo vicioso de las mejoras que nunca llegan…

La mesera se acerca con los platillos.

—¿Algo más que les haga falta? —pregunta.

—Tal vez más tarde un par de tragos fuertes, si tienen… Estamos bien por ahora, gracias.

La mesera le devuelve la sonrisa a mi suegra y se retira.

—¿Cómo han hecho usted y su esposo para durar tanto?

Suelta una risita burlona.

—El secreto de casi todos los matrimonios largos es ignorar y dejar pasar muchas cosas por alto. No es lo correcto, pero somos una generación que aprendió que eso estaba bien. Nunca nos enseñaron a decir: "Basta, hasta aquí". Al contrario, nos enseñaron que irse era de cobardes, de débiles y una vergüenza. ¿Sabes cuántas veces me quise divorciar de mi marido? Más de las que me gustaría admitir.

—¿Y por qué eligió quedarse?

—¡Por estúpida, por eso!

Su franqueza me reconforta. Es extraño, pero muy placentero.

—Pensé que cambiaría y además no me quedaba de otra —continuó—. Me casé muy joven con un hombre quince años mayor que yo y en ese entonces pensaba que mi proyecto de vida estaba hecho: ser madre y esposa. Había llegado a la meta. Así me educaron. Con el tiempo entendí que mi vida podía ser mucho más que solo ser esposa y madre. Quise irme tantas veces… pero no lo hice por cobarde, porque creí que no podría sola. Y me equivoqué. Me di cuenta muy tarde. Y luego, cuando por fin me había armado de valor para pedirle el divorcio, vino su cáncer y no hubo forma de decirle que quería dejarlo. No me atreví. Habría sido una cabronada de mi parte y puedo ser muchas cosas, pero jamás una cabrona desalmada.

Ambos aprovechamos el breve silencio para probar un bocado de nuestros platillos.

—Me arrepentí muchísimo tiempo de no haberme ido cuando pude y por años estuve tremendamente enojada conmigo misma por haberme quedado. Luego entendí que había sido mi elección, nadie me había obligado, ni siquiera su cáncer.

—¿Entonces se quedó con él por…?

Deja escapar un suspiro:

—No fue por lástima si eso ibas a decir —su perspicacia hace que me sienta ligeramente avergonzado—. Al inicio pensé que sí, pero con el tiempo me di cuenta de que no. Cuando llevas construyendo la vida con alguien por tanto tiempo, hay algo más poderoso que el amor para decidir quedarte al lado de esa persona. Es un tipo de compromiso y lealtad que no responde a ningún tipo de sentimentalismo, sino a una convicción y una responsabilidad porque sabes que eso es lo que te toca. Sé que él habría hecho lo mismo por mí, incluso si ya no me amara.

—¿Aún se aman?

Silencio.

—Espero que esto no salga de aquí: no creo amarlo como lo hice alguna vez. Yo creo que a veces amar a alguien se sustituye por compromiso. Creo que ahora siento un profundo respeto y cariño hacia él, por lo que hemos vivido y sobrevivido. Ha sido mucho lo

que hemos invertido en esta relación y no solo es dinero, y precisamente a veces lo que te motiva a seguir con alguien es la estúpida idea de que, como has invertido tiempo, esfuerzo, paciencia, dinero y cariño, debes quedarte, porque nadie te va a devolver nada de eso. Irte se siente como darlo por perdido, así que prefieres seguir para no sentir que lo pierdes del todo, y que al menos, puedes quedarte con algo. Es muy jodido pensar así, y a mí me pasó.

”Cuando llegó el cáncer, aunque fue una época difícil, en algo le ayudó a cambiar. Comenzó a ser distinto y se empezó a convertir en ese hombre que por tantos años luché para que fuera. Así que hice un trato conmigo misma: le iba a dar cinco años más de mi vida, y si los cambios no eran permanentes, me iría en cuánto saliera de su cáncer. Fue lo último que estuve dispuesta a ofrecerle. Y así lo hice. Por fortuna, el cáncer lo hizo un mejor hombre… y aunque esa nueva versión no ha sido ni será suficiente para volver a lo que una vez tuvimos, sí nos ha permitido hacer una tregua para convivir. Le puse reglas y límites y me di el permiso de retomarme a mí misma sin necesidad de su permiso. Ya hemos aprendido a ser buenos compañeros de cuarto.

Nunca en mi vida había tenido una charla así de madura, así de adulta. Jamás creí que mi suegra compartiera conmigo pasajes tan íntimos de su vida, pero sabía que lo hacía para darme una lección.

No supe si quería una historia similar para nosotros… para mí.

—¿Sabes por qué te he contado todo esto? Y mira que no suelo ser alguien que se abra con facilidad, solo lo hago porque se trata de ti.

Sus ojos cafés me miran fijamente, hay compasión en ellos.

—Para que no nos pase lo mismo.

—Así es.

La mesera se acerca para servirnos más café, como si supiera que aún nos falta mucho de qué hablar.

—Es buena persona y tiene muchas cualidades encantadoras que me hacen entender por qué te enamoró, sin embargo, reconozco que su padre y yo no hemos sido buen ejemplo sobre cómo tener una buena vida en pareja. No es algo que me enorgullezca, me

habría gustado ser una mejor madre, pero no puedo cambiar nada. Pasé muchas horas en terapia aprendiendo a dejar de culparme por eso y muchas otras cosas, y a estas alturas no me corresponde hacer que enderece el camino.

”Hemos tenido ya algunas charlas y he podido aconsejarle ciertas cosas. Sabe que hay personas que no ocurren siempre, pero es su responsabilidad sanar lo que crea necesario. Mientras no lo haga, no hay manera de que sea esa persona que mereces y que con tanta devoción y paciencia has esperado que sea. Sé lo mucho que cansa ser esa parte de la relación…

¿Qué se responde después de algo así? Doy un sorbo a mi café y me termino el último bocado de mi plato.

—¿Por qué me he quedado tanto tiempo?

Es lo único que se me ocurre preguntar y creo que es más bien algo retórico.

De nuevo me lanza esa mirada compasiva.

—Ay, corazón… pues porque lo amas, ¿por qué otra cosa sería? Y no dudo que también te ame, aunque ya no de la misma forma. Y no sé si deba decir esto, siendo su madre, pero reconozco que no tiene mucha habilidad emocional. Espero que algún día sepa cómo cuidar un amor como el que las hado.

Esas últimas palabras son como dardos que se clavan directo en lo más profundo de mí. Me desgarran por dentro porque sé que tiene razón, y confirmar lo que uno mismo ya sabe, provoca aún más dolor.

—Siempre sabemos cómo reponernos de un corazón roto. Créeme, te lo dice esta vieja bruja que sabe cosas.

Reímos, yo con cierto pesar y ella con algo de cinismo porque disfruta reconocerse como la vieja loba de mar que es. Qué raro es sonreír y derramar lágrimas al mismo tiempo. No quería hacerlo, pero ya no pude contenerme.

Me ofrece una servilleta y me toma de la mano con un apretoncito gentil.

—Al final harán lo que sea mejor para ustedes y lo que sea estará bien, nadie puede juzgarlos, pero me habría arrepentido toda mi vida si no tenía esta charla contigo. Solo recuerda que amar

demasiado a alguien no significa aguantar demasiado, y hay mucho amor en dejar a alguien para ya no hacerse daño.

Siento un par de lágrimas más caer por mis mejillas. Me limpio con el dorso de la mano y, por más extraño que parezca, algo en mí deja de doler.

Al fin lo tengo claro.

Qué importante resulta tener
un seguro de vida emocional,
una reserva de amor propio
que nos permita aterrizar en blandito
cuando el amor que sentíamos
por alguien nos ha dejado caer.

Señales

II

Le prometí a la mujer que pronto dejará de ser mi suegra, la misma que ahora se ha convertido en mi amiga, que no mencionaría nada sobre nuestro encuentro y volví a casa.

Nino se acerca presuroso para saludarme mientras me siento frente a la computadora para revisar algunos pendientes del trabajo. Aunque lo intento, no me puedo concentrar, las palabras de su madre siguen fuertes y claras en mi cabeza. No era la clase de charla que esperaba tener con ella, pero confirmó lo que ya sabía y me había negado a aceptar.

Al mismo tiempo, empiezo a extrañar algo que ni siquiera ha terminado aún. Es tan raro…

Nino ronda la silla: quiere salir y yo también. No tengo cabeza para terminar los pendientes y cualquier cosa puedo resolverla desde el teléfono. Me levanto y voy a la cocina para tomar la correa, y entonces algo llama mi atención: la jacaranda del patio tiene retoños lilas. Salgo para observarla mejor y poder apreciar la cantidad de flores que le han brotado. Cuando me dijo que el árbol había empezado a florecer no le creí, pensé que solo se trataba de algún brote aislado, pero es cierto, algo ha hecho a ese viejo árbol revivir… y no creo que se deba a sus cuidados, porque hace meses dejó de intentarlo. ¿Por qué le obsesionaba tanto este árbol? Me acerco más para ver de cerca las flores. No sabía que podía florecer tan rápido, casi de un día para otro. Aún hay varias ramas sin brotes, como sea, es la primera vez que lo veo así. Me había resignado a la idea de tener un árbol medio seco en el patio. Lo más que ocurría en cada primavera era que le reverdecían algunas ramas, nunca que le brotaran flores.

Me pregunto si esto es algún tipo de señal…

Entonces una memoria viene a mí y golpea con fuerza entre mis pensamientos. Fue un día poco después de que se mudara conmigo. Le entusiasmaba la idea de tener un pequeño patio trasero, aunque los vecinos de los pisos superiores pudieran verlo. Me preguntó si el árbol retoñaba en primavera y le dije que no.

—Tal vez ahora que estamos juntos vuelva a dar flores gracias al poder de nuestro amor —le dije bromeando—. O tal vez solo es un árbol viejo. Los vecinos dicen que solo lo han visto florecer cuando el departamento está vacío. ¿Te imaginas qué irónico sería que nos mudáramos y solo así volviera a florecer? Quizá al árbol no le gusta que haya gente viviendo aquí y su forma de mostrar descontento es medio secarse y no dar flores, como si no quisiera darles el gusto de verlo en su mejor momento… O quizá es un árbol encantado y hace que las personas que viven aquí se vayan para poder volver a vivir solo y hermoso, sin nadie que admire su belleza, que protege celosamente.

Nos reímos por mis tonterías.

—¡Estás debrayando mucho! Pero, por si acaso, entonces me propondré hacerlo florecer de nuevo, para romper el hechizo sobre este lugar. Seremos los primeros habitantes en este departamento que gozaremos de su belleza.

Me besó, pero yo no pude evitar pensar en mis adentros: "Y si no lo logras, ¿qué va a significar?".

Hizo lo imposible para que volviera a florecer porque eso significaría que no nos iríamos, que permaneceríamos juntos. Tantos meses dedicando esmero a que sucediera… cuando las cosas empezaron a ir mal, sus intentos fueron aún más constantes. Le dio miedo que mi comentario tonto fuera a hacerse realidad e hizo cuanto pudo para evitar que aquello se convirtiera en signo de mal augurio. ¿Por qué nunca me dijo que era susceptible a supersticiones?

La memoria de sus esfuerzos se transforma en agua con sal que se me desborda por los ojos, de nuevo. Era algo que ya no recordaba y que no le di importancia. En cambio, durante mucho tiempo fue un proyecto que se tomó en serio, que quería que funcionara… en verdad quería, por los dos.

Mientras más lo pienso, más lágrimas me inundan el rostro. No se trataba del árbol, se trataba de nosotros. El árbol fue solo un pretexto. Lo nuestro le siguió importando aun cuando entre nosotros parecía que dejaba de importar.

Y ahora no sé si lloro porque al final sí resultó ser un presagio de nuestro final o porque durante todo este tiempo no supe ver que sí hubo cosas que hacía para demostrarme que tampoco quería perderme, pero quizá nos alcanzó el destino y las consecuencias de nuestros actos.

Nino se acerca. Quiere consolarme y lo abrazo sin poder dejar de llorar. Luego de unos instantes, me limpio las lágrimas y me pongo de pie para sentarme en una de las sillas frente al árbol; Nino se echa a mi lado. El llanto empieza a ceder y al tiempo que me voy calmando, cada cosa cobra sentido y termino de asumirlo: lo que construimos se acabó.

Toma mucho tiempo encontrar a alguien y construir algo en común para que, de pronto, en un solo momento, todo empiece a ir en picada. Era mi apuesta de largo plazo y aún quiero pensar que yo era la suya. ¿Qué se hace con todos los *para siempre* que no se cumplieron?, ¿a dónde se van? Tuvimos años increíbles y muchas veces llegué a pensar que si no fuéramos pareja habríamos sido grandes amigos, porque compartimos muchas cosas en común.

Un día empezamos a ser solo buenos amigos que dormían en la misma cama… y luego solo conocidos. El sexo cada vez fue más espaciado. Al inicio, como en toda relación nueva, no podíamos resistirnos a arrancarnos la ropa a la menor provocación. Los primeros meses llegamos a hacerlo incluso hasta una vez al día. Después, como suele suceder, la novedad pasó y se calmó un poco la pasión física. Coincidió que había conseguido un buen empleo y a mí me acababan de promover en el trabajo, así que las ocupaciones empezaron a transformar nuestra rutina y por supuesto que nuestra vida sexual también cambió. Ya no hacíamos el amor una vez al día porque a veces estábamos tan cansados que preferíamos dormir incluso antes que cenar, y los encuentros se redujeron a uno o dos por semana, cuando mucho.

Conforme los meses se convirtieron en años, nuestra vida sexual se fue espaciando aún más. Y estaba bien: ya habíamos empezado a construir una relación lo bastante fuerte como para soportarla solo en el sexo. Cuando construyes algo con alguien que tiene sustancia, el sexo se vuelve un condimento que puede usarse a placer cada vez que se antoje y te das cuenta de que tampoco pasa nada cuando no se usa, porque cuando se hace, vuelves a disfrutar con intensidad de su sabor. De uno o dos encuentros semanales, pasamos a uno cada quince días. Su falta de iniciativa y su evidente desinterés en mi cuerpo comenzaron a hacerme pensar que ya no me deseaba de la misma forma en que yo aún lo hacía. Todavía teníamos momentos de intimidad bastante agradables, como bañarnos juntos, dormir desnudos e incluso mandarnos una que otra foto traviesa para mantener viva esa llama, pero solo eso. Cuando yo quería ir más allá, había algo que convenientemente surgía e impedía el momento, de esa forma quedaba justificado el hecho y maquillaba un poco su falta de deseo. "Siempre te salva la campana", le decía con frecuencia.

Seguimos acumulando años juntos y esos momentos de intimidad empezaron a ser más escasos… y del sexo, ni hablemos: ahora solo teníamos uno o dos encuentros al mes, si bien nos iba.

Acepto que en mis relaciones anteriores el sexo era una parte crucial y muchas veces me fui porque no cogía tanto como a mí me hubiera gustado, pero también acepto que estuve con personas que en su mayoría no daban el ancho para tener una conexión más profunda más allá del sexo. Me empezó a preocupar porque, aunque a su lado había entendido que el sexo no era lo fundamental y que una relación no necesariamente termina cuando deja de haber sexo, sí sentía que podía hacerlo si el deseo acababa, y eso estaba pasando.

Cuando el sexo entre nosotros terminó por convertirse en la excepción a la norma, empezamos a tener charlas al respecto, y en cada una de esas charlas parecía entender mis necesidades. Hacía algunos cambios que duraban poco tiempo y volvíamos a lo mismo: semanas sin sexo, me enojaba, me ponía distante, se daba cuenta,

volvíamos a tener la charla, fingía que hacía cambios, teníamos sexo de reconciliación y se repetía el ciclo.

Ahora que pienso en esto, creo que en realidad nunca ha sabido cómo decirme que dejé de gustarle y tampoco he tenido el valor de preguntárselo porque me da miedo que mienta y ver la verdad en su mirada.

Hay algo que no le he dicho a nadie y me ha resultado un hastío cargar con esto en silencio…

En mi último viaje de trabajo, hace casi un año, no pude evitar caer en lo que siempre juré no hacer. Fue alguien que conocí mientras esperaba en la sala del aeropuerto para abordar mi avión de regreso a casa. Comenzó por una charla casual y bastante trivial sobre lo incómodo de los abordajes y el mal servicio de las aerolíneas. Dio la casualidad de que nuestros asientos estaban juntos y viajamos tres horas sumergidos en una charla que me hizo revivir algo que ya creía muerto en mi interior. Al llegar a la ciudad me invitó a cenar y, a decir verdad, la pasé muy bien. Pude hablar de temas que ya no suelo tocar entre nosotros.

Al despedirnos, me invitó a su departamento. Mi mente dijo que no, pero mi cuerpo no quiso resistirse… y fuimos. Fue hermoso volver a experimentar el deseo de alguien por mí. Dejé que mi piel fuera un campo fértil que explorara como un mapa del tesoro y yo me entregué a ese cúmulo de sensaciones.

Ha sido la primera y única vez que he fallado a mis valores y convicciones. En cuanto salí de ese departamento me arrepentí terriblemente de mi error. No es algo de lo que me enorgullezca y, aunque no es un fantasma que me persigue con culpa y remordimiento, a veces todavía es una sombra que me recuerda lo que habría deseado no cometer.

En fin… saldré a pasear a Nino.

Hay una gran diferencia
entre las palabras que
se pronuncian y aquellas
que se guardan en silencio:
las primeras duelen
y las segundas destrozan.

Señales

III

Al volver de pasear a Nino por segunda vez en el día, veo a un par de personas afuera del edificio que me resultan familiares, pero mi vista de lejos sin lentes es terrible, así que me acerco un poco más para estar seguro. Son Estela y Oriol, dos amigos nuestros de hace tiempo. A Estela le tengo mucho cariño, la conozco de mi primer trabajo y luego, hace cuatro años, nos presentó a Oriol, su novio. Desde entonces hemos sido buenos amigos también. Me causa curiosidad saber a qué han venido en un miércoles por la noche.

Se giran hacia mí mientras me acerco. Estela me saluda sonriente, levantando la mano.

—¡No sabes qué alivio siento de que Nino haya aparecido! —me dice mientras me abraza y me da un beso en la mejilla. Luego saludo a Oriol con un abrazo.

Ambos acarician a Nino en la cabeza.

—¡Fue un viacrucis! El día más largo de mi vida. Tuvimos mucha suerte de que lo encontrara una buena mujer que cuidó de él —respondo mientras saco las llaves para entrar al edificio—. ¿A qué debo el honor de su visita?

—Entremos, abramos una botella de vino y te contamos… —dice Estela emocionada mientras caminamos por el pasillo que da directo a la puerta del departamento.

—¡Me encanta que vivas en planta baja! Tus rodillas lo agradecerán. ¿Todavía tienes el patiecito de atrás? —pregunta Oriol.

Le digo que sí mientras entramos, le quito la correa a Nino y cuelgo las llaves.

—Por favor, pónganse cómodos —les ofrezco pasar a la sala.

—¿Aún no ha llegado de trabajar? —pregunta Oriol.

Niego con la cabeza.

—Yo creo que ya no tarda, seguro le dará mucho gusto verlos. ¿Qué les sirvo?

—Agua está bien, para hacer tiempo —responde Estela.

Me intriga saber por qué tanto hermetismo.

—¿Por qué es tan importante que estemos los dos?

—Calma, no comas ansias, te va a gustar… —dice ella cuando regreso de la cocina con dos vasos con agua, que pongo en la mesita de centro para luego tomar asiento en el sofá frente a ellos.

—¿Qué se traen ustedes dos? Yo conozco esa cara de pilla que pones y solo es cuando ha pasado algo importante que te emociona…

Meto presión para que me den pistas.

—No sabes cuántas ganas tenía de venir con ustedes. Son las primeras personas que visitamos para dar la noticia —responde Oriol, que también muere de ganas por soltar la sopa.

Al instante mi intuición me deja entrever de qué se trata el asunto y pelo los ojos con sorpresa. En ese momento, escuchamos que la puerta de la entrada se abre y lo vemos entrar. Nos mira primero con extrañeza y luego sonríe.

—¡Buenas noches! ¿Y esto? —pregunta al tiempo que cuelga su chamarra en el perchero y las llaves del auto en el llavero con forma de pajarera. Se acerca y los saluda a ambos con un abrazo y luego me da un fugaz y casi inexistente beso en la mejilla.

—¡Sorpresa! —dice, Estela emocionada.

—¿A qué debemos tan agradable visita en miércoles? —pregunta en voz alta mientras se lava las manos en la cocina y yo saco cuatro copas junto con una botella de vino.

—Llegaste justo en el momento adecuado. Estábamos a punto de dar la buena nueva —responde Oriol, mientras le sirvo vino y luego a Estela.

—Supongo que si hay vino es porque estamos celebrando algo…

Se sienta junto a mí y le doy una copa.

—Bueno, pues espero que estén listos… —dice Estela, y entonces estira la mano para presumir un hermoso anillo de oro con una corona de diamantes incrustados que brillan al menor contacto con la luz.

—¡Lo sabía, lo sabía! —exclamo con emoción—. Aunque por un momento pensé que estarían embarazados.

—Estamos ansiosos por ser padres, así que seguro les damos la sorpresa pronto —responde Oriol, abrazando por la cintura a Estela y dándole un tierno beso en la mejilla que me hizo recordar cuando yo recibía besos similares.

De pronto siento su brazo rodeando mi hombro, pero ni de lejos es un abrazo como el de ellos, es solo para no desentonar.

—Además, queríamos traerles esto…

Y Estela saca de su bolso un sobre color crema muy bonito con las iniciales de ambos en tipografía en relieve muy estilizada y elegante.

—Nos casamos en noviembre y por supuesto que tienen que estar ahí. Queríamos que fuera cercano al 7 de septiembre que es nuestro aniversario, pero no había fechas así que lo recorrimos. Y creo que estuvo mejor porque encontramos disponible un lugar que se mueren. Será en una hacienda espectacular a las afueras de la ciudad, el sitio es un sueño. Hay villas privadas para que puedan quedarse y estamos planeando un fin de semana espectacular para todos nuestros invitados.

Estela está muy emocionada y a Oriol notoriamente le da mucha felicidad verla así. En algún momento nos vimos así también. Añoro eso que a ellos se les desborda en cada mirada.

—Espero que vayan pensando en lo que usarán ese día, aunque conociéndolos, seguro hasta de jeans y tenis se verán increíbles.

Me habría encantado sonreírle de vuelta a Oriol con la misma facilidad y honestidad que él, pero en nuestro estado, fingir emociones ya es una habilidad básica de supervivencia.

—¡Pues salud por este nuevo viaje rumbo a la vida de casados hasta que la muerte los separe! —exclama él intentando no fingir su entusiasmo, al tiempo que Estela, Oriol y yo levantamos nuestras copas.

Los cuatro brindamos. En verdad estoy feliz por ellos, pero no puedo evitar sentirme un poco hipócrita. Siento que no es el mejor momento para recibir una noticia así y me apena mucho no poder sentir más alegría.

—¿Y ustedes cómo van? —pregunta Oriol—. Si no mal recuerdo, ya van a cumplir… ¿cuánto?, seis o siete años, ¿no?

Hay un brevísimo silencio incómodo que sorteamos con la habilidad y pericia de una pareja que lleva bastante tiempo viviendo en medio del desamor y se ha vuelto experta en fingir.

—¡Seis, ya son seis años recién cumplidos! —dice, mostrando una gran sonrisa. Ojalá fuera real.

—Y el próximo serán siete, ¿verdad, amor?… ¡Parece que fue ayer cuando nos conocimos! —exclamo mientras pongo mi mano sobre su pierna buscando sostener la suya, pero no obtengo respuesta, así que disimulo. Luego, Estela nos pregunta si hicimos algo para celebrar nuestro aniversario. No sé qué responder. Por primera vez ninguno de los dos publicamos algo en redes al respecto, ni siquiera de la cena en ese bonito restaurante. Por alguna razón me bloqueo, pero casi de inmediato él nos salva del fango y contesta que el trabajo nos ha tenido muy absortos pero que algo haremos más adelante.

—¿Y no han pensado en casarse?

"¡Ay, Estela, si tú supieras…!", pienso. Sabía que tarde o temprano saldría ese tema en la conversación. Justo cuando voy a responder que no, las palabras que salen de su boca me interrumpen y me sorprenden.

—¡Claro! Lo hemos hablado muchas veces, ¿verdad, amor? —me mira sonriente y sé que debo seguir la corriente.

Me desconcierta un instante, pero luego reacciono.

—¡Sí, sí, muchas veces! Incluso hemos hablado de que nos encantaría hacerlo en algún pueblito mágico.

—O el exconvento que está allá por donde tiene casa tu hermano. Es hermoso, rodeado de bosque. Sería espectacular —añade con toda naturalidad.

—¡Oh, claro! —concuerdo—. ¿Han ido? Es bellísimo. Yo creo que la haríamos ahí. De hecho, ya hemos contactado algunos *wedding planners*, pero primero queremos ir a la suya, para ver qué ideas nos robamos.

Reímos todos. Deberían darnos un Oscar por tan tremendas y convincentes actuaciones. La convivencia es tan orgánica que Estela

y Oriol piensan que estamos en la misma frecuencia que ellos. Qué burla tan cruel de la vida obligarnos a celebrar su unión justo cuando nosotros estamos a punto de caernos de la cuerda a la que nos aferramos ya por pura necedad y orgullo.

—Siempre me ha encantado su relación. Me sentí muy feliz cuando dieron el paso de adoptar a Nino y, debo confesarlo, en algún punto sentí que no habría manera de que yo encontrara algo como lo de ustedes.

Estela tiene que parar. Sus palabras son afilados dardos que describen algo que me parece muy lejano. Sé que no lo hace con mala intención porque no tiene ni idea del terrible clima que hay desde hace meses en este lado de la vida.

—No saben cómo me los presumía; estaba ansiosa por que los conociera —interrumpe Oriol—. Cuando lo hice, entendí por qué tanta insistencia. Y bueno, tal vez esto jamás se lo he dicho a Estela, pero me inspiraron a querer tener algo bonito con ella, igual que ustedes.

Oriol me da el tiro de gracia y algo se termina de marchitar en mi pecho. Le sonrío tratando de que no se me escape la melancolía por las pupilas. No quiero voltear a mi derecha y que nuestras miradas se crucen solo para sentir lástima uno del otro y que la vergüenza nos ensombrezca el semblante, así que me sirvo un poco más de vino.

—Brindemos por lo afortunados que somos, porque todos quieren algo como lo que tenemos, pero solo pocos lo encontramos —propone Estela, levantando su copa.

Mis ojos, que ya eran una presa a punto de desbordarse, terminan por colapsar y no puedo hacer nada para disimular. Estela y Oriol piensan que es de felicidad y ternura, pero mientras ellos se conmueven, nosotros conocemos el sabor de esas lágrimas y lo mucho que duelen, igual que hielo quemando la piel. Chocamos nuestras copas y hasta ese momento decido mirarlo, para guardar en mi memoria todo eso que ya no seremos.

A veces es justo en el borde
del final cuando más amor
se puede sentir por alguien
y no es porque haya algo que
rescatar, sino porque te das cuenta
que haber intentado rescatar eso
significa que fue algo que
valió la pena.

Señales

Jueves

No sé si volvería a repetir nuestra historia.
Es más, quizá ni siquiera pueda volver a vivir algo como lo que tuvimos,
pero también reconozco que no haber vivido lo que viví contigo,
habría sido un terrible error.

I

La primera vez que me desperté a su lado me sentí como una de las personas más afortunadas del mundo, porque en verdad lo era.

Jamás se lo he dicho, pero desde el principio me gustó verlo dormir. Sentía que cuidaba de su sueño y me gustaba pensar que podía descansar con tal tranquilidad porque se sabía en un lugar seguro, porque yo fomentaba esa seguridad. Nunca he dejado de hacerlo. Aun en este nuestro peor momento, aunque la intención y el sentimiento han cambiado.

Antes lo hacía para llenar mis ojos de su rostro dormido y no olvidar esa imagen, porque me parecía increíble que, entre tantas posibilidades, haya sido yo quien tuviera la dicha de encontrarlo. Ahora observo su rostro porque cada día lo reconozco menos y una parte de mí trata de encontrar algún vestigio de la persona que una vez conocí.

Mientras veo cómo duerme, me pregunto lo que sentiré cuando vea vacío ese lado de la cama. ¿Cómo me acostumbraré a la sensación de despertar sin su cuerpo a mi lado?

Me levanto para sacar una sudadera y unos pants. Miro su lado del clóset, con toda esa ropa que fue ocupando un espacio que alguna vez fue solo mío y yo con cariño le cedí. ¿Con qué lo llenaré cuando ya no esté? Supongo que con más ropa.

Me visto y salgo de la habitación procurando no hacer ruido. Me causa gracia seguir teniendo ese tipo de atenciones; es difícil tratar con total indiferencia a la persona con la que has pasado seis años y muchas cosas entretanto. Aunque todo se ha ido congelando entre nosotros, no puedo tratarlo ni con odio ni con desprecio, porque no lo siento. Reconozco que me habría gustado que mostrara más interés en rescatar el barco cuando empezaron las primeras señales

de su hundimiento. Pienso que tal vez estaba esperando que las cosas empezaran a ir mal de forma "natural" y aprovechó esa oportunidad para alejarse, aunque tampoco supo cómo.

Hay personas que no quieren quedarse, pero no saben cómo irse, y esa clase de personas son las que más duelen. Después de hablar con su madre, terminé por aceptar que, en esta historia, yo fui la parte que no quería que acabara y su papel fue interpretar a quien ya no quería quedarse. Es lo mismo en todas las relaciones. Es raro cuando ambos están de acuerdo en dejarlo porque es lo más sano y ese fue justo nuestro error: pretender durar eternamente y no hasta donde fuera sano.

Nino me ve y se acerca moviendo la cola.

—Tú sí que te quedas conmigo, ¡eh! —le digo mientras le acaricio las orejas.

Aunque Nino es nuestro, siempre ha sido más mío que suyo.

Antes de irnos, tomo un vaso con agua, paso rápido al baño y le coloco la correa al perro. La mañana es fresca y muy despejada. El sol ilumina las copas de los árboles, que parecen brillar en diferentes tonos de verde. Puede parecer una tontería, pero siento que el día me abraza y una sensación reconfortante que no sé explicar de dónde viene me recorre por dentro.

Mientras caminamos por las arboladas calles de la colonia y saludo a alguno que otro vecino que también pasea a su perro a esa hora, no puedo dejar de pensar en lo incómodo que fue anoche. Luego de la visita de Estela y Oriol, ninguno sabía qué decir. Vimos cómo se cerraba el telón luego de nuestra última gran actuación, sin aplausos, solo con silencio, igual que en un teatro vacío.

Incluso la conversación que tuvimos después de su visita fue un mediocre intento de seguir aparentando.

—Pensé que Oriol jamás se lo propondría —comenté no para romper el hielo, porque ya tiene un espesor a prueba de quiebres, sino para remover un poco de la densa nieve.

—Se notaba muy entusiasmada y él también… —respondió mientras me ayudaba a levantar los platos y las copas.

—Habrá que ir pensando qué vamos a usar —le dije, aun sabiendo que para entonces ya no habría un "nosotros", pero es que

la costumbre del autoengaño es algo que no se desaprende con facilidad.

Y entonces me miró como quien mira a alguien que, aun sabiendo que lo que dice nunca ocurrirá, no quiere quitar la ilusión.

—Llevaré a Nino a su cama.

Y salió de la cocina.

Yo permanecí lavando los trastes y, al voltear a la ventana, vi la jacaranda aún más frondosa y lila de lo que había estado ayer. No soy una persona supersticiosa, simplemente me parecía de lo más extraño. Ya son pocas las ramas que quedan desnudas y, si lo pienso, es curioso que mientras más florece el árbol, más desolador y definitivo se vuelve el invierno aquí dentro… sin embargo, ya no me intimida y ya no quiero intentar detenerlo.

La idea de volver a ser solo yo ya no me parece tan desagradable.

De hecho, algo en mí siente entusiasmo por ello.

Hoy soy yo quien sale de casa, tengo un evento en el centro de la ciudad, será el lanzamiento de una marca cosmética que anunciaremos en la revista. No tendría que ir, pero necesitaban a alguien ahí y no pude zafarme. Ya se había despertado cuando me terminaba de alistar y, a decir verdad, me harté de ese humor triste y nostálgico entre nosotros que casi siempre se manifiesta en miradas que gritan culpa, melancolía o decepción y sonrisas tristes que sustituyen aquello que no sabemos o no queremos decirnos, así que decido adoptar otra actitud. Cuando salgo de la habitación ya me espera con un termo lleno de café, que me entrega. Lo tomo con naturalidad y le agradezco como lo habría hecho con cualquier otro *roomie*. Meto un par de folders, la tableta y mis audífonos en mi maletín y me despido:

—¡Qué tengas un buen día! Si necesitas algo, avísame.

No me acerco a darle un beso y, por mi tono de voz, nota que tampoco es prudente que lo haga. Claro que le resulta desconcertante, pero ya me fastidió la misma dinámica de cada día, con besos y caricias insípidas que son más un protocolo por

antigüedad que por algo placentero. No me detengo a ver su expresión ni sus gestos, solo escucho un "igual tú" mientras cierro la puerta. Descubro que no fue nada complicado adoptar esa actitud y creo que lo que me detenía era la idea de que, al hacerlo, marcaría aún más esa distancia entre los dos, pero la distancia siempre estuvo ahí, era yo quien creía que la grieta podría cerrase.

Siento alivio al actuar de esa forma y por primera vez en meses se deshace ese nudo en el estómago y desaparece ese pesar en el pecho que a diario amanecía conmigo por no saber cómo resolver esto.

Ahora solo debo pensar cuándo y cómo.

Supongo que hemos ido enfrentando nuestro duelo de forma muy privada. Alguna vez leí que se puede terminar con alguien incluso estando en relación con esa persona, y es probable que eso le haya pasado. Creo que lo más apropiado sería hacerlo en casa, el fin de semana, ya que ninguno de los dos trabajamos. Y no porque puedo pronunciarlo quiere decir que no me inquieta hacerlo, es solo que ya comprendí que postergar esa charla es seguir haciendo más profunda la herida; eventualmente, esa plática va a tener que ocurrir, y prefiero que sea ahora antes de que las cosas se pongan más tensas.

Tengo todo el día de mañana para pensar en ello. Hoy me entusiasma tener otros planes: una amiga y su novia van a inaugurar una especie de club nocturno. Me parece muy atinado que hayan escogido este jueves para hacerlo porque afortunadamente mañana es feriado, así que no tengo excusas para no ir. Además, hace muchísimo tiempo no salgo a divertirme con amigos y mucho menos a un club nocturno. Esa vida la dejé hace tiempo, en parte por la vida de pareja (las prioridades cambian) y en parte porque le encontré el gusto a eso de respetar mis horas de sueño. Sin embargo, esta noche creo que me lo merezco.

Cuando solíamos salir juntos los fines de semana, mucho antes de este invierno, éramos el alma de la fiesta. Jamás fuimos muy alocados, aunque siempre teníamos un plan nuevo: museos, bares, parques, bibliotecas… lo que fuera. Nunca fui alguien que sintiera la necesidad de tener un plan de fin de semana cada semana, pero eso

cambió cuando lo conocí y dejé un poco de lado mi vida ermitaña, le encontré el gusto a tener alguien con quien compartir y explorar nuevos lugares. Amábamos, por ejemplo, los cumpleaños en casas de amigos y las reuniones que acababan hasta muy entrada la madrugada, o inventarnos viajes de fin de semana a algún sitio que ninguno conociera. Incluso remodelamos el departamento para poder invitar personas y yo, particularmente, disfrutaba mucho recibir amigos suyos, míos o nuestros. Cualquier pretexto era bueno para hacer una reunión y destapar una botella de vino.

Cuando el invierno llegó, las salidas, y desde luego las reuniones, empezaron a ser menos frecuentes. Primero porque la dinámica entre nosotros empezó a ser torpe e incómoda, y luego porque al empezar a ir a reuniones por separado era inevitable que nos preguntaran por el otro y me comenzó a fastidiar tener que justificar sus ausencias tan constantes con excusas que ya repetía porque no me acordaba de cuáles había dicho y cuáles no, así que poco a poco preferí dejar de asistir a tantas reuniones para evitar tener que inventar mentiras… y entonces tuve que inventarlas para justificarme yo.

Desde luego, hubo quienes se cansaron de recibir mis negativas o excusas y dejaron de invitarme. No los culpo. Con el tiempo la vida social se me redujo al punto que mi más grande círculo social terminó siendo la gente de mi trabajo a la que, luego de la pandemia, veo más en juntas por Zoom que en la oficina.

Por eso me emociona esta noche. Me alegra tener amistades que no se han olvidado de mí.

Voy llegando a casa, terminé mis deberes antes de lo esperado. Comeré algo y me arreglaré. Mientras saco cosas del refrigerador, veo que entra a la cocina, me saluda y se sirve un vaso con agua.

—Llegaste más temprano.

—Sí. El evento no duró tanto como pensé y no había tráfico —respondo sin mirarlo mientras termino de sacar algunos túperes.

—¿Todo bien?

—Sí. Bastante bien. Parece que quieren invertir mucho en publicidad.

—Ya. Me alegro.

—¿Tú? —no quería preguntárselo, pero me pareció que no hacerlo sería bastante grosero de mi parte.

—Bien. Tuve una reunión por Zoom que pudo haber sido un correo, fuera de eso, nada grave. Saqué a pasear a Nino en la tarde y aproveché para comprarle las galletas que tanto le gustan.

—Ah, ¡qué bien! Ya no tenía. Oye, por cierto, Sonia y Telma me invitaron a la inauguración de su bar y me gustaría ir. ¿Te importa?

—Oh, ya veo. Suena bien. Pensé que ya no te escribías con ellas…

—Yo también pensé que ya no me volverían a hablar luego de haberles cancelado varias veces, ¿recuerdas?

—¿Insinúas que es por mi culpa?

Su tono a la defensiva me parece chocante.

—Yo no dije eso —intento mantener la calma y responder con serenidad—. Solo digo que esta vez no quiero cancelarles. Aunque sí ha habido ocasiones en las que no he ido a sitios solo porque tú no has querido. Escuchamos, pero no juzgamos.

Suelta una risita burlona.

—Al menos podrías haberme avisado, ¿no crees?

—Apenas ayer por la noche recibí la invitación y hoy tuve muchas cosas que hacer. Se me pasó…

—¿O sea que ya ni siquiera nos avisamos de nuestros planes? Qué bueno que me lo dices, para empezar a actuar como si fuera la única persona que vive en esta casa.

—Tenía entendido que ya hacías como si fueras la única persona viviendo aquí.

Silencio. Creo que di un golpe bajo.

—¿Cuál es tu problema? ¿Te fue mal o algo y te estás desquitando conmigo?

Ahora comienza a enojarse.

—Aquí el problema no lo estoy creando yo. Te estoy avisando que voy a salir y no sé si te molestó que no te haya invitado o que

no te haya mandado un memo con tres meses de anticipación, para la próxima te paso mi agenda del mes.

—¡Ay, por favor! Qué infantil eres. No te costaba trabajo mandarme un mensaje en la tarde. ¿Crees que puedes disponer de mi tiempo?

—¡Ah, perdona! ¿Tienes planes? No sabía que tu apretada agenda social ya se había reactivado. No seas absurdo —respondo en tono sarcástico.

—¿Absurdo? Aquí lo único absurdo es que sigamos fingiendo que aún tenemos algo.

Un escalofrío me recorre el cuerpo y me estruja el estómago entre la rabia y la tristeza de oírlo pronunciar esas palabras. Apago la hornilla de la estufa donde calentaba un poco del guisado de anoche y me vuelvo hacia donde está.

—Nadie te ha obligado a quedarte. Es más, estoy seguro de que más de uno se moriría de ganas por tener algo contigo.

Le aviento al pecho el trapo que sostengo entre las manos y salgo de la cocina, del mismo modo en el que sé que debo salir de su vida.

Amar incondicionalmente
no significa tolerar
incondicionalmente.
Desaprende eso.

Señales

II

Luego de la discusión en la cocina, me alisté y salí de casa lo más pronto que pude. No soporto ya esas riñas por estupideces, cada vez son por cosas más tontas. Es como si buscáramos un pretexto para discutir como único medio para poder conectar, porque ya no sabemos hacerlo de otra forma.

Tomé mi auto y me fui. De camino pasé a comer algo a un sitio que me quedaba de paso, lo que me sirvió para hacer tiempo. Por fortuna el tráfico me dio tregua y llegué al lugar un poco antes de la hora.

Luego de dejar el auto con el valet parking, me dirigí a la entrada del lugar: un gran lobby con un portal de madera adornado con columnas griegas y pisos tipo mármol. Bastante *chic*. Me acerco a la recepción, en la que hay dos *hostess* aguardando y les doy mi nombre para que me busquen en la lista. Luego de unos segundos me encuentran.

—¿Cuál brazalete prefieres? —pregunta una de ellas, señalando uno con luz roja y otro azul.

Mi cara de confusión evidencia mi ignorancia absoluta.

—El rojo es para las personas solteras y el otro es para los que ya están en pareja —responde la otra.

"¿No habrá uno para quienes estamos en el limbo entre ambos?", pienso.

—Yo creo que esta vez voy a pasar del brazalete, chicas.

Sonríen y me indican el camino.

—Subiendo por las escaleras. Que te diviertas.

Les regreso la sonrisa y me vuelvo hacia la amplia escalinata en forma de caracol con barandales dorados y hierro forjado. Conforme

subo, escucho con más claridad el ruido de la música. Me emociona haber venido solo yo; admitirlo resulta raro.

Al llegar al primer piso, hay dos sujetos bien parecidos frente a unas cortinas de terciopelo negro. Me sonríen. Uno abre la cortina para darme acceso y el otro me guía por un pasillo iluminado con luces de colores y espejos en las paredes hasta que llegamos a un gran salón, en el que puedo ver una enorme barra al fondo iluminada en blanco, mesas por todo el lugar, pufs y una gran pista de luces led al centro, justo debajo de una espectacular bola disco con miles de cristales que resplandecen.

El sujeto me conduce hasta una mesa con sillas altas y luego se retira. Ya hay bastante gente. La música y el ambiente me parecen muy agradables y entonces alguien me tapa los ojos por atrás. Siento sus manos y adivino de inmediato.

—¡Sonia! —exclamo sonriente y me vuelvo para abrazarla.

—Te dije que iba a adivinar —dice Telma, plantándome un beso en la mejilla.

—Es complicado no hacerlo, con esa cantidad de anillos —respondo mientras Sonia presume sus delgadas manos adornadas con muchos anillos brillantes.

—Nos alegra tanto que hayas venido. Confieso que por un momento dudé que lo harías, pero Sonia siempre te tuvo confianza.

—Yo sabía que vendrías. Lo sentí en mi corazón.

Me abraza. Me da mucho gusto verlas.

—¡Qué increíble lugar se han montado, eh!

—No sabes la odisea que fue, pero lo conseguimos. Pensamos que sería bueno cambiar un poco de giro —responde Telma.

—Los restaurantes no están mal, es solo que queríamos algo con más ambiente, y creo que lo haremos bien. Diseñamos un pequeño menú con botanas, entradas y un par de platillos deliciosos, nada extravagante, lo suficiente para picar mientras bailas y disfrutas un trago —explica Sonia entusiasmada.

—Hoy, por ser inauguración para personas muy especiales para nosotras, hay barra libre y todas las botanas y entradas que quieras —dice Telma mientras me ofrece un cubito de madera bastante simpático y bonito que en realidad es un código QR. Qué ingenioso.

—¿Por qué no traes brazalete? —me increpa Sonia, revisando mi muñeca.

Suspiro con resignación.

—Ay, no me digas que vas a empezar de aguafiestas… —voltea los ojos—. Hoy tienes prohibido pensar en todas tus complicaciones amorosas. Es más, hagamos un trato: tú dejas afuera tus problemas maritales y fluyes, y yo te prometo que cuando salgas de aquí, no serás la misma persona.

Me guiña el ojo y sonríe coqueta.

—Te vamos a dejar una pulsera de cada color y, como en *Matrix*, tú decides cuál usar. La que elijas está bien, pero tendrás que hacerte responsable de tu elección —me advierte Telma y me entrega un par de brazaletes—. Diviértete mucho, cariño, hicimos esto para ti. Te vemos más tarde.

Ambas me dan un besito en la mejilla y se van para saludar a otros amigos suyos.

Miro los brazaletes y, sin saber cuál usar, decido guardarlos en la bolsa de mi chaqueta y me acerco a la barra para pedir un trago. Hay bastantes personas esperando, lo cual no es problema para los y las *bartenders* que tienen mucha maña y habilidad para atendernos a todos con rapidez.

—¿Qué te sirvo? —me pregunta gentil una guapa chica de pelo rojo que apuesto no pasa de los veinticinco.

—Un mojito, por favor.

—Tengo de frutos rojos o el clásico.

Siempre he sido de gustos clásicos y fan de mi zona cómoda, pero Telma y Sonia me aconsejaron fluir y soltarme, así que pienso que hacer una pequeña variación en lo habitual es un buen inicio.

—De frutos rojos.

Aunque no hay mucha ciencia en mi bebida, la prepara con tanto estilo y pericia que la hace parecer algo más refinado y sofisticado de lo que es.

—¡Listo! Pruébalo y dime si está bien.

Me acerca el vaso de cristal con un diseño extraño, original.

—¡Perfecto! Gracias.

Sonrío. Ella me devuelve la sonrisa y regreso a mi mesa. Al acercarme descubro que alguien ha tomado lugar en una de las sillas.

—¡Oh, disculpa! No sabía que estaba ocupada. Si quieres, me muevo —dice mientras noto cómo se me sonrojan las mejillas.

—No te preocupes, puedo tomar otra. Olvidé dejar mi chaqueta colgada en la silla para apartarla. No hay problema —respondo sin darle importancia.

—O podemos compartir, si quieres. No vengo con nadie, ¿tú sí?

Noto que tampoco tiene brazalete en la muñeca. Respondo que no y me siento. Me quito la chaqueta y la cuelgo en el respaldo de la silla.

—Mucho gusto —le extiendo la mano y nos estrechamos. Un mesero se acerca con un trago y lo deja en la mesa.

—¿Qué tomas? —pregunto casual para romper el hielo.

—Gin. Soy de gustos aburridos y clásicos —ríe.

—Te entiendo. Siempre digo lo mismo. Aunque hoy decidí ser más radical y pedir un mojito… de frutos rojos —sonrío.

—Guau, eso es muy rebelde de tu parte, todo un antisistema.

Reímos. Me parece alguien agradable.

—¿Conoces a Sonia y Telma? —me pregunta y da un sorbo a su bebida.

—Hace bastante tiempo. A Sonia la conocí por su restaurante del centro hace ya varios años. Con el tiempo nos hicimos amigos y luego empezó a salir con Telma. ¿Tú?

—Digamos que soy la parte inversionista de este lugar —dice con cierta modestia.

—Vaya, entonces tengo que hablarte de usted —bromeo.

—Lo mío jamás ha sido el rollo restaurantero. Yo me dedico a la construcción, pero me gusta divertirme y comer bien. Por eso conocí a Telma hace ya muchos años. Sabes que es una extraordinaria chef; ambas lo son. Me conquistó por el estómago. Me propusieron este proyecto hace ya unos cuatro años, aunque no sabían muy bien cómo empezar, hasta que un día llegaron a mi oficina con un plan bastante bien diseñado y acepté. Adoro el resultado, son muy

visionarias y creativas. Y cuéntame… ¿estás con alguien, o por qué no tienes brazalete?

Ya sé por dónde va.

—Tú tampoco tienes.

—Es… complicado.

—¿También tú? —digo. Doy otro trago a mi mojito.

—Ocho años. ¿Tú?

—Siete el año que viene.

—¿Y sí crees llegar?

Noto la intención en la pregunta. La travesura se le asoma en los ojos y a mí también. Sonrío con timidez.

—¿Tú crees llegar al noveno aniversario?

Suelta una risita.

—Pienso que cuando te planteas ese tipo de preguntas, la respuesta es clara, ¿no crees?

Es correcto. Justo cuando voy a responder, se escuchan las voces de Telma y Sonia en el micrófono al centro de la pista.

—¡Hola, hola! Buenas noches, gracias por acompañarnos en esta inauguración. Nos emociona tener casa llena y ver a tanta gente que amamos, entre amigos y familia —dice Sonia, contenta.

—Estamos más que honradas de que puedan acompañarnos en esta nueva aventura. Como saben, Sonia y yo tenemos un par de restaurantes juntas que, amablemente, nos han hecho el favor de apoyar y consentir en los últimos ocho años, así que gracias por eso y un aplauso para ustedes.

Una ola de aplausos y vítores inunda el lugar.

Sonia vuelve a tomar la palabra:

—Pero ahora quisimos experimentar y ofrecerles algo distinto que, estamos seguras, van a disfrutar y esperamos que se vuelva uno de sus rincones favoritos en esta monstruosa ciudad.

Más aplausos y silbidos.

—Como ya saben —continúa Telma— hoy hay barra libre y todo el menú va por cuenta de la casa para celebrar esta apertura que no podría ser posible sin ustedes y cada una de las personas involucradas que han confiado en este proyecto. Un aplauso para ellos y ellas también.

—Y también queremos presentar a dos de nuestros DJ residentes, que estarán esta noche trayendo la mejor música para que esta pista no se quede vacía. Es noche de complacencias, así que con el QR que está en el cubo de madera sobre sus mesas podrán agregar a la *playlist* las canciones que quieran y ellos se encargarán de darnos la mejor mezcla con los *tracks* que ustedes elijan.

Telma y Sonia aplauden mientras todo el mundo celebra.

—Ya para finalizar y que esto no parezca informe de resultados en el Canal del Congreso —una carcajada al unísono inunda el espacio, luego Sonia prosigue—: si toman fotos y videos, por favor, etiquétennos en nuestras redes, que aparecen en las pantallas, y ayudemos a que más gente sepa que llegó el mejor club a la ciudad.

—¡Diviértanse, conozcan gente, bésense con extraños y sean felices! ¡Los amamos! —exclaman ambas y un último estruendo de aplausos y gritos eufóricos retumba por todo el lugar.

—¿En qué estábamos? —le pregunto.

—En que te invito a bailar para inaugurar esa pista —responde, dándome la mano.

No hubo duda ni reserva alguna. Sonrío y acepto.

Dejo que bailar sustituya, al menos por hoy, esa fea rutina en la que lloro un poco cada noche para irme despidiendo de algo que durante un tiempo valió la pena intentar rescatar.

No todos los duelos
comienzan a partir del adiós.
Algunos empiezan mucho
antes, mientras sigues durmiendo
al lado de alguien que, tarde
o temprano, sabes que vas a dejar ir.

Señales

III

Son casi las dos de la madrugada y sigo en el bar, sintiendo el sudor recorriendo mi frente y la euforia embriagante al ritmo de la música y los estrobos. Aquí nada me preocupa. He bailado como si nadie me viera; había olvidado lo que era que alguien me invitara a bailar y lo emocionante que resulta aceptar alegrías de gente extraña. Ya no recordaba a qué sabían las salidas por la noche y oír mis canciones favoritas a todo volumen. Es como rescatar una parte de mí que había dejado olvidada en algún sitio y me pedía a gritos que la buscara, pero no sabía cómo, hasta hoy.

Regreso a mi mesa para tomar algo y descansar un poco. Aunque quiero seguir bailando, mis pies me piden un tiempo fuera. Telma y Sonia me alcanzan y se sientan conmigo.

—¿Te gusta? —me pregunta Telma mientras se echa aire con una servilleta.

—¡Me encanta! No quiero que acabe esta noche. Me siento de veinte otra vez.

Reímos.

—¡Lo que sigue te va a encantar! —advierte Sonia, recogiéndose el pelo con una liga.

Las luces se apagan y un reflector ilumina el escenario mientras las luces de la pista cambian a tonos azules y rosas. Una melodía que al inicio no distingo empieza a sonar y, de pronto, de entre la oscuridad y el humo, emerge gloriosa y dramática la figura de una mujer. Es una *drag queen* interpretando a la enorme Angélica María. La caracterización es tan exacta y espectacular que cualquiera podría pensar que se trata de la mismísima Angélica. Su vestido rosa de lentejuelas brilla como diamantes y la estola de plumas flota delicada y elegante con cada movimiento. Hay una pausa en la

música y, luego de un breve instante, se oyen las primeras estrofas. No es playback, es su voz. Todos aplaudimos, sorprendidos.

"No sé exactamente qué pasó, que todo de repente ya cambió. En nuestro diariamente, lo bonito tristemente terminó…".

Ese primer verso lo siento como una estocada que me atraviesa el pecho. Entonces voltea y fija su mirada, cándida y de largas pestañas, en mí. Es como si no existiera nadie más y solo cantara para mí. Mientras la veo hacer su interpretación, no puedo pensar en mejores palabras que esas para iniciar una conversación de despedida, y ahí lo termino de entender: al fin acepto por completo que no queda nada por hacer. Todo se hizo y todo se dijo, aunque no haya sido con palabras.

"¿A dónde va nuestro amor? Si cada día se va muriendo la flor de tu alegría…".

Eso. ¿A dónde se nos fue? Pero entiendo que es una pregunta inútil que ya no tiene caso plantearse una vez más, porque la respuesta misma es ese invierno que nos ha envuelto y al paso del tiempo ha congelado cuanto encontró en su camino. Los ojos se me llenan de agua. Sonia me ve y sin decir palabra me toma de la mano y no me suelta. Con sorpresa descubro que ya no son lágrimas de tristeza y tampoco de resignación, sino de agradecimiento y aceptación.

"¿A dónde va nuestro amor, cariño mío? Si donde hubo calor, hoy solo hay frío…".

Frío que acepto y que ya no quiero combatir. Ya entendí que la primavera solo puede surgir después de permitir el paso del invierno que, aunque crudo y a veces desolador, es necesario. No sé a dónde se fue nuestro amor, solo sé que quise dárselo porque, desde el primer momento, supe que ya no era mío eso que sentí cuando lo vi por primera vez bajando del tren: le perteneció desde ese instante.

Después de tantos años juntos, sé que lo amé como no sabía que se podía amar, a pesar de todas las señales y banderas rojas que por mera necedad decidí obviar. Lo amé en cada risa, en cada abrazo y también en cada lágrima que ha llevado su nombre y apellido, porque solo se puede llorar como yo le he llorado por alguien que significa algo… y llegó a significar todo.

No me arrepiento. Lo que le di es lo que soy y no iba a dejar de ser fiel a esa parte de mí, que vio en esta relación lo suficiente como para entregar sin reservas, aunque después ya no supiera qué hacer con lo recibido.

"Creemos ser felices y reñimos treinta veces cada mes…".

Preferí creer en esa felicidad ficticia antes que aceptar que este invierno entre nosotros no iba a ser algo temporal. Finalmente, no fue del todo malo fingir. Hacerlo me animó a intentar rescatar esto con más fuerza. Mientras más se alejaba, más fuerte tiré de la cuerda para evitar que se ensanchara esta brecha. Lo intenté, juro que lo intenté… pero no consideré el peso de su indiferencia. Eso añadió kilos extra a mi esfuerzo y con el tiempo me resultó insostenible seguir por los dos. Habría sido mejor que me hubiera odiado, así al menos hubiera sabido que todavía me amaba, porque, al contrario de lo que comúnmente se piensa, no es el odio lo opuesto al amor, sino la indiferencia. Cuando la suya se empezó a asomar para ensombrecerle la mirada y nublarle la sonrisa, supe que esto no iba revivir por más que lo intentara, porque ya no quería que siguiera con vida.

"En nuestro cielo hay un sol en agonía…".

Y al final eso fuimos, una primavera que sucumbió y se extinguió igual que el fuego de una vela que no resiste una corriente de aire. Aprendimos a vivir en medio de ese frío y mantuve encendida una vela, como una guía en medio de la oscuridad por si en algún momento decidía cruzar esa capa de hielo y acercarse a mí otra vez.

Creo que me cansé de mantener mi vela encendida. De todas formas, tarde o temprano la cera se consumiría.

"Y no me sé contestar por cobardía…".

Eso fui: cobarde por no querer aceptar lo evidente y engañarme con una realidad que ya no estaba vigente. Las respuestas a las preguntas que rumiaba cada noche mientras dormía siempre estuvieron ahí, mas preferí ignorarlas porque aceptarlas era abrir una puerta que hoy por fin crucé: era una despedida, la salida y el inicio de eso a lo que tanto temía.

Sé que lo voy a extrañar y es posible que durante algún tiempo aún le dedique noches para llorarle, pero ya no sabrá que esas son sus lágrimas, no sabrá muchas cosas de mí.

En medio de este estrepitoso fracaso, volverme inaccesible y hermético se sentirá como un triunfo aplastante, una tremenda victoria. Me convertiré en esa casa a la que ya no podrá entrar y transformaré mi piel en algo que ya no pueda habitar. Poco a poco iré quitando su nombre de mi boca y eliminaré su aroma de mi ropa. Dejaré de ir a los sitios que descubrimos juntos para no pensarlo tanto y encontraré otros lugares que se sientan solo míos y que ya no compartiré de buenas a primeras, para que no pierdan su encanto y sean refugios en los que también pueda sentirme a salvo.

Desde luego borraré nuestras fotos para ya no verlo mientras compruebo que, poco a poco, me voy purgando de todo eso que un día dijimos que jamás íbamos a dejar de ser. Despacio iré soltando esa idea de un nosotros para familiarizarme de nuevo con eso que yo sabía ser mucho antes de conocerlo y volveré a esa vida que era mía, antes de decirle que mi corazón le pertenecía.

No voy a destinar ni un segundo de mi tiempo a odiarlo, porque lo nuestro fue algo que en su momento fue valioso. Esa distancia en común es lo único que nos quedará, la única y última cosa nuestra. Ojalá pueda agradecer y, sobre todo, aprender algo de mí, para que cuando vuelva a toparse con el amor sepa apreciarlo y cuidarlo del mismo modo en el que, alguna vez, deseé que me cuidara a mí.

No sé qué va a pasar cuando ambos nos demos la vuelta y veamos de frente a ese "después" que nos aferramos a posponer con tanto tesón. No soy creyente de segundas partes. Nuestro final será autoconclusivo; me tomó mucho tiempo aceptar que no todo lo que se extraña merece volver.

Una ola de aplausos retumba en el bar. La espectacular *drag queen* en el escenario sonríe orgullosa y agradece mientras recibe silbidos e innumerables halagos. Sonia, Telma y yo aplaudimos mientras me limpio un par de lágrimas con discreción. La *drag* hace una última reverencia al público y abandona el escenario, tal y como yo lo haré para volar fuera de esa vida que ahora parece tan lejos y prohibida para mí.

Hay que saber irse siempre a tiempo.
Aplica para lugares y, por supuesto,
personas.

Señales

Viernes

Y, como último acto de amor, me voy y me alejo para que puedas
encontrar aquello que buscas, continuar con tu vida y también continuar yo con la mía.
Lo merecemos.

Después del show de la *drag* me despedí
y manejé de vuelta a casa. Al llegar todo
estaba en silencio, ambos dormían.
Procuré no hacer ruido al quitarme la ropa
y meterme a la cama.

Ayer fue la última noche
que compartimos en la misma habitación.
Hoy el aroma a café recién hecho me ha
despertado temprano.
Me levanto, me pongo la bata y me dirijo a la cocina.
Me sirvo un poco de café y por la ventana lo veo
en el pequeño patio trasero tomando el suyo
en la mesita de madera frente a la jacaranda.
La contempla y sé bien por qué.
Salgo y me siento en la otra silla.

Ambos nos miramos.
Sabemos por qué estamos ahí y que ya no hay marcha atrás.
Entonces volvemos la vista al árbol frente a nosotros:
su follaje ha terminado de florecer y ahora es de un
frondoso y elegante color lila.

Y ahí, al ver ese símbolo profético…

por fin aceptamos…

El invierno entre nosotros


XIX
THE SUN.

ALEX TOLEDO

El invierno entre nosotros (LADO B)

BLACK Birds

Aprender a seguir a pesar de
tener el corazón roto es quizá de los
inviernos más crudos que alguien
puede atravesar.
Si este es tu caso, deseo que pronto
vuelva la primavera a florecer
en la ventana de tu corazón.

ADVERTENCIA

Si este libro ha llegado hasta ti, entonces ya es muy tarde y el invierno te alcanzó sin que pudieras hacer nada para salvarte de ese gélido temporal que acabó o está a punto de acabar con tu relación. Nada puedes hacer para huir de estas páginas que seguro van a dolerte, pero son lo más cercano a un remedio para rescatarte.

En este libro se cuentan dos versiones de la misma historia, por eso su formato es doble.

Cuando una relación amorosa se encuentra en la víspera del invierno que lleva a la ruptura definitiva, siempre hay dos caras de la misma moneda: quien intentó hasta lo imposible para rescatarla y quien ya no tuvo ganas de intentar porque solo quiere irse.

Tú eliges por dónde empezar o si alternas entre un lado y otro, pero si has elegido este lado de la historia es porque aquí están las respuestas que buscas.

Estoy seguro de que has elegido bien.

De cualquier forma, leer estas páginas va a destrozarte y me temo que es inevitable. Si decides continuar, tienes que saber con toda claridad que no hay marcha atrás. Cada párrafo de este libro puede ser como el invierno que llega y no da tregua, que todo enfría y congela a su paso sin pedir permiso, sin remordimiento alguno.

Quizá el único antídoto para que vuelvas a juntar todas tus partes rotas luego del inevitable adiós sea que conozcas las dos caras de la moneda y llegar al final.

La verdad no estoy seguro de ello, sin embargo, es posible que funcione.

De algo sí estoy seguro: ese invierno pasará. Créeme.

Una disculpa de antemano y ten a la mano el número de tu terapeuta.

Una cosita más antes de continuar:
la música no siempre nos ayuda a sanar, a veces solo es una dulce compañía que hace que esto de romperse se sienta más poético y menos solitario.
Valida nuestras emociones para saber que está bien sentirlas y, así, atravesar los inviernos que llegan y azotan el corazón.
Escanea el código QR y disfruta de la playlist oficial de este libro en Spotify
con todas las canciones que me acompañaron para escribir estas páginas y me ayudaron en algún momento a sobrevivir a esos inviernos que me congelaron uno que otro amor.





INTRODUCCIÓN

¿Cuánto amor puede caber en soltar a alguien? Y otros dilemas antes del final

Eran las seis de la tarde de un sábado. Era verano. El calor había dado tregua y una suave brisa refrescaba todo a su paso. Había tomado una mesa en el café de siempre y cuando la mesera se acercó, pedí lo habitual: un moka grande, con doble carga, leche de avena y una rebanada de pastel de zanahoria. Era la primera vez en meses que iba a encontrarme con Benjamín, un viejo y buen amigo de la facultad con quien, por motivos de trabajo, había perdido un poco la comunicación. Yo había terminado la maestría y él, un doctorado en España. Un día recibí un mensaje inesperado diciéndome que hacía un par de semanas que había llegado a México y que le gustaría verme porque tenía algo que hablar conmigo.

A pesar de llevar un tiempo sin vernos, nuestra relación por mensajes se había mantenido más o menos constante. Tratamos de estar en contacto lo más que podíamos, pero a veces la carga laboral era extenuante y podíamos tardar días en responder los mensajes, de tal forma que cuando me pidió vernos con cierta urgencia, me pareció un tanto extraño. No le pregunté mucho, solo agendamos.

Mientras saboreaba el primer bocado de pastel, alguien me tocó por detrás y vi a un hombre alto, moreno, de barba ligeramente recortada y amplia sonrisa. Me levanté y lo estreché con gusto. Había pasado el tiempo y de verdad nos dio gusto poder vernos de nuevo. Luego de pedir un café americano y un par de galletas de

nuez, nos pusimos al corriente sobre la vida, los estudios, el trabajo y, claro, el amor.

La verdad, Benjamín me parecía un poco insufrible. Primero porque era bastante creído y, segundo, porque dada mi baja autoestima durante la universidad lo veía como alguien inalcanzable, aunque por eso me gustaba. Jamás pasó nada entre nosotros y menos después de habernos besado en una fiesta cuando nos graduamos. Ya éramos amigos, pero supongo que solo era tensión sexual. No sentimos nada ninguno de los dos, fue el beso más seco, plano e insípido de la historia. Luego de ese fallido momento nos quedó claro que lo nuestro era ser amigos y nada más.

Me preguntó si seguía emparejado y le dije que sí, que vivíamos juntos y que todo iba bien, con algunos bemoles y detalles, pero nada preocupante. Cuando fue su turno de contarme sobre su vida romántica, su semblante cambió de manera notable y se talló la cara con las manos. Dio un hondo suspiro y me contó que iba a dejar a Sandra, su pareja de aquel entonces. Yo pelé los ojos casi al instante. Lo último que sabía era que ambos habían acordado irse a vivir a España mientras Benjamín terminaba el doctorado, porque el trabajo de ella era remoto y podía hacerlo en cualquier parte del mundo mientras tuviera una computadora.

Fue una sorpresa para mí saber que, en algún punto de la historia, Sandra había tomado la decisión de regresar a México. "Está en casa de sus papás", me dijo Benjamín. Yo había dejado de comer de mi pastel porque me parecía poco prudente ser un glotón en ese momento, y más cuando se le llenaron los ojos de agua inundándole la memoria. Comprendí que la cosa estaba grave.

"Desde que volvió no ha pisado el departamento. Solo tomó algunas cosas, un poco de ropa y se fue con ellos". Cada vez que las lágrimas se le acumulaban en la mirada, yo le pasaba una nueva servilleta. En todo el tiempo de conocernos jamás lo había visto llorar; no pensaba que fuera del tipo que lo hacía. En la universidad era el guapo de la escuela, todo mundo quería con él, incluso los chicos. De hecho, en ese entonces creo que tenía una relación secreta con un joven un par de semestres adelante al que terminó engañando… con una chica.

Ahora, casi doce años después, yo estaba ahí, siendo su hombro para llorar porque su historia de amor estaba colapsando.

Benjamín y Sandra llevaban cuatro años juntos, pero el último año habían empezado los problemas por diferencias irreconciliables en el proyecto de vida. "No sé por qué de pronto le brotó la idea de querer convertirse en madre. Cuando apenas salíamos estaba muy segura de no querer serlo y eso me pareció un alivio, porque nunca he tenido ese instinto paterno. Y como si eso no bastara, ahora quiere ser una nómada digital y viajar por el mundo, es una incongruencia. No es que no me guste viajar, pero tengo planes y no puedo irme a darle la vuelta al mundo, así como si nada".

Me quedó claro que me había buscado como su amigo. Necesitaba a alguien que le dijera lo que necesitaba escuchar y no lo que quería, aunque nunca he tenido esa fea costumbre de psicoanalizar a mis amistades. Así que mientras lo oía hablar, ya un poco más tranquilo, no pude evitar notar dos cosas: que ahí todavía había mucho amor y que, a pesar de eso, ya no era suficiente para rescatar ese barco, porque todo eso era solo la punta de un iceberg de problemas que ambos venían arrastrando.

—Voy a procurar no hablarte como terapeuta, sino como tu amigo: creo que a veces amar a alguien implica saber cuándo irse a tiempo, antes de que ese amor se convierta en algo retorcido que cause dolor y arrepentimiento. ¿Estás seguro de que seguir sintiendo eso que sientes por ella es buena inversión? Digo, parece que ha iniciado casi una mudanza…

Silencio. Supe que mis palabras habían sido como un balde de agua fría a pesar de haber tratado de ser lo más gentil y cariñoso que pude, pero había verdad en ellas. Cuando uno pide ver a sus amigos, pasa algo similar a ir a terapia: solo se busca confirmar a través del otro lo que en el fondo ya sabemos, pero nos da miedo admitir. Y eso hizo él, no había más opción.

Se talló los ojos, volvió a suspirar resignado y no tuvo más que aceptar que sí, que todo había terminado incluso mucho antes de darse cuenta porque ya no había más que hacer.

Tres semanas después, Sandra sacó sus cosas del departamento. Era obvio que ya llevaba tiempo buscando a dónde mudarse porque

había encontrado un sitio para instalarse al otro lado de la ciudad; uno siempre sabe cuándo algo con alguien está por terminar. Cuando Benjamín me dijo que ya no había nada de ella en su departamento, yo mismo lo acompañé a comprar plantas y algunos muebles para redecorar, porque lo único que puede hacerse para recuperar los espacios vacíos es llenarlos de uno mismo.

Luego de esa experiencia le di muchas vueltas a la idea de que aun en los adioses puede haber amor. De otro tipo, sí, tal vez mezclado con grandes dosis de melancolía por lo que ya no será y el deseo de revivir los buenos tiempos, pero amor al fin. Sin embargo, también pienso que a veces el amor no es suficiente para mantener viva una relación… y quien piense lo contrario le falta vivir mucho más y ver menos películas de Disney.

Es más fácil terminar con alguien cuando los motivos no dan lugar a negociaciones: violencia, problemas financieros graves, adicciones, infidelidad o cualquier otro tipo de traiciones dolorosas que roban nuestra dignidad. En cambio, cuando el motivo son las diferencias de ideales, los proyectos de vida o las ambiciones, resulta una verdadera encrucijada. Pero tal vez la razón más dolorosa es cuando simplemente se acaba el amor sin motivo aparente.

Muchas cosas pueden matar el amor, pero ¿qué pasa cuando no sabemos qué lo hizo? Deberíamos normalizar el aceptar que las emociones cambian y que es natural dejar de sentir lo que sentíamos por alguien, sin ninguna razón en particular. Solo pasa y no podemos evitarlo.

Yo lo vi con Benjamín y luego con Sandra, cuando me contactó por Instagram para ver si podía entregarme una pequeña maleta con cosas de Benjamín:

> Sé que nos vimos muy poco, pero eres muy cercano a él. No sé si pueda verlo, al menos no ahora. No es que no quiera; de hecho, verlo es lo que más deseo, pero solo me haría daño y tampoco quiero lastimarlo… ¿Me ayudarías?

Por supuesto que no accedí a verla, no creí que fuera mi papel hacer de lechuza mensajera. Sin embargo, con ese mensaje fue muy claro para mí discernir que puede haber amor aún en el derrumbe de la historia que se construyó con alguien. Porque justo al borde del precipicio, en la orilla del final, cuando se hace el recuento de todo lo que fue, uno puede darse cuenta de que sí hubo amor en actos, palabras y vivencias que, aunque no fueron suficientes para alimentar ese vínculo, sí fueron honestos.

Tener la oportunidad de vivir eso es tal vez la razón por la que vale la pena experimentar esas historias. Duele, sí, pero duele más quedarse en un sitio donde ya no hay nada más que contar ni camino que recorrer.

Por historias así, experiencias de mis consultantes —y propias, también—, he aprendido que, aunque no hayamos dejado de sentir amor por alguien, debemos irnos a tiempo de donde duele, de aquellos sitios y personas donde ya no tenemos lugar y donde, claro, ya no alcanza solo con el amor. Casi nunca es sencillo hacer algo así porque no nos enseñan a hacerlo, pero cuando aprendemos, nos damos cuenta de que el amor no solo existe cuando se comparte con alguien, también existe en aquellas despedidas que son necesarias y es la única forma de poder aprender que el amor no es solo lo que compartimos con las personas, sino todo aquello que aprendemos de ellas y nos llevamos con nosotros después de cada último beso, cada último abrazo y cada último adiós.

En honor a todas esas historias que se fueron congelando poco a poco hasta cubrirse de hielo y a todos esos inviernos que han acabado con más de un amor es que nació este libro que, te advierto, va a sentirse como un golpe en el dedo pequeño del pie, un puñetazo en tu pecho que tome la forma de lágrimas. Mi intención no es darte ningún remedio para aliviarte, porque solo abrazando ese dolor y aceptando esos finales puede curarse la amargura que provoca cada despedida.

Kafka alguna vez le escribió a Oskar Pollak que necesitamos libros que nos golpeen como la muerte de alguien a quien queríamos

más que a nosotros mismos, porque un libro debe ser el hacha que rompa el mar helado dentro de nosotros, y estoy de acuerdo con él. Me temo que este es uno de esos libros. Si estas páginas se sienten como navajas que cortan en los recuerdos y provocan que sangre una que otra memoria, removiendo los escombros de alguna despedida, entonces sin duda sabrás que estás en el lugar correcto. Al final, no hay invierno que pueda detenerse ni evitarse. Solo atravesarlo logrará dar lugar a los primeros brotes de una nueva primavera en la que quizá, con algo de suerte, no seamos las mismas personas, sino otras que entendieron que algunos finales son inevitables, e incluso necesarios, para comprender que por amor también hay que saber irse.

Si al final estas páginas logran algo de eso, entonces mi trabajo está hecho.

No prometo que no dolerá, pero sí te aseguro que el invierno pasará.

Con cariño,
@alejillotol



PREFACIO

Antes del invierno…

Ese día no fui a una entrevista de trabajo porque preferí acudir a mi primer encuentro con el sujeto con el que llevaba hablando al menos tres meses por redes sociales. Sé que no fue la decisión más adulta y, aunque no era la mejor oferta laboral, me habría ayudado a salir un poco del bache económico en el que me encontraba.

En fin… *choices*.

No contesté las llamadas ni los correos de la reclutadora que, de hecho, fue más que generosa al marcarme dos veces luego de no responder la primera vez e incluso mandarme un mensaje de WhatsApp después de haber rechazado las tres llamadas previas.

La verdad tenía miedo de arrepentirme por mi decisión, no sabía si estaba dejando lo más por lo menos, era una cita a ciegas con alguien que de repente se había vuelto un chat frecuente en mi lista de contactos. Para entonces habíamos intercambiado un par de fotos eróticas y tenido algunas conversaciones guarras y subidas de tono que harían a mis tías cristianas persignarse, pero nada más. No nos conocíamos lo suficiente como para que yo decidiera cancelar una entrevista de trabajo. Era una moneda al aire y de todas formas lo hice. Leemos, pero no juzgamos, ¿ok?

Aproveché la mañana libre para irme a cortar el pelo y pasar por mi ropa a la lavandería. Era 20 de enero y hacía un frío de la chingada. Jamás me había tomado la molestia de arreglarme tanto para tener una primera cita por el potencial de decepción. Con la edad aprendes a no hacerte ilusiones tan rápido, las primeras citas suelen no llegar a una segunda.

Pero esa vez parecía adolescente de secundaria. Sentía mariposas en la panza por conocer a alguien y eso no me había pasado en mucho tiempo. No estaba buscando estar con alguien, pero un día leí su mensaje en el chat y así empezó todo, hasta que decidimos pasar de las citas virtuales a una en el mundo real.

Cuando terminé de alistarme, salí de casa con la mayor antelación posible. En ese entonces mi departamento estaba a una hora del centro de la ciudad, pero con tráfico podían ser hasta dos y no quería llegar tarde en mi primera cita, así que tomé mis precauciones.

Fueron en vano: a mitad de camino, el tren en el que iba sufrió una avería y tardaron casi cuarenta minutos en ponerlo en marcha de nuevo. Me hervía la sangre por ir con retraso por culpa del metro. Aun así, en todo ese tiempo no recibí ni un solo mensaje de presión por su parte, incluso cuando le conté la situación. Al contrario: un "descuida, no pasa nada. Aquí te espero" fue más que suficiente para bajar mi ansiedad.

Luego de casi dos horas de viaje, llegué a la estación en el centro de la ciudad. Salí del vagón y en medio de tanta gente busqué con la mirada a alguien que se pareciera a la persona que por tantas semanas había visto solo en fotos y algunos videos, pero no vi a nadie. Hasta que de pronto me topé con sus ojos cafés y su sonrisa yendo directo hacia mí. Sentí las mariposas de mi interior revolotear de nuevo como hacía mucho no lo hacían, pero de todas maneras no pude dejar a un lado la pena que sentía por haber llegado con tanto tiempo de retraso. Me disculpé al menos una docena de veces, pero no parecía importarle. No dejaba de mirarme y yo no sabía dónde meterme porque jamás nadie me había mirado así. Me gustaba, pero no supe muy bien qué hacer con eso, así que solo sonreía con timidez y dejaba que mis mejillas sonrosadas dijeran lo demás.

Por aquel entonces yo llevaba cuatro o cinco meses en soltería. Había terminado una relación anterior de dos años y la verdad es que no había sido de la mejor manera. Sentía que aún no había cerrado del todo ese ciclo cuando de pronto ya estaba abriendo otro.

Por supuesto que mentí. Le dije que llevaba un año sin pareja, y aunque la realidad es que ya no extrañaba a la persona anterior —

sus problemas de ira y carácter violento ayudaron a eso—, tampoco consideraba que iniciar otra relación fuera lo más prudente, pero tenía algo encantador que me dio mucha curiosidad conocer. Quizá más curiosidad sexual que emocional, porque realmente quise arrancarle la ropa desde que vi sus fotos en Instagram. Nunca he sido alguien que respete esos formalismos de "no comerse la torta antes del recreo". Si se me antoja, me la como y punto.

Esperaba que en ese primer encuentro termináramos en su departamento dándonos un revolcón épico, pero no pasó. Años después comprendí que no ocurrió porque en verdad me quería para algo serio, aunque en ese momento no lo sabía ni lo entendía.

Los minutos iniciales de nuestro encuentro, sin importar lo torpes, fueron suficientes para saber que no ir a esa entrevista de trabajo había sido un acierto.

En las primeras citas siempre me ha causado temor que la persona me aburra o yo a ella, pero entre nosotros pasó todo lo contrario. El resto del día se nos fue como agua y cuando vi el reloj ya pasaba de la una de la madrugada. Por supuesto que aún albergaba la esperanza de ir a su departamento y terminar la noche juntos, pero al pasar de las horas, ese deseo frenético se diluyó y dio paso a algo mucho más tierno y llenador que una simple noche de sexo ardiente. Ni siquiera me importó pagar un Uber carísimo de regreso a mi casa, porque la forma en la que me había tomado de la mano toda la noche no se comparaba con nada que yo hubiera sentido antes.

Y entonces empecé a pensar que sí, que tal vez ahí era. Y ahí fue. Pasaron varias semanas antes de que decidiéramos formalizar y entonces recordé lo bien que se siente estar con alguien, pero esta vez con más compromiso y seriedad que en ocasiones anteriores. Es probable que mis errores del pasado y las experiencias previas me habían hecho madurar y tenía muy claro lo que no quería repetir.

Pasábamos mucho tiempo juntos en la semana. Yo aún no conseguía empleo y tenía mis días libres, así que podía ir a recogerlo a su trabajo para cenar algo y llegar a su departamento a ver una película hasta que nos ganara el sueño.

De siete noches, al menos cinco las pasaba en su departamento y empecé a pensar que no tenía caso seguir pagando una renta por un lugar al que ya solo iba uno o dos días. Sin embargo, tampoco sabía si en verdad podía vivir como él vivía, en medio del caos y desorden. La primera vez que por fin me llevó a su departamento —ya después me contó que lo hizo así porque mientras salía conmigo aún vivía con su ex— fue una experiencia terrible: el sexo fue maravilloso, pero pasar la noche fue un infierno. No tenía cortinas en su habitación, el colchón no tenía fundas ni sábanas y tuve que cubrirme con mi propia chamarra porque me dijo que había mandado lavar toda la ropa de cama, lo cual, después supe, era mentira: la realidad era que no tenía colchas ni sábanas. No le interesaban ese tipo de cosas. Le bastaba con usar una cobija vieja y delgada para taparse y una almohada que sabrá Cristo cuándo habría sido lavada por última vez.

Algo que sí me gustó desde el principio fue que el departamento estaba en un primer piso y tenía un pequeño jardín trasero que colindaba con el muro de un terreno vacío en la calle contigua. Ese pequeño jardín era lo único ordenado en ese departamento. Las plantas estaban en perfecto estado, excepto por una sola: un viejo y seco árbol de jacaranda que, me dijo, nunca ha logrado florecer por más cuidados que se le dieran.

Recuerdo que, al inicio, solíamos bromear con ironía diciendo que tal vez la única forma en la que ese árbol pudiera florecer de nuevo fuera que termináramos.

—¿Te imaginas? El árbol absorbiendo la energía de nuestra relación hasta que un día ¡pum!, un brote de flor —me decía jugando.

—Entonces, por nuestro bien, más nos vale revivirlo para que no tenga que absorbernos nada —respondía, y le daba un beso.

Por supuesto sé que es una tontería, pero siempre he tenido un lado muy supersticioso y por eso, desde que estoy aquí, he hecho mi mayor esfuerzo para que el árbol nos dé la sorpresa de volver a retoñar. Por alguna razón pensé que si lo hacía florecer, quizá se evitaría cualquier mal presagio. A estas alturas es casi como una meta personal.

Al tiempo que investigaba todo lo que podía referente a las jacarandas y los cuidados de jardinería, no podía obviar el hecho del tremendo desorden. En otro momento de mi vida eso hubiera sido motivo suficiente para salir huyendo, pero quizá con el tiempo me he ido separando un poco de mi parte más quisquillosa y decidí pasarlo por alto, aunque tampoco me animaba a que viviéramos juntos, hasta que un día, después de unos seis meses de noviazgo, me dio un juego de llaves.

La expresión de felicidad en su cara me dio mucha ternura, era como si llevara tiempo planeando ese momento. No pude negarme. Mi contrato de renta estaba por terminar y no podía permitirme seguir pagando una renta sin un trabajo estable y, además, en ese tiempo habíamos creado una rutina de pareja a la que nos adaptamos muy bien. Me gustaba estar ahí.

Me resulta curioso decirlo en pasado, porque ya no sé si me gusta. Han pasado seis años desde entonces y muchas cosas cambiaron: encontré un muy buen empleo que me encanta; ahora tengo una gerencia. Amueblamos y decoramos el departamento, compramos nuestros autos soñados y adoptamos un perro a pesar de mi alergia, que con el tiempo y sin saber cómo, desapareció. Viajes, bodas, encuentros nuevos… tantas cosas. Todo era bonito hasta hace un tiempo, supongo que hemos cambiado. Yo he cambiado. Las charlas largas se volvieron conversaciones pequeñas, casi de ocasión. Las cenas para dos, de un tiempo para acá, son a solas y he tenido la necesidad de salir por mi cuenta.

Este año recién cumplimos seis años juntos. No fue la celebración más alegre que hemos tenido y mentiría si digo que no me he cuestionado si quisiera y podría pasar otros seis años más, o incluso un mes más, a su lado. Me aterra pensar que tal vez el café ya se nos enfrió por culpa de ese viento helado que ha empezado a soplar desde hace tiempo, que quise ignorar y que ahora ya no puedo detener.

Me aterra pensar que nuestra broma en realidad era una profecía y tal vez, un día de estos, ese árbol empiece a florecer mientras aquí todo termina por marchitarse.

LA OTRA CARA
DE LA MONEDA

Domingo

Nuestro silencio fue el resultado de la larga agonía de nuestra primavera, un espejismo que poco a poco empezó a ser lejano y difuso. Así supe que el invierno llegaría. Se anunció desde mucho antes de notarlo. Se hizo presente a través de todo eso que dejamos de nombrar y lo que empezamos a callar.

Fue un estrepitoso fracaso.

I

Hace tiempo que los domingos dejaron de tener ese encanto hogareño que tanto me gustaba. No voy a engañarme, tal vez gran parte de eso yo lo he provocado. Recuerdo que podíamos pasar el día entero descubriendo nuevos lugares para desayunar y luego terminar en casa con alguna película que ya habíamos visto cien veces antes, pero nos encantaba. Ahora solo hay rutina y silencio. Mucho silencio. Me he acostumbrado a eso, aunque sé que no es buena señal. Lo sé desde hace mucho.

Los primeros años todo era muy nuevo y nada me parecía aburrido, pero entre el cuarto y quinto año algo me pasó y empecé a preguntarme si debía seguir aquí. Una vez, en una librería, mientras buscaba entre los estantes algo interesante que comprar, me topé con un libro de Jorge Bucay que decía algo así como: "Cuando comienzas a cuestionarte si todavía amas a esa persona, quizá es porque has empezado a dejar de hacerlo". Cerré el libro de inmediato y salí huyendo del lugar. Ahora pienso que la frase fue una extraña coincidencia que reflejó un momento exacto de mi vida, no obstante por mucho tiempo fingí demencia y me aseguré de que no fuera verdad. Me esforcé por volver a sentir eso del principio para convencerme de que aquí es donde debía seguir. Algo debió funcionar, porque aquí sigo.

Hace varias semanas he notado cómo despierta y permanece ahí, junto a mí, viendo el techo, como si buscara con esmero las respuestas a todo lo que no me dice, pero que yo puedo leer en su mirada cada vez que me ve. Sus ojos me gritan: "Has cambiado", y yo no tengo forma de negarlo. Solo puedo desviar la mirada, declarándome así culpable. Permanezco en silencio, justo como ahora, mientras simulo que duermo para no involucrarme con eso

que me resisto a poner sobre la mesa. Una vez que decida entrar en esos terrenos, sé que no habrá marcha atrás.

Desde hace meses se nos ha hecho más complicado encontrar temas de conversación. Me resultan tan incómodos sus intentos por establecer algún lazo conmigo que no me siento con derecho a corresponderlos por miedo a abusar de ese cinismo que he venido usando. A veces, nuestras conversaciones se reducen a darnos los buenos días, preguntarnos cómo estará el día en el trabajo: "¿Vas a querer café?" o "¿Qué se antoja desayunar?". De seguro se pregunta con frecuencia cómo es que llegamos a este punto de nuestro amor. Siento que las dudas se le quedan atoradas en la garganta cada vez que hablamos y no sé cómo explicarle, no sé si tengo rostro para hacerlo.

Sigo fingiendo que duermo. Le doy la espalda y espero a que, como siempre, se aliste para salir a pasear al perro. Se llama Nino. Se me ocurrió un día mientras veíamos *La dolce vita*.

Así ha sido la rutina desde hace mucho: se levanta, se cambia y se va. Al inicio pensé que la llegada del perro podría servir como un bálsamo para que sanaran las heridas y las grietas que veníamos arrastrando, pero no fue así. Las primeras semanas volvió un poco de la felicidad y complicidad que habíamos perdido y por un breve momento volvimos a probar de eso que teníamos al inicio. Fueron días alegres. Todo giraba en torno al perro, que entonces aún era un cachorro y necesitaba cuidados y atención. En mí nació de nuevo la ternura y pude verlo con los ojos con los que lo vi la primera vez. En su sonrisa también se reflejó el cariño y la dulce locura de la que una vez fui testigo. Pero fue breve. El perro comenzó a crecer y, al tiempo que lo hacía, esa felicidad fugaz decreció. Había sido solo un intermedio, un espejismo de algo que ya no podía recuperarse.

Ahora, de un año para acá, me he dado cuenta de que nos pasó como a esas parejas que ven en los hijos la posibilidad de salvar su matrimonio. Con la llegada de Nino, tuve la coartada perfecta para evitar hacerme cargo de mi parte de responsabilidad en la caída de nuestra relación y disimular. Como siempre, el autoengaño es audaz. Si un bebé humano jamás ha podido rescatar un matrimonio destinado a fracasar, ¿en qué momento me convencí de que un

perro podría hacerlo? Fue estúpido, sí, pero casos desesperados a veces conducen a soluciones desesperadas y, después de todo, soy una persona en situación de desamor.

Los primeros paseos con Nino nos dieron motivos para derretir un poco el hielo que había empezado a formarse entre nosotros. Fue lindo, como volver a estar en casa, pero la novedad nos duró unos cuantos meses y luego la temperatura bajó otra vez. Recuerdo una ocasión en la que otra persona se acercó a nosotros porque su perro y el nuestro coincidieron. Fue un encuentro breve y muy casual, algo habitual entre quienes tienen perros. Sin embargo, la manera en la que interactué y hablé con el dueño del otro perro fue diferente, de una forma en la que ya no lo hacía, y creo que lo notó. No lo hice a propósito, sin embargo, si no hubiera estado en ese momento conmigo, habría pasado casi por un ligero coqueteo. Luego los perros se dejaron de olisquear y continuamos nuestro camino. Tal vez fue solo percepción mía y se trate de un detalle insignificante, pero tengo la sospecha de que es algo que no ha podido olvidar y yo tampoco.

Quizá a raíz de eso empecé a preferir pasear al perro sin su compañía, así evitaba malentendidos. Por su parte, he notado que sus paseos al principio eran de veinte o treinta minutos, ahora en cambio se han hecho más prolongados… y lo peor es que no me preocupa. Incluso he llegado a aceptar el hecho de lo bien que me siento cuando no está en casa. La sola idea me causaba mucha culpa en un inicio, luego simplemente tuve que aceptarlo.

Hace ya un rato que se fue. Son diez para las diez y espero que tarde un poco más en volver. Poner el café para dos se ha vuelto más un requisito de la burocracia matutina, una cortesía, en lugar de un ritual fundamental de compromiso cuando dos se acompañan. Siento que mientras más pasa el tiempo, más dejamos de ser una compañía para convertirnos en *roomies*.

Toda mi vida me enseñaron que se requerían de grandes esfuerzos para mantener viva una relación. Esto es falso. Por propia experiencia he aprendido que son los pequeños actos cotidianos los que sostienen la relación, en ellos se ve la salud del vínculo. Esos rituales pequeños que resultan casi invisibles son los que más peso

tienen y dicen muchísimo; pueden construir o destruir. No es solo hacer café para los dos, es hacer café para decirnos: "Pensé en ti, te sigo considerando".

Lo cierto es que yo ya no sé qué nos decimos cada vez que repetimos lo que antes hacíamos porque significaba algo más. Es como actuar una película donde cada uno tiene su rol asignado. Aquí todo parece normal, pero es porque normalizamos eso que debimos haber evitado desde el primer momento en el que se presentó. Y, al menos de mi parte, no hice nada.

¿Por qué he preferido vivir con el elefante en medio de la habitación? Lo más seguro es que sea por la culpa de haber dejado de sentir lo que una vez le prometí que iba a sentir siempre; promesa que desde el principio sabía que no iba a poder cumplir.

Tan típico de mí.

Tal vez tengo miedo de defraudarlo. Tal vez también es la comodidad de dejar todo para "después", y el problema de eso es que algunos "después" jamás llegan. Bien dicen por ahí que después el café se enfría, la gente cambia y se van las ganas.

Parece que en esta casa el café es lo único que permanece caliente, y quién sabe por cuánto tiempo más.

Pocas cosas en la vida asustan tanto
como saber que ya no hay nada de qué hablar.
Cuando entre dos se acaban los temas
de conversación, entonces se ha acabado todo.

Señales

II

Por fortuna este domingo es más llevadero porque he quedado de ir a almorzar con mis padres, los llevaré a su restaurante favorito en el centro de la ciudad. Antes procuraba apartar este día para nosotros dos porque sé lo mucho que le gustaba pasarlo juntos, aunque nuestro plan solo se tratara de estar en piyama, comer las sobras de la semana, ir al súper y ver alguna mala película, pero acepto que en días como hoy me resulta muy conveniente salir de casa y desafanarme un poco de la presión de improvisar un plan para hacer como que no pasa nada.

En cuanto se fue a pasear al perro, me metí a la regadera y me alisté para salir.

Es bajo el agua caliente donde siento que mi culpa deja de doler. Cuando siento el agua sobre mi piel todo el ruido interior se calma y me siento a salvo, en un refugio temporal donde no cabe preocupación alguna. Entonces recuerdo cuando ducharnos juntos era un acto de intimidad aún más poderoso que el contacto sexual. Ahora ya no recuerdo cuándo fue la última vez que compartimos la regadera y a veces lo extraño, como sea no me dan ganas.

Cierro las llaves y tomo la toalla. Mientras me seco noto que la perilla de la puerta se agita, pero le puse seguro a la puerta. No fue intencional, y pienso si ese acto tan pequeño es solo una proyección de mi inconsciente para evitarlo.

Salgo del baño y me lo topo en la habitación. Está quitándose los tenis y la sudadera. Le pregunto si les ha ido bien en el paseo, tratando de sonar natural, y me responde que sí. Sabe que mi cuerpo está desnudo, pero no me ve. Yo con disimulo trato de ver si en una de esas sus ojos se cruzan con mi piel, pero no hay contacto. Se pone unas sandalias, me planta un beso breve en la mejilla y sale

del cuarto. Me hubiera gustado regresarlo, pero no me queda de otra que tragarme la intención. Lo está intentando y yo no. Son esos actos pequeños los que me hacen sentir el veneno de la culpa y, al mismo tiempo, me dan esperanza de pensar que tal vez pueda recapacitar y rectificar mi camino.

Casi siempre me equivoco, pero no dejo de creer.

La primera vez que le presenté a mis padres no podía creer la facilidad con la que lo habían recibido. Nunca he gozado de su aprobación respecto a mis parejas, pero en su caso fue la excepción a la regla. Su encanto al hablar y la forma en la que se interesó por entenderlos los hicieron bajar las defensas y dejarse querer. Además, sabiendo su historial familiar, creo que encontró en ellos mucho de lo que no pudo vivir. Siempre que veo a mis padres me preguntan por él y les encanta que vaya a nuestros eventos. Puede que esté exagerando, pero incluso he llegado a pensar que es todo lo que yo no soy ni seré con ellos y eso les gusta, porque cubre esa necesidad que yo no puedo y nunca he sabido cómo llenar.

Cuando las cosas empezaron a cambiar, pensé que lo mejor era ir separándolos poco a poco y hacer que la interacción fuera menos constante. ¿Cómo podría permitir que siguiera habiendo un vínculo entre ellos cuando ni yo sé qué clase de vínculo tenemos entre nosotros? No sé si esté siendo sensato y haciendo lo correcto, es probable que no, pero es la única manera que tengo de no permitir que los afectos sigan avanzando, al menos hasta saber lo que voy a hacer.

Al inicio me preocupaba esta nueva modalidad de separación, tuve que aprender a inventar un montón de excusas para justificar su ausencia: el trabajo, los amigos, el cansancio, su hermano… y me ha funcionado. Creo que mis padres han llegado a pensar que ya no quiere verlos y, aunque no me encanta ponerlo en ese papel, me conviene para poder darme espacio a aclarar en mí todo esto que pasa. Si vienen mis padres a casa, procuro que lo hagan cuando no está para evitar evidenciar el estado de nuestra relación, y aun así intuyo que saben que algo sucede, porque si algo dan más de treinta años de matrimonio, es mucho conocimiento sobre las relaciones de pareja, propias y ajenas. De vez en cuando hacen

preguntas, pero han aprendido a conformarse con las excusas que les doy.

Ahora que lo pienso, esa relación fría que llevo con ellos —que no es algo de lo que sienta orgullo, pero tampoco está injustificada— debió haber sido una de las primeras banderas rojas que decidió omitir por conveniencia; tal vez le fue más sencillo hacerse de la vista gorda que soltar algo que le había costado mucho trabajo encontrar. Desde que supe su historia familiar pude darme cuenta de la necesidad y urgencia que tenía por sentirse perteneciente a una tribu. Entonces me conoció y creo que eso también le gustó de mí: mis padres.

Viéndolo a distancia, e independientemente de las razones que cada uno teníamos para iniciar una relación, pienso que todo ocurrió muy rápido, como si nos hubiera perseguido el monstruo de la urgencia. Salimos un par de meses y al tercero formalizamos, pasaron un par más antes de que me propusiera vivir juntos y al sexto ya estábamos despertando en la misma cama cada mañana. No voy a negar que hubo química. Jamás había conectado así con alguien y salida tras salida jugamos a querernos hasta que se hizo real. Por eso fue fácil hacer mis maletas y llegar a esta casa, que era suya al inicio y luego la fui haciendo mía también.

Ahora, cada día que pasa me vuelvo a sentir un poco como un huésped, alguien ajeno que en realidad jamás perteneció aquí. Duele saber que me estoy quedando sin hogar, y no, no me refiero a estas paredes.

Nunca he sabido cómo dejar este hermetismo respecto a mis asuntos, pero nada desearía más que mis padres me preguntaran cómo va todo y poder contarles cómo me encuentro, decirles que no estoy bien, que creo que me equivoqué y que la ausencia cada vez duele más. Pero eso no va a pasar. No he sabido muy bien cómo hacer para integrarlos del todo en mis asuntos personales y pienso que a mi edad es inútil intentarlo. Tal vez no quiero enfrentarme al hecho de haber fallado frente a ellos ni a escuchar de alguna responsabilidad que me confronte con una verdad que no sé si estoy

en condiciones de aceptar. No son del tipo de padres que dan consuelo.

Siento que empiezo a extrañar algo que todavía no he perdido, pero que no he sabido aprovechar, así que mejor llamo al mesero y pido más café; le pongo una o dos cucharadas de lo que tengo por decir, pero que prefiero tragar, y doy pequeños sorbos para evitar quemarme con lo amargo de tanta pena.

Irónicamente, me resulta reconfortante volver a casa y saber que ahí estará porque, en comparación con el frío que hay entre mis padres y yo, mi relación parece una tarde cálida de verano.

Supongo que, después de todo, algo ahí se sigue sintiendo como mi hogar.

Es un error pensar que de amor
es de lo único que vive una pareja.
El amor es una serie de actos
sostenidos para el otro y con el otro
a lo largo del tiempo.

Señales

III

Volver a casa jamás había resultado ser un tema. Hay cierta melancolía en recordar los días en los que procuraba salir un poco antes de la oficina y las veces que prefería irme a tiempo de una reunión familiar para pasar el resto del día a su lado. Hacerlo era algo que me llenaba. Hoy, camino y manejo más lento no porque no quiera llegar o deteste verlo, sino porque temo que sepa que algo en mí se ha empezado a quebrar y no sé cómo repararlo. Algo suyo está muriendo en mí y no sé cómo revivir. Eso me aterra y me avergüenza, porque se supone que debía cuidarlo con esmero. Lo único peor que sentir cómo se diluye algo que teníamos con alguien, es sentir cómo alguien a quien una vez amamos va muriendo lentamente en nuestro interior, porque ahí nada puede hacerse, es como un final casi categórico. Y resulta en un serio problema del cual no sé cómo hacerme responsable, de hecho, no sé si quiero…

Cada vez paso más tiempo en el trabajo o escojo la ruta de regreso más larga, la de más tráfico o me invento cualquier cosa para retrasar lo más posible mi llegada a casa. Me detesto por eso.

No me lo dice, pero sé que disfruta estar en casa cuando me voy. A veces no hace muchos esfuerzos por unirse a mis planes y, bueno, creo que con mi evidente distancia he contribuido a eso. En ocasiones, cuando la libertad y la comodidad de la soledad en casa se calman y dejan de ser novedad, me deprime desempolvar esos tiempos donde sabía que su presencia me daba calma y tranquilidad. Antes de que se nos empezaran a agotar los temas, los silencios eran reconfortantes, sabíamos que a veces no era necesario hablar porque el simple hecho de nuestra mutua compañía era suficiente. Y en honor a la verdad, extraño eso. Lo extraño. Por eso estar en casa cuando está me resulta insoportable, porque una parte de mí anhela

más que cualquier cosa en el mundo que vuelvan esas épocas, y otra sabe que no puedo obligarme a sentir lo que hace tiempo he dejado de sentir. No ha sido a propósito, lo juro.

Ahora los silencios se sienten como las cortadas que provoca una hoja de papel: casi no se perciben, pero están ahí provocando ardor a ratos. Durante un tiempo intentamos rescatar nuestra costumbre de cenar juntos en casa, hasta que las cargas de trabajo y otros pretextos empezaron a hacer que coincidir fuera complicado. El gusto nos duró un par de semanas y nos dimos cuenta de que intentar era volver al mismo resultado.

No quiero que pienses que nuestra convivencia siempre ha sido un eterno e incómodo coexistir, un habitar el mismo espacio como extraños con recuerdos en común, no. Esto que cuento son mis análisis personales que no puedo decirle porque hacerlo sería confirmar muchas cosas y no sé si quiera dar ese paso. Lo que nos ha salvado es nuestra obsesión por lo que hacemos, así que con frecuencia hablamos de nuestros trabajos, de los chismes de la oficina y de aquello en lo que estamos trabajando. Todavía hasta hace unos meses, antes de que las cosas se pusieran aún más raras, éramos como dos buenos colegas de oficina que podían sostener una charla más o menos amena, tal vez como una forma de olvidar por momentos que, en el fondo, hay un enorme iceberg que no sabemos cómo rodear.

Ahora las charlas son pausadas. Cuando no hablamos del trabajo, hablamos de lo que vemos en redes sociales o de las películas que van a estrenarse, porque si algo nos sigue gustando es el cine. Solíamos ir mucho antes de la pandemia, pero después del encierro nos acostumbramos a ver todo en casa, de tal forma que solo reservamos las salidas al cine para las películas que vale la pena ver en formato IMAX. Pese a que ya no ocurre mucho, cuando pasa lo seguimos disfrutando y pareciera que todo vuelve a ser como antes. Hablamos de la película uno o dos días y luego volvemos a nuestras conversaciones laborales de siempre.

Pienso que los domingos es cuando todo se vuelve más evidente. Me da por analizar, pensar, sobreanalizar y repensar una y otra vez mi relación, probablemente para encontrar alguna buena razón por

la que deba irme o esperar que ocurra algo que me haga arrepentirme y decidir por fin quedarme. Así es como la realidad me golpea de lleno en la cara y entonces decido confiar en el tiempo, confiar en que podrá acomodar las cosas, pero a veces nos toca a nosotros acomodarlas y esa es una tarea pendiente que he venido arrastrando. Porque hacerlo me obligaría a poner nombre y apellido a verdades que aún no tengo el valor de pronunciar, hacerlo sería dejar que la puerta se cierre con llave y no quiero quitar el pie de la rendija. ¿Por qué prefiero seguir manteniendo esta puerta entreabierta? ¿Tengo esperanza de que se pueda volver a abrir o es que me da miedo lo que viene después de que se cierre?

No miento cuando digo que siempre me han dado miedo los cambios que vienen con los "después", además siento que se vuelve más complicado adaptarse a ellos conforme más edad vamos cumpliendo. Desearía tener su capacidad de adaptación al cambio y su optimismo ante la incertidumbre. Por eso sé con seguridad que, si esto llegara a terminar, quien tardaría más tiempo en sanar sería yo. Y no lo digo como una forma autocompasiva de victimizarme, sino como una aceptación del poco trabajo que he hecho en mí para madurar emocionalmente. Creo que esa misma inmadurez me ha llevado hasta aquí.

Me aterra pensar que lo que me hace seguir aquí es todo el tiempo y aquello que le he invertido a esta relación y que sé que no voy a recuperar. Yo decidí darlo por voluntad propia, nadie me obligó.

Tal vez sí pueda esforzarme un poco más, hacer un último intento por dejar de aparentar y, con algo de suerte, poder arreglar esta taza rota…

—Ya llegué, estoy afuera, en el auto. Vamos a cenar, ¿quieres?

—Es domingo, no hay nada abierto.

—Algo encontraremos. Anda, ven.

—Ok. Voy por mi chamarra.

Hoy me acordé de aquellos días
en los que solíamos reír.
Podíamos compartir todo
y parecía lejos el devenir.
Aquellos días…

Señales

Lunes

Jamás he querido dejar de abrazarte, es solo que ya no sé cómo hacerlo porque cada abrazo es una promesa que ya no puedo cumplir.

En cada intento tuyo veo tu lucha por sostener esto que, acepto, ya no sé cómo recomponer. Ojalá en cada silencio mío pudieras saber cuánto me detesto por no poder ser quien una vez fui, por no saber cómo volver a esas promesas que una vez dije que iba a cumplir.

I

Jamás imaginé que atrevernos a ser quienes fuimos una vez fuera algo que nos saliera tan mal. Tanto tiempo viviendo en medio del frío nos ha hecho olvidar lo que éramos. Tenía ciertas esperanzas en la salida de anoche y confié por un momento en que podría volver a recordar cómo se sentía ser nosotros para entrar en calor, pero me equivoqué.

Hoy, con la llegada de los primeros rayos de sol también llega de nuevo la distancia y con ella se desvanece todo espejismo de lo que intentamos ser ayer.

No pensé que fuera a tener ganas de salir un domingo por la noche y ahora solo deseo que no me hubiera respondido ese mensaje, que se hubiera quedado todo como estaba. Siempre que intento algo para enmendar esto, la realidad me golpea en la cara para decirme que es en vano.

Si le contara esto a alguien pensaría que estoy demente y que necesito ayuda y tal vez tenga razón, esto me enloquece. Suelo ser presa de mi autoengaño más de lo que me gustaría admitir y pienso que es mejor mantener en pie el castillo de naipes que hacer algún movimiento en falso que pueda derribarlo. Elegir dejar las cosas como están me ayuda a postergar lo que no quiero que suceda por miedo a sentirme culpable.

Si todo queda igual, al menos seguimos. Permanecemos.

La cena fue agradable, no puedo negarlo. Por momentos me sorprendí disfrutando de pequeñas cosas, como su risa y la forma en la que arruga la nariz cuando lo hace, y ese brillo efímero en sus ojos cuando volví a ser esa persona que fui y que he tratado de volver a encontrar en mí durante tantos meses. En ese brillo noté

que encontró de nuevo en mí un resquicio de calidez en medio de lo que todavía nos queda.

Yo sabía que todo era parte de un sueño, una ilusión que nos esforzamos por materializar una vez más. Hablamos de cosas ligeras y lo cotidiano, dentro de los terrenos de lo seguro donde ninguna de las palabras podía lastimarnos, pero en cada silencio se escondía el frío de lo que no nos atrevemos a decir.

Al llegar a casa, me desvestí con sus ojos de testigo, si bien a una distancia que se hace tan evidente como familiar. Su mirada se detuvo en mí de una forma distinta, era como si mi piel fuera un paisaje que alguna vez recorrió con devoción y que ahora solo podía añorar a lo lejos. Sin embargo, algo dentro de mí quiso aferrarse a ese instante. Me metí en la cama y, sin pensarlo demasiado, lo abracé. No sé si fue instinto, memoria o la culpa silenciosa de mi cuerpo por dejar de sentir algo que hace tiempo dejó de estar a su disponibilidad. No esperaba que respondiera. No sabía si, como tantas otras veces, se quedaría inmóvil, tolerando un gesto más por costumbre que por deseo, pero no se apartó. Sentí su respiración volverse más pesada mientras juntaba su cuerpo al mío buscando encajar hasta quedar en perfecto acomodo. Luego vino un suspiro profundo y, después, sus lágrimas.

Entonces lo supe. No le estaba dando un abrazo de reconciliación, tampoco un abrazo para decir: "Vamos a superar esto y todo estará bien, sigamos adelante". Era uno de esos abrazos que anteceden a las amargas despedidas, de esos que se dan cuando no quedan más palabras porque lo que una vez fue amor se ha convertido en historia y entonces lo único que queda es aferrarse por última vez antes de soltar para siempre.

Procuró que no me percatara de su llanto, un intento inútil pues en estos años lo he llegado a conocer tanto como a mí. Supe que sus lágrimas no eran por mí ni por lo nuestro, sino por esa parte suya que supo que perdería y que no iba a poder recuperar. Entonces se levantó y yo no me sentí con el derecho de detenerlo. Salió de la habitación sin mirar atrás.

Me quedé en la cama contemplando el techo, sintiendo el peso de sus lágrimas como olas que me arrastraron a lo profundo de ese

abismo emocional. Comprendí entonces que al soltar a alguien existen remanentes de amor con suficiente poder como para aceptar que la otra persona puede ser feliz incluso si eso no nos incluye.

Nosotros hemos pasado tanto tiempo intentando mantener en equilibrio la fragilidad de nuestro amor que se nos terminó cayendo igual que una pila de copas de cristal mal acomodadas. Sé que algunas despedidas no necesitan ser habladas, se sienten en la piel, se entienden en el silencio y se aceptan con un simple gesto: un beso, una mirada… o un abrazo.

Ese abrazo no era para salvarnos, sino para soltar toda posibilidad de lo que pudo ser y a nosotros con ella.

A veces por hacer demasiadas promesas
se nos olvida cumplir la más importante:
vivir el momento presente.

Señales

II

No pegué el ojo en toda la noche. Es la primera vez en mucho tiempo que lo veía llorar y no hacía falta cuestionarme la razón. Verlo en ese estado aún me desconcierta; no hay manera de que me acostumbre a que llore, y no porque me moleste, sino porque se me rompe un poco más el corazón cada vez que lo hace; me recuerda todo en lo que he fallado.

Siempre supe que, de los dos, yo no iba a ser la parte emocional de la relación. Nunca lo he sido. Durante algún tiempo, gran parte de nuestras discusiones fueron por mi manera poco cálida y seca de ser. Con frecuencia me reclamaba lo mucho que detestaba tener que pedirme cosas que, en su lógica, yo tenía que hacer sin que tuviera qué pedirlas y yo me enojaba.

—¡Pues entonces hazme una lista de cómo quieres que te ame exactamente! —le respondía con hartazgo.

Sé que todas las personas aprendemos a amar de forma diferente. Hasta hace poco entendí que no se trataba de que me dijera cómo quería que lo amara, sino de demostrarlo un poco más, a mi forma, ser más evidente.

Esas discusiones terminaban en llanto y eso me rompía de formas que no conocía. He aprendido en estos años a su lado que cuando las lágrimas brotan de sus ojos es porque ha llegado a un límite, a un callejón sin salida donde siente que se asfixia y entonces es mi deber hacer algo al respecto para evitar que se sofoque. Por eso detesto verlo llorar, porque la gran mayoría de las veces han sido mis actitudes erradas la razón de sus lágrimas y me odio por llevarlo hasta ese extremo y no hacer nada a tiempo para evitarlo. No lo he hecho a propósito, pero reconozco, y sé que es un error,

que muchas veces he reaccionado solo hasta que veo el sufrimiento y la tristeza inundarle los ojos.

Saber que eres la razón del sufrimiento de alguien es una carga terrible. Me lamento por no poder cumplir esa promesa que me hice de protegerlo incluso de mí, porque al no hacerlo, dejé abierta una ventana para este frío abrazador que nos envuelve a los dos y parece no tener remedio.

Las cosas importantes se aprecian más justo antes del final, cuando sentimos que se nos escapan de las manos. ¿Por qué valoramos más las cosas y a las personas solo cuando el final se vuelve una amenaza? Por eso solo lo abracé tan fuerte como me fue posible, para pedirle el perdón que mis labios no se atreven a pronunciar, para decirle todo lo que me da miedo nombrar. Y sí, quizá porque en el fondo siento que no merezco su absolución.

Hoy por la mañana vi que pasó la noche en el cuarto de la televisión. No quise despertarlo, así que procuré no hacer ruido. Me alisté para el trabajo, dejé el café preparado y un sándwich doble con mucho pavo y aguacate como le gusta, para que lo encontrara listo al despertar.

"Hoy llegaré temprano a casa, traeré la cena", fue lo único que fui capaz de decirle y ni siquiera lo pronuncié, lo escribí en un *post-it*. El nudo en mi garganta aún estaba fresco y se agrandaba tan solo acordarme de que nunca pude ser quien quise estando a su lado. Mientras manejo camino al trabajo, lloro un poco de lo que no me atrevo a llorar estando en su presencia. No puedo con la sola idea de que me vea llorar, así que lo hago cuando estoy a solas para soltar parte de la tremenda decepción que me causa el no haber podido evitar ser todo eso en lo que juré jamás convertirme.

El agua en los ojos me nubla la vista, así que busco un lugar donde orillarme y detengo el auto. Las gotas caen pesadas sobre mi pantalón color café y me manchan. Noto que lloro más de lo habitual, pero no puedo detenerlo por más que lo intento. Creo que no solo es tristeza: es enojo. Necesito que salga por todas las veces que lo he contenido.

Al tiempo que siento mis mejillas empapadas, como campos que reciben un aguacero, repaso nuestras conversaciones, las

discusiones, incluso los silencios, y no puedo evitar pensar que todo lo nuestro ha empezado a ir a destiempo, incluso los llantos: yo aquí, en medio de la avenida, protegido por los vidrios empañados para que nadie vea cómo mis hombros tiemblan con cada suspiro contenido, y el "amor de mi vida" ayer en mis brazos, donde ya ni siquiera soy capaz de darle consuelo.

Entonces recuerdo de nuevo una discusión que tuvimos hace un tiempo mientras llegábamos a casa después de una cena con amigos.

—Pues si tanto te molesta, deberías pensar qué sigues haciendo aquí conmigo.

Nunca antes había usado como respuesta la carta de la posibilidad de terminar y casi al instante me avergoncé de haberlo hecho. Fue una respuesta por demás estúpida e innecesaria y, sin embargo, ahora creo que fue un grito de algo que ya había empezado a desajustarse dentro de mí, una verdad que no sabía que existía y que no quería ver porque no supe cómo manejarla, así que la guardé en ese cajón donde solemos guardar todo lo que tarde o temprano nos alcanza.

Fue entonces que el clima empezó a cambiar. El frío nos alcanzó en momentos distintos y por eso nos ha costado tanto trabajo reconocerlo, pero ahora no tengo duda de que fui yo quien comenzó a congelarse primero y no me percaté de ello. Duele admitirlo porque jamás fue mi intención que mi amor se sintiera como una serie de temporadas intermitentes, así que en mi intento de enmendarlo compré un viaje para los dos, no solo como una disculpa por mi terrible ineptitud, sino porque tenía la esperanza de que, en ese tipo de salidas casuales, yo volviera a encontrar algo que no sabía que ya había empezado a extrañar: la ilusión de la primera vez que nos conocimos en persona.

Me equivoqué otra vez. Al final, ese viaje no fue más que una salida fácil que tomé en mi intento por desenterrarnos de la cotidianidad y la rutina. Siempre es más cómodo planear escapatorias que soluciones. Me aferré a la idea de que un cambio de escenario podía devolvernos lo que perdimos, pero lo que se ha

perdido no estaba en algún sitio, sino en lo que dejamos de ser uno para el otro… lo que yo dejé de ser.

Las lágrimas finalmente se detienen y siento los caminos secos de sal en mis mejillas, como vestigios de ese silencio que no tuvo más remedio que convertirse en llanto, porque cuando la pena es mucha se inunda el alma y sale por los ojos. Respiro y una extraña paz me invade. Me siento en calma, tal vez lo necesitaba. Me pregunto si todavía estamos a tiempo de encontrar el camino de vuelta o si, en realidad, solo seguimos caminando en direcciones opuestas, dejando detrás un camino de palabras no dichas que aún siguen ahí, como tinta indeleble que se vuelve más penetrante con cada abrazo que duele más de lo que reconforta.

Entonces enciendo el auto para continuar el camino, voy a tiempo todavía. Pongo algo de música y ahí, en ese estribillo, viene la respuesta: "No se puede dedicar el alma a acumular intentos, pesa más la rabia que el cemento…".

Se requiere mucho amor
para dejar ir a alguien,
para aceptar que amarle también significa protegerle
incluso de uno mismo.

Señales

III

Mi última junta duró más de lo esperado. Mi jefa estaba furiosa y el regaño fue parejo; salimos de la sala con la cola entre las patas y la moral caída. Era un error grave, no mío, pero era parte del equipo y eso me hacía, en parte, responsable. No había sido un buen día, así que con resignación regresé a mi lugar, guardé mi laptop y me preparé para salir. Voy justo de tiempo y aún tengo que pasar por la cena. El lugar italiano que tanto le gusta me queda lejos de donde trabajo, así que tendré que improvisar.

Salgo corriendo a los elevadores y se me hace eterna la espera para bajar al estacionamiento, pero por suerte ya no quedan muchos pisos con trabajadores en el edificio.

Cuando se abren las puertas del ascensor veo a un sujeto con chamarra de gamuza color café, lentes de armazón delgado, pantalón de vestir y un maletín negro que sostiene con la mano izquierda. Lo reconozco: es un compañero de trabajo que está unos cuantos pisos más arriba, en Legal. Suelo intercambiar correos con él y no es poco común vernos en algunas juntas. Le lanzo una sonrisa amable seguido de un "hola" mientras busco el botón "E5", pero me doy cuenta de que ya lo había apretado.

—Dejé mi auto en el mismo nivel —me dice.

Asiento.

—Cada vez se vuelve más complicado encontrar lugar para estacionarse.

—Y ahora que se muden los del otro edificio a los últimos pisos, va a ser una locura. ¿Cómo has estado? —pregunta cambiando de tema.

—Estamos, que ya es ganancia —suelto una risita resignada—. Tuve un par de juntas bastante complicadas, y eso que apenas es

lunes. ¿Tú?

—Pues ya somos dos. Seguimos con lo del contrato aquel que nos pidieron modificar, ¿recuerdas? Es un dolor de cabeza tener que terciar con tantas personas…

—¡Dímelo a mí! Juntas que pueden ser un correo y correos que pueden ser un mensaje de WhatsApp. Es muy tedioso.

Ambos reímos. Las puertas del elevador se abren y salimos. Yo me dispongo a ir a la derecha y él a la izquierda.

—Deberíamos comer juntos otra vez un día de estos, ¿no crees? Disfruté mucho la última vez —dice.

Sonrío.

—Claro, sería estupendo. Solo avísame para no traer comida de casa.

—O, si tienes tiempo podemos ir a tomar algo ahora. Conozco un lugar bastante bueno de vino y tapas. O podemos ir a mi departamento…

La curiosidad y la tentación son dos hermanas muy perversas. La idea me parece irresistible. Podría echarle la culpa al trabajo, decir que salí tarde y mandarle un mensaje para que no me espere… pero justo cuando parece que estoy a punto de acceder, doy un paso hacia atrás.

—Creo que hoy voy a declinar tu oferta, tengo que llegar a casa a resolver algunos asuntos. Pero comamos pronto, nos buscamos en la semana, ¿te parece?

—Hecho. Ten buen regreso a casa.

—Igual.

Nos estrechamos y tomamos caminos opuestos.

Entro al auto y, antes de encenderlo, pienso en lo sencillo que fue para mí casi cambiar mis planes por una propuesta que, desde luego, tenía otras intenciones. ¿Podría considerarse eso como una traición? ¿Cuáles son los límites que separan la fidelidad de lo que no lo es? Tal vez acabo de ser infiel sin darme cuenta. ¿Habría querido hacerlo? Sí, es probable.

La brutal honestidad con la que me respondo me asusta y enciendo el auto.

Al salir del estacionamiento, busco en el mapa el lugar de comida más cercano para pasar por la cena. El tráfico es imposible y siento el tiempo encima. Todos los lugares que nos gustan me desvían mucho del camino a casa y no quiero perder más tiempo. Creo que es tarde para arrepentirme de no haber usado las escaleras en lugar de esperar el elevador y desde ya comienzo a sentir que a esta cena le está empezando a entrar agua.

De pronto en la ruta veo una rosticería donde venden buenos pollos a la leña y una ensalada rusa bastante buena. Hemos ido algunas veces cuando no se nos ocurre a dónde más ir y, que yo recuerde, no salimos decepcionados. No es de sus favoritos, lo sé, pero es eso o no cenar. Fui yo quien le pidió no cocinar y llegar con las manos vacías desataría una tercera guerra mundial. Fijo entonces la ruta en el navegador y, como puedo, logro escabullirme del embotellamiento para encaminarme rumbo al lugar. Al cabo de unos veinte minutos llego, hay bastante gente pidiendo para llevar, más de lo usual. Por fortuna, la fila avanza rápido y al poco tiempo me toman el pedido.

Luego de quince minutos me dan las bolsas de papel y regreso al auto. Estoy cerca de casa, pero al ver el reloj me doy cuenta de que voy casi una hora tarde y no se me ocurrió llamarle para avisarle. No tiene caso que lo haga ahora, a cinco minutos del departamento.

Al llegar a casa, Nino brinca emocionado y me agacho a acariciarle la barriga. Le doy un beso.

Lo veo terminando de acomodar la mesa. Noto que sacó los platos de la vajilla que casi nunca usamos y puso un par de copas, los cubiertos elegantes y los manteles bordados de tela que pensé que ya no teníamos.

Lo bonito de la mesa contrasta con la molestia evidente de su rostro. Se acerca para ayudarme con las bolsas y nos damos un beso tan fugaz en los labios que pareciera no haber querido ser dado.

Me disculpo por el retraso. Le digo que el tráfico estuvo imposible y que se alargaron unas juntas. Supongo que no tiene de otra más que creerme, aunque tampoco noto que dude de lo que le digo. Sabe que no miento. Se lleva las bolsas a la cocina mientras yo me dirijo al cuarto para cambiarme y ponerme algo más cómodo.

Entro a la habitación, me quito la ropa que llevo puesta y me pongo unos pants y una sudadera.

Entonces escucho un tintineo parecido a las notificaciones del teléfono y me percato de que vienen de su tableta, sobre su buró. La pantalla se enciende y trato de no darle importancia, pero la curiosidad se asoma. En todo este tiempo de relación jamás he sentido la necesidad de revisarle el teléfono o sus dispositivos, no pienso hacerlo ahora… pero las notificaciones siguen llegando. Está claro que son mensajes; alguien le está escribiendo con insistencia.

Echo un vistazo a la entrada para asegurarme que no venga y me acerco a la pantalla. En efecto, son mensajes del chat de Facebook y la vista previa en la pantalla bloqueada deja ver parte del contenido. Deslizo hacia abajo para irme a las primeras notificaciones y alcanzo a leer: "Me encantó. Espero que pronto se repita…".

No me atrevo a abrir la conversación completa a pesar de que puedo hacerlo dado que conocemos nuestras claves numéricas para desbloquear la pantalla. Tampoco siento necesidad. Ni siquiera me importa y eso me ayuda a sentir menos culpa por mi microcoqueteo con el sujeto del elevador. Además, es probable que ese mensaje no signifique nada; quizá es una simple respuesta a cualquier tema, tal vez de trabajo o de las clases que toma, no lo sé, pero sí sé que no es normal revisar los mensajes personales de tu pareja y mucho menos pensar: "¡Qué más da!", mientras los lees.

No es la primera vez que imagino que encuentra a alguien que sí le ofrece lo que yo ya no puedo y tampoco quiero darle. ¿Qué clase de monstruo soy que la sola idea me provoca cierta paz? No que encuentre a alguien más, sino que sería el pretexto ideal para por fin poder salir de aquí, porque ese es un paso que me está costando mucho trabajo dar.

Salgo de la habitación y voy a la cocina. Me ofrezco para ayudarle a servir la mesa, pero ya está casi todo hecho. Llevo los patos y los acomodo. No le veo con mucho entusiasmo y hay un silencio evidente que sé que está provocando a propósito.

Decido obviar ese detalle y voy por una botella de vino blanco. No sé cuándo fue la última vez que abrimos una botella juntos.

Ahora nuestra pequeña cava es solo una colección decorativa de botellas que tal vez jamás lleguemos a abrir. Le sirvo. Juega con la comida y sé que lo hace porque o no tiene hambre o no le gusta lo que hay.

Tal vez habría sido mejor llegar hora y media tarde con tal de haber traído algo que le gustara.

Mientras me excuso repitiendo una vez más que era lo más práctico o de lo contrario habría llegado más tarde, noto que la pantalla de su teléfono, situado a un lado del plato, se enciende. Más notificaciones y mensajes. ¿Quién le escribe tanto? Comienzan a inquietarme tantas notificaciones. Tal vez debí haber sucumbido a la curiosidad de leer los mensajes en la habitación.

Entonces me responde y mi atención se aparta de su teléfono. Está usando el sarcasmo para echarme en cara que llegué tarde y ni siquiera voltea a verme, tiene la vista clavada en el plato como si cuidara que la comida, que apenas y ha tocado, no salga corriendo. Decido obviar su respuesta.

—¿Cómo te fue hoy? ¿Pudiste avanzar tus pendientes? —le pregunto.

La verdad es que yo sí tengo hambre y nada de lo que hay en mi plato me desagrada. Es mejor concentrarse en eso que en el fangoso terreno en el que nos metemos cada vez que intentamos tener una conversación fluida.

Como con hambre y exagero lo mucho que estoy disfrutando la comida solo por molestar. Sé cuánto le enoja verme comer así, dice que parezco un ser salvaje que jamás ha probado un bocado. De reojo veo cómo me observa con desaprobación. No pongo mucha atención a lo que contesta, pero sí veo que voltea su teléfono boca abajo para disimular las notificaciones.

—De saber que ibas a llegar más tarde, habría aprovechado para hacer otras cosas…

Noto el reproche en su tono de voz. Empiezo a fastidiarme. Sé a dónde nos va a llevar esto y lo peor es que ninguno de los dos haremos nada para detenerlo. Con cierto hartazgo respondo de nuevo que fue culpa del tráfico y me echa en cara que siempre

termino decidiendo por ambos, que pude haberle consultado qué quería cenar antes de solo asumir.

—¿Sabes qué? Tienes razón, fue una estupidez de mi parte pensar que cenar juntos iba a ser una buena idea. Nadie te obliga a estar aquí… —escupo.

Silencio.

—No sé por qué lo intentamos si a estas alturas hasta el perro resulta mejor compañía que tú —dice.

Un calor interno me hierve en la boca del estómago y sin que pueda evitarlo doy un manotazo en la mesa. Aviento la servilleta, me levanto, recojo ambos platos y me voy a la cocina. Justo cuando voy a tirar la comida en el bote de basura, ambos platos se me resbalan de las manos, haciéndose añicos en el suelo y salpicando restos de comida por todos lados.

A los pocos segundos entra en la cocina y sé lo que está pensando: que seguro lo hice a propósito. Es inútil explicarle.

—¿Ahora así es como resuelves los problemas, rompiendo la vajilla? ¿Qué sigue, aventarnos los sartenes?

Como no quiero escucharlo, le hago un ademán con la mano para que se largue mientras le aviento uno de los trapos.

Me encargo de limpiar el desastre. Acerco la escoba y el recogedor para juntar la comida y los pedazos de loza esparcidos en el suelo. Desearía que algo también barriera con todo este temporal que se nos ha venido encima y entonces por fin lo veo claro: ahí, en ese suelo frío y ahora sucio, estamos los dos, hechos trizas, y ninguno ha sabido cómo juntar eso que mutuamente nos hemos ido quebrando al paso de los años.

Después de un rato termino de limpiar el suelo. Nada pasó en esta cocina, nada pasó esta noche, excepto las lágrimas silenciosas que caen por mis mejillas mientras dejo que el chorro de agua que sale del fregadero disimule ese llanto que hoy no tuve fuerzas para contener.

No todas las historias de amor
están destinadas a durar.
Algunas son solo un intermedio,
una transición que es parte del viaje,
pero no el destino.

Señales

Martes

Si existiera un premio para las parejas que terminan por convertirse en
aquello que juraron jamás ser, lo ganaríamos, porque ahora somos
la suma de "todo eso que jamás llega":
los besos de buenas noches, los abrazos por la espalda,
los buenos días y el café de las mañanas.
Somos ese cúmulo de cosas que sabemos ya nunca llegarán.

I

Hoy desperté un poco más tarde de lo habitual, me toca hacer *home office* por mantenimiento en las oficinas. Después de lo de anoche pensé que un poco de espacio lejos de aquí nos haría bien, pero tendré que quedarme. No sé qué nos pasó ayer. Nada salió como esperaba. Al final, creo que sí fue una mala idea.

Por supuesto que no dormimos juntos, preferí irme a la sala, aunque casi no pegué el ojo. Me sigue costando trabajo conciliar el sueño después de una discusión. Nunca me acostumbré a la idea de irnos a dormir enojados.

Lo poco que logré descansar me sirvió para levantarme justo cuando Nino empezó a dar vueltas en señal de que quería salir a pasear y hacer sus necesidades, así que me cambié para sacarlo.

Ya había olvidado lo reconfortante que es salir a esa hora de la mañana, cuando todo aún está en silencio y es bañado por esa luz gris azulada justo antes de los primeros rayos de sol. A lo lejos se escucha el barullo del tráfico en las avenidas principales, pero no logra romper con esa quietud. El sonido de mis pisadas y los jadeos de Nino son lo único que se oye. Es una colonia tranquila a estas horas; me recuerda a la tranquilidad de los primeros años juntos, con esas mañanas lentas y días calmados.

Pronto llegamos a un parque cercano y busco una banca para sentarme. Le quito la correa a Nino y dejo que corra libre tras una pelota que lanzo y me trae de vuelta para volverla a lanzar.

A mi mente viene el recuerdo de cuando me dio una copia de sus llaves y no supe cómo reaccionar. Fue un lindo gesto, pero no lo esperaba. Todavía recuerdo la primera vez que llegué a ese apartamento y lo mucho que me sorprendió cuán austero era: solo con un pequeño comedor para cuatro personas, un sofá espantoso

con estampado floral y una mesa de centro improvisada con un par de cajas de madera. Si bien era un espacio básico, era habitable para alguien que, hasta entonces, seguía viviendo su soltería. Cuando me dio ese juego de llaves también me dio el derecho de hacer mío ese espacio y eso he hecho todos estos años, primero por mí y luego por ambos.

La primera vez que me invitó a su casa llevábamos unas cuantas semanas de haber empezado a salir y, aunque disimulé, fue imposible no escandalizarme en mis adentros por el tremendo desorden que reinaba en ese lugar: la mesa estaba atiborrada de platos, papeles, ropa y cosas que me pareció llevaban ahí al menos tres meses. La cocina era un desastre y su habitación… bueno, basta decir que cualquier ruina arqueológica parecía una oda al orden y la limpieza al lado de ese espacio. Yo lo pasé por alto, en parte porque ya era tarde para huir del enamoramiento y también porque en ese momento lo único que me importaba era que me arrancara la ropa y me aventara en su cama —sin sábanas y con una triste almohada— para sentir su boca en cada rincón mío.

Cuando me mudé definitivamente, me decidí a poner orden. Comencé por limpiar, escombrar y acomodar las cosas como se debe. Nos llevó varios fines de semana lograr convertir el departamento en un sitio aceptable para una pareja. Descubrimos, por ejemplo, un microondas funcional debajo de tantos papeles, vasos y frascos vacíos. Una mesa de antecomedor apareció en la cocina que antes parecía exhibidor de electrodomésticos y utensilios percudidos y sin usar. La habitación pasó de ser un campo azotado por la guerra a un amplio e iluminado espacio lo suficientemente digno para una pareja recién formada.

Esas primeras semanas juntos transcurrieron rápido y, en lo que a mí me pareció un parpadeo, terminé por instalarme. Me hizo espacio en su clóset, que ahora es nuestro y se ha ido llenando de más cosas con el paso del tiempo. Liberó cajones para mí y hasta compró ropa de cama nueva: sábanas, colchas y fundas de almohada. Así empezó nuestra nueva vida juntos. Las semanas se convirtieron en meses, en nuestro primer cumpleaños juntos, la primera Navidad y luego en años llenos de recuerdos en común.

Poco a poco empezamos a convertir ese espacio en nuestro hogar, en un sitio al que nos gustara llegar.

La idea de irme nunca fue una opción a considerar, ni siquiera en nuestros peores momentos y discusiones más fuertes. Hasta ahora. Durante las discusiones, cualquiera de los dos podía salir por esa puerta, pero sabíamos que siempre íbamos a volver. A veces todavía quiero pensar que esto es un mal sueño y que ambos volveremos a cruzar esa puerta para seguir aquí y quedarnos, en lugar de solo entrar para empacar y no mirar atrás. Luego recuerdo que seguir aquí es una agonía y entonces el anhelo desaparece.

Nadie comienza una relación pensando que esta acabará, aunque ese siempre es un miedo latente cuando te importa mucho el amor de la otra persona. Aprendes a vivir con eso, esperando que no se haga realidad. Hoy es complicado fingir algo que ya no siento. Llenar una maleta con ropa y cosas para habitar un nuevo lugar al lado de alguien es algo muy sencillo. Todo parece caber sin esfuerzo, en cambio, cuando ya nada funciona, lo que antes parecía no ocupar espacio se convierte en un elefante imposible de acomodar. ¿En dónde se ponen los recuerdos de tantos años y esa vida que por tanto tiempo fue compartida? No hay maleta que alcance para guardar algo tan grande.

Es entonces que el olvido empieza a hacerse presente como la única alternativa. Ese concurrido sitio sin fondo donde ponemos aquello que sigue doliendo, aunque finjamos que no nos importa, porque en realidad lo único que deseamos es un día poder continuar. Pero siempre y en contra de nuestra voluntad, quedan pequeños rastros, huellas que nos recuerdan lo mucho que quisimos y lo mucho que fuimos queridos. Y yo, a pesar de todo lo de anoche y de no encontrar motivos con la suficiente fuerza para quedarme, no puedo ni he querido dejar de quererlo…

—¿Nino?

—¡NINO!

Es un gran error pensar que solo
de amor se puede mantener un vínculo.
El amor no vive por sí mismo,
se alimenta. Es como un jardín.
Sabemos que
un bonito jardín requiere cuidados.
Esos cuidados son los que mantienen
el amor, no al revés.

Señales

II

Aún sigo preguntándome cómo pude permitir que pasara. No sé en qué momento aparté la vista de él. ¿Qué voy a decirle? Primero lo de anoche y luego esto…

El camino de regreso a casa se me hace eterno y no son más de cinco o seis cuadras las que nos habíamos alejado. Mientras estoy por meter la llave en la chapa, pienso en que no tengo cara ni excusa para justificar un error así. Nino es de los dos, pero, por alguna razón, siempre he sentido que es más suyo que mío.

Entro y no puedo detenerlo. Los ojos se me llenan de agua:

—Perdí a Nino.

Lloro de enojo y frustración y siento sus brazos rodearme. Entonces lloró aún más fuerte y no puedo parar.

El problema de las personas como yo, que casi nunca lloran, es que cuando lo hacemos tenemos muchas lágrimas acumuladas por muchas cosas. De tal manera que cuando lloramos, nos desbordamos. Por eso tal vez es que he llorado tanto los últimos días.

Su abrazo me deja ver que aún hay restos de ese cuidado mutuo que antes no era un trámite producto de la costumbre o los años juntos. ¿Por qué solo en las crisis es cuando volvemos al cariño y la ternura, y no en la cotidianidad? ¿Por qué parece que nos queremos solo cuando algo afuera parece vulnerarnos?

Logro calmarme y salimos a buscarlo, pero sin éxito.

Volvimos a tomarnos de la mano, como cuando me sostuvo el primer día que lo conocí. Yo no pude recordar cómo hacer lo mismo. Intenté, pero no supe hacerlo y el pozo de mis decepciones se hizo un poco más profundo.

Llegamos a casa abatidos y con la incertidumbre brotándonos a chorros. Ninguno de nosotros ha podido concentrarse en el trabajo desde que volvimos a casa en la mañana y terminamos pidiendo el día por asuntos familiares de fuerza mayor. Tampoco habíamos desayunado, así que preparo algo para los dos y le llevo un plato con huevos revueltos, pan tostado con aguacate y café.

Se le ocurrió imprimir hojas con una foto de Nino.

SI ME HAS VISTO, AYÚDAME A VOLVER A CASA.
ME LLAMO NINO.
COMUNÍCATE A LOS SIGUIENTES NÚMEROS…

—Te traje algo de desayunar. Tienes que comer.

Volver a esas atenciones y cariños se siente como regresar a ser una vieja versión de lo que fuimos y no sé si es porque somos dos estelas de un tiempo pasado viviendo un hecho desafortunado que no tienen más consuelo que sus traslúcidas presencias. Pero me gusta que, al menos dadas las circunstancias, volvamos a esa dinámica donde estar pendientes uno del otro era la norma y no la excepción a la regla.

Le dejo el plato sobre la mesa, a un lado de la computadora.

—Saldré a pegar unos cuantos carteles por la colonia. No creo que esté muy lejos. Los vecinos que tienen perros nos han visto pasear con él, alguien debe saber algo —dice.

Asiento. Es un buen plan, porque es el único y tampoco tengo uno mejor.

Come un poco de lo que serví en el plato y luego sale. Pensé que querría que le acompañase, pero no me dijo nada, solo tomó el bonche de hojas, la cinta adhesiva y se fue. Luego pienso que es mejor así, por si alguien viene y toca el timbre.

Tomo mi taza de café y salgo al pequeño jardín de atrás. Me siento en una de las sillas Acapulco y reviso si hay alguna novedad del paradero de Nino en las publicaciones que subimos a nuestros perfiles en redes. No hay nada todavía. Decido mandar el aviso a

varios amigos y contactos y también lo publico en varios grupos de vecinos y amantes de los perros.

Suspiro.

¿Y si Nino no aparece? ¿Qué haremos con dos lutos a cuestas? Es demasiado.

Doy un sorbo a mi café y mi mirada se detiene en un punto incipiente color lila en una de las ramas del viejo árbol que no ha florecido en años.

Me levanto para observarlo más de cerca y con horror confirmo que tal vez la profecía sea verdad. Debería alegrarme porque ha florecido, pero me aterra pensar en lo que eso significa… porque ya está pasando.

En efecto, la jacaranda que creíamos imposible de revivir ha empezado a florecer.

A veces el fracaso no está
en lo que se intentó y no
funcionó, sino en la idea
de que algo con alguien debe
seguir funcionando
solo porque tienes miedo de
perderle. En lo primero hay voluntad.
Lo segundo es necedad.

Señales

III

Ya ha caído la tarde. Pasan de las cuatro y mientras esperamos señales de Nino, pide de comer para los dos y de nuevo intentamos ese viejo ritual de compartir la mesa.

Esta vez salió mejor. No lo voy a negar: me siento culpable y con la obligación de ceder dado mi terrible descuido.

La comida está buena, mejor que la que traje la otra noche para la cena. Es de uno de mis lugares favoritos. Siempre piensa en mí y me tiene en consideración, aun cuando me equivoco. A decir verdad, llevo meses sintiendo que no merezco sus esfuerzos ni atenciones. Si pudiera leer mi mente y supiera que mucho de lo que hago en esta relación es producto de un gran esfuerzo, tal vez no desperdiciaría su generosidad en mí. Qué bueno que no puede hacerlo, así no se da cuenta de que si sigo aquí es porque a diario trato de encontrar razones que me convenzan de hacerlo y, ciertamente, porque tampoco quiero ser la bruja malvada del cuento que le destroce el corazón.

Mientras comemos, sale a colación el tema del exabrupto de la otra noche. Me sigue avergonzando haber actuado así. Nos pedimos disculpas y sé que son de verdad. Ya hay demasiadas cosas tristes aquí como para encima seguir alimentando ese fuego con dramas innecesarios, pero también entiendo que cuando pasan esas cosas es porque el jarrón de todo eso que no nos decimos se llena y termina por derramarse. Discusiones así son la forma de gritarnos lo que no sabemos cómo decirnos.

—¿Estamos bien? —me pregunta.

Guardo silencio. Ambos sabemos que no, como sea sé que lo que quiere oír no es la verdad.

—Sí, lo estamos.

Le sonrío sin lograr camuflar por completo la tristeza en mi mirada y doy un largo trago a mi vaso de agua para disimular la mentira.

—Han sido meses extraños y creo que no hemos podido hablar bien al respecto… —dice.

Un pequeño escalofrío me recorre. No sé si quiera tener esa conversación, pero también es cierto que prefiero evadirla y nunca tenerla.

Ya no puedo seguir corriendo.

—¿Quieres hablar?

Otro silencio. No esperaba que le ofreciera esa posibilidad, lo vi en la expresión de su rostro.

—No sé si sea el momento. Con todo lo de Nino, la verdad es que sería mejor hacerlo en otra ocasión. Solo quería mencionarlo…

Alguien está huyendo del tema y esta vez no soy solo yo, pero sé que lo hace porque tampoco quiere poner nombre a eso que sigue escondido en lo profundo de su garganta. Después de nombrar ciertas cosas va a ser complicado dar marcha atrás y tampoco sé si sea el momento de que oiga algunas verdades.

En una relación siempre una parte se autoengaña más que la otra, sin querer aceptar lo evidente. Alguien que quiere irse, pero no sabe cómo, y alguien que quiere seguir y hacer lo posible por mantener la relación. A estas alturas ambos tenemos muy claro en qué lado estamos cada uno. Nuestros papeles están bien definidos.

—Creo que ahora lo importante es Nino. Ya tendremos tiempo para hablar de lo que haya que hablar —digo.

Le esbozo una sonrisa y me la contesta.

—Quiero que estemos bien.

—Yo también.

—Te amo… —me dice.

Pese a que tardo apenas unos segundos en responder, es tiempo más que suficiente para que se dé cuenta de que la duda me inunda la garganta.

—Y yo a ti.

No pude pronunciar un "te amo" de vuelta, no me atreví. Aun así, me sonríe y le devuelvo la sonrisa. Luego de un silencio breve

donde probamos bocado de nuestros platos, le comparto algunas novedades:

—Por cierto, ¿ya viste que la jacaranda ha empezado a florecer? —se extraña—. Sí, en serio. Yo tampoco podía creerlo, puse la misma cara que tú.

—Llevabas años tratando de revivirla, ¿hiciste algo nuevo?

—No, nada. Hace meses que no remuevo la tierra ni le hecho fertilizantes. Me parece curioso que florezca en esta época que estamos atravesando…

—¿A qué te refieres? Ya es plena primavera, supongo que es normal…

—No sabes lo que significa, ¿verdad?

—¿Tendría que saberlo?

—No, descuida… tonterías mías…

—Dime, quiero saber.

—No es nada importante, en verdad. Solo quería contarte que tal vez pronto haya un bonito árbol en nuestro patio.

Le sonrío. ¿Por qué no me atreví a recordarle lo que eso significa? ¿Será que no quise revelar mi coartada? Decirle habría supuesto declarar por terminado todo y no es momento. Dejaré que el árbol siga floreciendo. Tal vez solo sea cuestión de tiempo para que lo entienda.

Le pido a Alexa que suba el volumen. La canción que empieza a sonar no es la más feliz de todas, pero sí muy adecuada para nuestra situación. Me levanto de la silla y le pido que bailemos juntos. Creo que nunca he hecho tal cosa como sacarlo a bailar y no sé por qué ahora lo hago. Quizá algo dentro mío sabe que es la última vez que podremos hacerlo y no quiero quedarme con ese asunto pendiente.

Nos abrazamos y bailamos lento. Recarga su cabeza en mi hombro y yo la mía sobre la suya. Puedo sentir que sus brazos se aferran a mi cuerpo y me abrazan diferente, como si su cuerpo también supiera que será de las últimas veces que lo hará y quisiera guardar una memoria sensorial para recordar cómo se sentía cuando ya no pueda hacerlo más. Entonces lo abrazo con más fuerza también.

Hay una gran diferencia entre los abrazos de reconciliación y los de despedida: los primeros son breves e intensos y terminan con un par de palmadas en la espalda, los segundos son más suaves, duran más tiempo y sabes que probablemente no se vuelvan a repetir. El nuestro se siente como un abrazo así.

De pronto su celular suena. Es una llamada. Han encontrado a Nino.

Ambos sonreímos y pone el altavoz.

—Perdón que no llamé antes, hasta ahorita noté que había un número telefónico detrás de la placa con su nombre. Él está bien, lo encontré deambulando cerca de la escuela de mis hijos… —dice la voz femenina al otro lado.

—¡Gracias a Dios! No sabes cuánto nos tranquiliza saber que está bien. Nunca se nos había perdido y nos daba miedo que siguiera por ahí. Podemos ir por él ahora mismo.

—O si gustas yo puedo acercarme, no tengo problema.

—Eres muy amable, pero ya has hecho demasiado al cuidar de Nino todo el día. Llego a donde me digas…

—¿Te parece que te vea en media hora en el parque donde está la fuente con el David gigante?

—¡Excelente, te veo ahí! Muchas gracias en verdad.

—Nada qué agradecer, te veo en un rato. Hasta luego.

Cuelgan.

De inmediato vamos por las chamarras y salimos de casa. El lugar no queda muy lejos de donde vivimos, así que decidimos ir caminando en vez de tomar el auto para evitar el tráfico de las siete de la noche.

Mientras caminamos, el silencio es un tercero que nos acompaña tomándonos de las manos y lo único que se me ocurre para contrarrestar la tensión es ser yo quien ahora lo sostenga de la mano. El gesto lo toma por sorpresa, pero me corresponde. Puedo sentir cómo su alma se pone contenta cuando tengo esos gestos y sé que por un momento le doy esa paz que me gustaría poder mantener con vida más tiempo. Ese momento breve de paz es lo único que puedo ofrecerle y lo sabe.

En instantes como este pienso que me encantaría saber cómo romper mis propios silencios para llevar luz a lo profundo de esa oscuridad de lo que me da miedo pronunciar. Me gustaría haberme convertido en esa persona que merecía tener en su vida, en lugar de solo quererme marchar.

Hay tanto que temo decir por miedo a errar…

Luego de un rato llegamos al David y ahí, junto a la fuente donde corren y juegan más perros mientras sus dueños les echan ojo, vemos a una mujer joven, de aspecto amable, con dos niños pequeños y más abajo, sentado muy obediente y calmado, a Nino. En cuanto nos ve, comienza a mover la cola.

Se abalanza sobre nosotros.

—¡Disculpa la demora! Espero no tengas aquí mucho rato. Preferimos venir caminando para evitar el tráfico —dice.

—¡Descuida! Saluden niños —pide la mujer a sus dos hijos, quienes levantan la mano con timidez—. Siempre son así de penosos, pero ya en confianza nadie los para ¿verdad? —ríe—. Habría llamado antes, pero no tenía mis lentes y cuando vi la placa con su nombre no se me ocurrió ver al reverso. Como no sabía si aparecerían pronto, lo llevé con mi veterinario de confianza para asegurarme de que todo estuviera en orden, y me alegra que sí.

—Has sido muy amable. Por favor, déjanos pagarte la consulta del veterinario, al menos… —me ofrezco mientras saco la cartera y busco los billetes.

—¡No, por favor, no es necesario! Lo veo como un favor que estoy devolviendo. Hace un tiempo también extravié a uno de mis perros. Tengo tres. Las personas que lo encontraron fueron muy amables, así que no hay problema. Además, mis pequeños disfrutaron mucho a Nino toda la tarde, ¿verdad, niños?

Insisto, pero ella se niega y entonces guardo mi cartera. Es muy gentil de su parte.

—¿Puedo preguntar cómo se les perdió? No parecen del tipo que pierde perros y menos uno así…

—Fue hoy muy temprano en la mañana, durante su paseo habitual. Le quité la correa y no sé en qué momento me distraje y

cuando miré ya no estaba. Jamás se había alejado tanto —respondo con cierto dejo de pena.

—Oh, ya veo… bueno, a todos nos ha llegado a pasar. Es un perro muy lindo y bastante amoroso. Ahora entiendo por qué, son una linda pareja.

Nos miramos y nos lanzamos una sonrisa tímida. Es extraño que nos digan que seguimos siendo una pareja bonita cuando por dentro ya no vamos parejo, pero pasamos del comentario.

—¿Estás segura de que no quieres que te paguemos lo de la consulta? —le pregunta.

—Absolutamente. El veterinario es mi hermano, así que me salen gratis —sonríe despreocupada.

—Te agradecemos mucho lo que has hecho.

—Ha sido un placer. Cuídense mucho y ya no lo pierdan de vista —nos dice, lanzándonos un guiño—. Díganle adiós a Nino.

Los pequeños lo acarician por última vez y luego dan media vuelta para tomar a su madre de la mano. Nos despedimos de la chica y nos alejamos de ella en dirección opuesta.

Observo cómo se le ilumina el rostro al ver a Nino, muy parecido a cuando me ve y muy parecido a como solía verlo yo.

Los tres volvemos a casa y decido no pensar en otra cosa para poder saborear ese instante de felicidad que, sé de antemano, es temporal, pero que ayuda a templar un poco el gélido invierno que por ratos parece darnos tregua.

Ahí comprendo que mi error con Nino no es más que un reflejo de lo poco que he sabido cuidar lo que teníamos y que, aunque pueda recuperarlo, no sería lo mismo y es probable que vuelva a perderse. Entonces confirmo que el día que nos dejemos seré yo quien más tarde en superar el arrepentimiento por no haber sabido cómo apreciar a alguien que sí quiso cuidarme.

Me mira sonriente y le devuelvo la sonrisa para disfrazar la disculpa que se me asoma en las pupilas. Sé que se da cuenta, pero no me lo dice, igual que tantas otras cosas que ya no nos diremos.

Quizá más adelante,
en otro cuerpo, con otro rostro y
otro nombre, te vuelva a encontrar,
y te prometo que para entonces
habré aprendido a transformar
mis silencios en algo que te guste
escuchar para que veas que contigo
me quiero quedar y, al fin, podamos estar juntos.

Señales

Miércoles

Sé que no es correcto que me quede a tu lado
por miedo a romperte el corazón, porque al hacerlo, me rompo un poco más.
Pero incluso en el ocaso de esto que tenemos,
seguiré haciendo todo para protegerte del mayor daño posible, incluso si viene de mí.

I

Pensé que el encontrar a Nino nos ayudaría a suavizar la tensión y retomar viejas formas entre nosotros o, al menos, tener algo que nos alivie por un tiempo… pero no fue así. Me alegró mucho que Nino apareciera, porque si no lo hacía habría sido como echarle limón a la herida, aunque quizá ya hay tanta sal que agregar limón no haría ninguna diferencia.

Hoy nos levantamos temprano. Yo tengo una junta en la oficina programada a las diez, así que me alisto y justo cuando voy de salida lo veo llegar con Nino, se había levantado para ir a correr. Le planto un beso en la mejilla, le acaricio la cabeza a Nino y salgo del departamento hacia el estacionamiento.

Ya en el auto, y en el habitual tráfico de la ciudad, recibo una llamada. Es mi mejor amigo de la universidad. Me está proponiendo que comamos juntos.

—Desde que te cambiaste de empleo no nos hemos visto y eso que ahora trabajamos a tres edificios de distancia, así que no voy a aceptarte un no por respuesta —dice con determinación.

—Te prometo que no ha sido intencional. Yo soy "la Emily" de mis jefes, pero sin ropa de diseñador. Te veo para comer. Ya sé sobre qué quieres que hablemos y creo que ya no puedo esquivar el tema.

—Me imagino que aún siguen juntos…

—Juntos no es la palabra que usaría, pero sí, supongo que aún seguimos juntos. Es raro pronunciarlo…

—Descuida. Nos vemos en la comida y lo platicamos con calma.

—Hecho.

—Ciao.

Colgamos.

Al llegar a mi oficina abro las persianas y dejo que entre la luz del exterior. Desde el piso donde estoy tengo vista a la avenida y me gusta ver las copas de todas esas jacarandas que adornan coquetas las banquetas; parecen pintadas con acuarela. Viene a mi mente entonces el árbol de jacaranda que ha empezado a florecer en casa y, lejos de inquietarme como ayer, ahora me parece todo un alivio. No es que le esté dejando la decisión de irme a un árbol, solo que me parece una coincidencia muy extraña que haya empezado a dar retoños justo en medio de nuestra situación. Resulta curioso que ni siquiera se haya dado cuenta aún. Creo que ya no se acuerda de lo que alguna vez dijimos y es probable que solo sea eso, una coincidencia, pero… ¿y si no lo es?

Me resulta muy extraño e incluso incómodo cuando alguien pregunta por nosotros y celebran que sigamos "juntos". A veces me limito a responder de forma escueta y evado el tema. No sé por qué esa obsesión de las personas por celebrar y felicitar a las parejas que llevan tiempo en su relación, como si fuera un logro: "¡Ah, felicidades!", "¡Enhorabuena!", "¿Cuál es el secreto?".

Toda esa aprobación social en torno a celebrar el amor de pareja ha comenzado a asquearme. La gente asume con una facilidad insultante que estar en pareja es sinónimo de felicidad o éxito, y no siempre es así. Para muestra un botón: paso mi tiempo sintiendo culpa al lado de alguien porque ya no puedo amarlo de la misma forma. Y no es que ya no me importe o que no lo haya intentado lo suficiente, es que forzar algunas emociones resulta muy agotador.

Hace un tiempo mi madre habló conmigo. Ella no suele meterse en mis asuntos de pareja, pero tampoco es tonta y se ha dado cuenta de lo que ocurre. Aunque no fue una charla muy larga, sí fue contundente y dolorosa.

—Sé que no soy la más indicada para hablar sobre irse a tiempo, aun así tengo más experiencia que tú en esto de la vida de pareja y además soy tu madre: mientras más te tardes en irte de esa relación, más difícil será cuando quieras hacerlo. Míranos a tu padre y a mí…

—¿Por qué no te fuiste cuando pudiste?

—Por la misma razón que tú: por miedo al después. ¿Y qué iba a hacer yo contigo y tu hermana tan pequeños, sin trabajo y sin nada? Mi error más grande fue pensar que necesitaba de tu padre para seguir. Si tu padre y yo seguimos juntos es porque ya hemos aprendido a ser como dos buenos colegas que trabajan unidos y a estas alturas resultaría absurdo separarnos. Ahora me va bien, a pesar de todo, porque aprendí a hacerlo, pero sacrifiqué muchos años de mi vida para llegar a este punto y el precio que pagué fue muy caro. Tú no tienes nada que te ate a quedarte en una relación donde se ha agotado lo que podías ofrecer. Puedes elegir.

—¿Y por qué estás tan segura de que se agotó lo que podía ofrecer?

Silencio.

—Esos mensajes en tu teléfono no son de trabajo, y lo sabes.

Un frío me recorrió la espalda y no supe qué contestar. Me indignó pensar que revisara mi teléfono.

—No fue intencional. La vez que pasaste por mí al aeropuerto, ¿recuerdas? Te bajaste a pagar el estacionamiento, dejaste tu teléfono conectado a la pantalla del auto y aparecieron varias notificaciones de alguien que te escribía cosas… cosas que solo se le mandan a alguien sin pareja o que cree que no tienes pareja…

Me sentí en el banco de los acusados.

—¡Fueron solo mensajes, te prometo que no he hecho nada!

No había algo creíble que pudiera decir en mi defensa.

—No me tienes que convencer de nada y tampoco te estoy juzgando. Solo te pido que seas congruente. Si ya te empieza a parecer más atractiva la idea de ver que hay allá afuera, es porque quizá ya no hay nada que ver ahí adentro. Ambos son buenas personas y no se merecen esto: ni tú seguir intentando querer a alguien que ya no quieres ni, por su parte, hacer de todo para que un día lo vuelvas a querer. Por lo que alguna vez fue sincero entre ustedes, y si en algo lo aprecias todavía, no puedes seguirte, ni seguirle, haciendo eso.

Han pasado meses desde esa conversación con mi madre y la tengo tan fresca en la memoria que me provoca escalofríos.

La peor parte es que sé que tiene razón. Comencé a escribirme con alguien, pero solo fueron conversaciones… al menos al inicio.

Luego de pasar casi toda la mañana dándole vueltas a esa vieja conversación con mi madre mientras atendí una reunión virtual a la que casi no puse atención, por fin es la hora de la comida. Cierro la computadora, tomo mi blazer y decido apresurarme para evitar el tumulto de personas que dentro de poco empezarán a saturar los elevadores. Por fortuna, alcanzo uno disponible que no tardó mucho en bajar.

Después de varios pisos llego al lobby del edificio, donde ya me espera Miguel.

Nos saludamos con un abrazo. Me da gusto verlo, no sé por qué dejé que pasara tanto tiempo para reunirnos, aunque, a decir verdad, no es la única persona a la que he dejado frecuentar en más de un año. Qué fea costumbre tenemos las personas de abandonar a los amigos cuando nos metemos en una relación y, peor, cuando todo con alguien se empieza a derrumbar. No conozco a nadie que se lo proponga deliberadamente, a veces la inercia de una relación hace que suceda. Al menos así me pasó a mí. Apuesto a que hay personas que incluso creen que dejé de hablarles porque me hicieron algo. Tengo varias disculpas que ofrecer…

—Conozco un lugar excelente de cortes y pastas que te va a encantar. Está muy cerca —dice, sacándome de mis pensamientos.

Caminamos algunas cuadras y llegamos al lugar. Es argentino. Nunca he sido muy fan de los lugares argentinos, pero la verdad no quería desgastar tiempo y espacio mental pensando a dónde ir a comer.

Pronto nos atiende el *host* y nos asigna una mesa. El lugar es agradable y huele bien: pan recién horneado y carne bien cocinada y sazonada. Se me abre el apetito. Un mesero se acerca y nos ofrece la carta. Mientras, pedimos dos aguas minerales.

—¿Cómo sigues? —pregunta mientras ojea la carta.

—Pues sigo… —le respondo con resignación al tiempo que decido entre pedir el *pappardelle* con ragú de costilla o los medallones en

salsa de champiñones—. ¿Tú?

—Feliz de verte. Aunque debo ser honesto, pensé que ya no querías saber de mí o que había hecho algo. Como me dabas largas, creí que ya no te interesaba…

Suelto una risita para disimular mi culpa.

—Justo pensaba en eso mientras veníamos hacia acá. No te culpo. Han sido meses emocionalmente desgastantes y no me he sentido como la mejor compañía para nadie, pero por eso he procurado escribir a menudo, para que no sintieras que me olvidaba de ti. Lamento si eso te pareció.

El mesero llega con el agua mineral y nos toma la orden. Al final elegí el *pappardelle* y él los medallones junto con un par de copas de vino.

—Por un segundo pensé que nuestra amistad se volvería como esas que solo son por mensaje.

Sé que no lo dice en serio, pero noto cierto tono incriminatorio y no puedo culparlo.

—Ya, ya entendí el punto. En verdad todo esto ha sido muy agotador y creo que cada día que pasa se me hace más difícil irme de ahí…

—Sientes culpa y por eso te quedas.

Ni cómo decirle que no.

—Lo mismo me dijo mi madre, y mira que ella no es el mejor ejemplo. Sé que tienen razón.

—¿Y entonces por qué no tomas ya al toro por los cuernos y hablan claro?

—Esa conversación la tendré que poner yo sobre la mesa, jamás va a salir de su parte. Es que me hace sentir mierda la forma en la que en estos meses se ha esforzado por hacer que lo nuestro mejore y que volvamos a estar como antes…

—En una relación siempre hay alguien que quiere terminar y alguien que no, alguien que confía, que sigue creyendo y hace hasta lo imposible para que nada se rompa. Yo he estado en ese lugar, y no es que me ponga de su parte, solo digo que sé lo cansado que es. Tal vez te has quedado más tiempo del que sabías que debías estar…

Tal vez sí.

—De cualquier forma, hay algo que, a pesar de todo, te hace seguir aguantando… ¿qué es?

Qué perspicaz. Suspiro. De nuevo me han descubierto. Parece como si él y mi madre se hubieran puesto de acuerdo.

Señales, supongo.

—La realidad es que no he sabido corresponder al cien por ciento ese amor que me ha dado durante estos años. Quizá al inicio sí, porque era nuevo para mí, pero con el tiempo me di cuenta de que no lograba sentir lo mismo, no con esa intensidad. Me destroza saber que estoy a punto de dejar a la única persona que me ha querido de esa forma solo porque no he sabido qué hacer con eso. Me da miedo no volver a encontrar a alguien que me quiera como me quiere.

—A veces dos personas se juntan a destiempo y en mal momento. Tal vez ustedes se cruzaron en tiempos diferentes, mal *timing,* ¿sabes? O nunca fue la persona indicada para ti y lo que han construido te ha parecido agradable y cómodo, solo eso. ¿Por qué decidiste continuar algo con alguien por quien te diste cuenta de que no sentías lo mismo?

Justo cuando voy a responder, el mesero aparece con nuestros platillos. Todo huele muy bien y tiene buena pinta.

—Porque al inicio no lo sabía, creía que sí era la persona indicada —retomo la conversación—. Y porque conforme fui viendo la forma tan genuina en la que me daba su amor y cariño, me fue cada vez más complicado irme y pensé que quizá con el tiempo aprendería a quererlo de la misma forma.

Me mira y sé que procura no emitir juicio alguno sobre lo que le digo, pero un dejo de desaprobación se le asoma por los ojos y chasquea la boca.

Silencio.

Ambos damos un par de bocados a nuestros platillos.

—Es la primera vez que lo admito en voz alta. Tenía mucho miedo de pronunciarlo. Ahora que lo he hecho, que he podido contárselo a alguien, siento un alivio. Es extraño. Y espero que no pienses que soy una mierda de persona.

—Así se siente la honestidad con uno mismo —toma su copa de vino y la levanta—. Salud por eso. Y no, no pienso que eres una mierda, solo un humano que comete errores humanos —damos un sorbo a nuestras copas—. Es muy sensato de tu parte reconocer el amor que te da y la honestidad con la que te lo entrega. Y sé que puede dar miedo no volver a encontrar a alguien así, pero ¿no crees que seguir ahí te está impidiendo conocer a alguien a quien puedas amar de esa misma forma?

—¿Y si me hacen lo mismo que yo le estoy haciendo? Supongo que estaría pagando un karma —suelto una risita irónica.

—Deja de ver TikTok. El karma no funciona así y no puedes quedarte con alguien solo por miedo a que te hagan lo mismo. Si te lo hacen, pues lo asumes y listo. No es el fin del mundo. Pero también es muy duro de tu parte pensar que allá afuera hay alguien esperando toparse contigo para hacerte pagar todas las que has hecho. No lo estás haciendo porque seas una mala persona, así es esto de tener una relación, nadie nos enseña.

”Todos hemos estado al lado de alguien a quien no sabemos cómo dejar y no es porque seamos unos hijos de puta que vamos por ahí viendo a quién joderle la vida, solo son experiencias. Creo que debes asumir tus responsabilidades, sí, pero también encontrar a otras personas con las que sientas eso que ya no puedes sentir ahí. Además, también merece que le des la oportunidad de encontrar a alguien que sí sepa cómo corresponder a todo ese amor que te ha dado aun sabiendo que no eres la persona correcta.

Frunzo el ceño y lo miro confundido.

—¿Cómo que aun sabiendo que no soy la persona correcta?

—No quiero hablar por él o por ti, ni hacer suposiciones, pero ¿no has pensado que tal vez ambos se involucraron en esto por las razones incorrectas desde el inicio? Te conozco desde hace años y no eres el tipo de persona que se desvive en amor por alguien; eres un huesito duro de roer. Y lo que te pasó es lo que nos ha pasado a la mayoría de las personas alguna vez: sentiste curiosidad de ver si funcionaba y no quisiste dejar pasar esa oportunidad porque tal vez no se repetiría más adelante. Yo te entiendo, he estado ahí también. No es que te lo propusieras, no lo hiciste con malicia, pero creo que

te gustó cómo te hizo sentir y te pareció cómodo y lindo encontrar a alguien que te quisiera así, tan fácil y sin pedir tanto a cambio, aunque quizá supieras que no era para ti.

No sé si beber de un solo trago todo el vino de mi copa o aventarle el plato en la cara. Qué molesto que alguien tenga la boca tan llena de razón; al mismo tiempo, qué necesario resulta a veces escuchar esas verdades.

Sus palabras son bofetadas, una sacudida brusca de la que no me puedo zafar. Una patada en la cara habría dolido menos y mis ojos, llenos de agua, lo confirman. No quiero que se me escapen las lágrimas, pero son más rápidas que yo y me hacen la maldad de caer antes de que pueda contenerlas con mis dedos.

—Hey, no era mi intención… yo solo… Perdona si he dicho algo incorrecto. Creo que me he excedido… —dice avergonzado y me extiende su servilleta—. Por favor, discúlpame.

Logro calmarme.

—No, descuida. Quien debería sentir vergüenza soy yo. En menos de diez minutos me has dicho todo lo que no he querido aceptar. Tienes razón y me duele aceptar no poder ser esa persona que se merece.

Una nueva oleada de lágrimas se amontona en mis ojos, pero solo una logra escapar con timidez de mi ojo izquierdo.

—Creo que me proyecté un poco. Yo también he estado en ese mismo sitio en el que sabes que la otra persona jamás va a poder darte lo que tanto deseas, por más esfuerzo que pongas. La peor parte de quedarte al lado de alguien que ya no amas es que con el tiempo se empiezan a lastimar de verdad y hacen cosas que los hieren de maneras profundas, cuando pudieron haberlo evitado con una despedida a tiempo. Ahí empiezan los problemas y entonces ambos se vuelven el villano en la historia del otro. Recuperarse de eso es doloroso y entonces desearías haberte ido a tiempo cuando pudiste. Créeme, no quieres eso.

Niego con la cabeza. Me aterra la idea con solo pensarla.

—Hoy son los mensajes con otras personas y mañana las salidas y llegadas a deshoras. Y mira, no quiero elucubrar mucho, pero empezarán a hacer cosas que van a ser más difíciles de sanar.

Con cada palabra que pronuncia confirmo todavía más que tiene razón. Sé que el divorcio de su esposa fue una etapa dolorosa en su vida. Sabe de lo que habla.

—Hay algo que he pensado mucho en días recientes y tiene que ver con un árbol que tenemos en el patio trasero…

El mesero se acerca para llevarse nuestros platos vacíos.

—¿Puedo pedirte que nos traigas el brownie de chocolate con cajeta y helado de vainilla? —le pide al mesero.

Este asiente y se marcha.

—¿Postre? ¿En serio? —pregunto irónico.

—Algo dulce debemos tener en medio de tanta amargura. Yo invito —me sonríe y le devuelvo el gesto como agradecimiento—. ¿Qué pasa con ese árbol? Es la jacaranda que me enseñaste en fotos, ¿cierto?

Asiento.

—Hace mucho tiempo, cuando recién empezamos a andar, de broma me dijo que la única forma en la que ese árbol iba a florecer era que nosotros termináramos. Yo he hecho de todo para que florezca, primero porque me parecía agradable la idea de ser el único departamento del edificio con un árbol y, segundo, porque de alguna manera quería evitar ese mal presagio… y sabes que no creo mucho en esas cosas, como sea, preferí prevenirme. Así que quise revivirlo, sin éxito.

”Sin embargo, el otro día vi que empezó a florecer de nuevo, así, de la nada. Y sé que va a sonarte como una locura, pero no pude evitar pensar en sus palabras y que quizá eso es una señal, una muy obvia, para darme cuenta de algo que he querido postergar por tanto tiempo… No sé… Igual y son ideas mías.

Hay un silencio. Está pensando. Seguro sí es una locura y me estoy haciendo malviajes absurdos con simples coincidencias.

El mesero llega con el postre. Nos coloca dos platitos y un par de cucharas pequeñas.

—¿Algo más que pueda ofrecerles?

Ambos negamos con la cabeza gentilmente y se da media vuelta. Entretanto, veo que busca algo en la bolsa interna de su blazer azul

marino y saca una pequeña caja color amarillo que pone sobre la mesa. En cuanto me doy cuenta de lo que es, me echo a reír.

—¡No inventes! ¿Es en serio? ¿Un tarot? No hace falta que te burles… —digo con un dejo de indignación.

—Por supuesto que no me burlaría de ti. Ya sabes que creo en estas cosas y hace poco tiempo me animé a empezar a leerlo. No lo hago con todo el mundo, solo con cierta gente. Este me lo regaló Lorena y es lo único que conservo de esa relación.

—¿Por qué lo guardas?

—Esto sí te va a parecer una locura, pero es de buena suerte que tu primer mazo de cartas te lo regale alguien especial. Yo ya había empezado a tomar clases con una amiga, fue un curso largo y, en un cumpleaños, sin que yo lo pidiera, me lo regaló.

Toma la caja en sus manos y saca un bonche de cartas pequeñas cromadas en color dorado por la parte posterior. Son muy bonitas. Quiero pedirle que me deje tocarlas, pero algo en mi interior siente que no es correcto.

—¿Te recuerdan a ella? Es decir, ¿siguen teniendo un valor sentimental relacionado con ella?

Hasta entonces me animo a ser yo quien inaugure el esponjoso y humeante brownie. La combinación del chocolate, la cajeta y un poco de helado de vainilla con sal de grano en mi boca me reconforta.

—No, ya no. Al inicio sí lo relacionaba con ella, pero cuando reconocí que esto era algo mío y que no tenía nada que ver con ella, aunque fuera un regalo de su parte, empecé a verme a mí y su imagen se fue borrando. Ahora lo llevo conmigo a todos lados porque me representa y creo que me da suerte. El poder me lo atribuyo a mí, aunque ella haya sido el conducto.

No encontré fallas en su lógica.

Con mucha destreza comienza a barajar las cartas. Verlo me resulta muy satisfactorio y relajante.

—¿Me das permiso de hacerte una tirada? Solo serán dos o tres cartas.

Pese a que tengo mis reservas, accedo.

Saca una carta, poniéndola sobre la mesa. Con intriga y curiosidad observo la figura en ella: un corazón atravesado por tres espadas. Lo miro, pero él sigue observándola con mucho detenimiento. Jamás me han leído las cartas, nunca he creído en lo esotérico, él en cambio parece muy convencido de lo que hace y se mantiene muy concentrado. Luego saca otra carta y otra más. La segunda es una especie de diablo con dos personajes desnudos debajo de él y la última es algo parecido a una torre. Le clavo lo ojos de nuevo. La incertidumbre me carcome y ni siquiera sé por qué, si no creo en eso.

—Era obvio.

—¿Qué? ¿Qué significa? —pregunto, tratando de no demostrar demasiada curiosidad.

—Pues que sí, que lo suyo se tiene que terminar. Esta carta del corazón se llama tres de espadas y puede representar amarguras y dolores del alma, pensamientos y cosas que se sienten con pérdida o rupturas, encrucijadas del corazón. Luego salieron el Diablo y la Torre. Tienes que atreverte a dejar que todo se derrumbe, solo así podrás alcanzar un bienestar mayor. Las tres reflejan lo insostenible de la situación y lo duro que será superar esta prueba, necesaria y urgente. Y, bueno… —hace una pausa que me inquieta—, también hay cosas ocultas que ninguno se está diciendo. Sabes a lo que me refiero, ¿verdad? En pocas palabras: ya no hay camino alguno entre ustedes. Son cartas que describen tu situación. Nada que no sepas ya, simplemente te lo están confirmando.

No sé qué decir. ¿Tanta es mi desesperación que tengo que recurrir a esoterismos para saber qué hacer?

—¿Puedes sacar un par más? —me mira suspicaz—. ¿Qué? ¡No me veas así! Tú te ofreciste…

Sonríe. Creo que sabía que no me iba a resistir a la curiosidad. Recoge las tres cartas y vuelve a barajarlas. Esta vez es más breve y saca otras tres: una con una luna, otra con tres personas que parece que brindan y otra más con dos personajes desnudos debajo de un ángel, muy parecido a la del Diablo, pero esta no me causa escalofríos.

—¿De verdad quieres saber?

Eso me alarma.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? —trato de disimular mis nervios.

—Nada, es solo que a veces indagar de más con ayuda del tarot nos puede llevar a descubrir verdades que no estamos listos para enfrentar. Por eso te pregunto: ¿de verdad quieres saber?

—Sí —respondo contundente.

—Vale… pues sí, cosas ocultas. Está empezando a haber terceras personas entre ustedes. Amantes. Ya me habías contado que te has escrito con otras personas, pero aquí me dicen que al parecer por su parte también ha tenido contacto con alguien más. ¿Has sospechado de algo?

A mi mente viene la noche de la cena del lunes, cuando discutimos y no dejaban de llegarle notificaciones de WhatsApp al teléfono y el extraño mensaje en su tableta.

—La verdad, no —miento.

No quiero reconocer que las cartas dijeron una verdad. Pudo ser una simple coincidencia… una que se suma a la del árbol. ¿Dos coincidencias? Me da vergüenza admitir frente a él que una infidelidad sería incluso lo más oportuno.

—O sea que, según las cartas, todo está jodido, ¿cierto?

—Pues más que jodido, solo habla de lo inútil que es seguir postergando lo inevitable y… sí, hay cosas que ambos ya se están ocultando producto de lo mismo, es más que evidente que ahí ya no hay nada…

Toma las tres cartas y las integra al mazo.

—¿Puedes sacar una última? ¡Por favor!

Suelta una risita.

—¿Tan rápido te volviste creyente? —me mira y suspira—. Bueno, solo una más, tampoco podemos abusar porque entonces las respuestas dejan de ser certeras y comienzan a dar mensajes confusos. Hay que evitar ser necios con las cartas, ¿ok? —me advierte y yo, como estudiante que obedece, acato.

Barajea las cartas una vez más con una técnica diferente y esta vez no es él quien escoge la carta, al parecer el mazo la escogió por él: una carta se cae sin querer en la mesa, boca abajo.

Ambos nos miramos con sorpresa. Toma la carta, pero no me la muestra. Me mira.

—Ya, por favor. No me hagas esto —le suplico.

—¿Sabes qué? Pensándolo bien, no te diré qué carta es. No ahora.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Es una carta de mal presagio? —replico mientras guarda el pequeño mazo en su cajita de metal.

—Ya fue suficiente de lecturas por hoy. Lo que tenías que saber, te lo han dicho. Ahora solo debes actuar y dejar de autoengañarte. Además, no hace falta ninguna lectura de tarot para darse cuenta de que hace mucho dejaste de sentirte bien estando a su lado. Ya acéptalo y perdónate por no haber podido ser lo que esperaba. Lo intentaste, y en intentar algo por alguien también hay amor.

Suspiro y me recargo en la silla con resignación. Una vez más, tiene razón, pero ahora no podré sacarme de la cabeza la curiosidad por saber cuál fue esa última carta. Quizá no tenga importancia.

Pedimos la cuenta y, mientras esperamos, dos ideas hacen eco en mi cabeza: no puedo permitirme alejarme de nuevo de mis amigos por estar con alguien y, segundo, que tal vez ya va siendo hora de tener esa conversación que por tanto tiempo nos ha perseguido.

Los consejos de un buen amigo no tienen precio, así que lo menos que podía hacer era pagar la cuenta para agradecerle. Eso hice.

Sí, dejar una relación
es algo que da mucho miedo.
Pero más miedo da quedarse
donde ya no quieren quedarse contigo,
o peor: donde ya no quieres quedarte.

Señales

II

Luego de mi sesión casi espiritista que, debo decir, fue muy atinada en todo, me acompañó de vuelta a la entrada de mi edificio, que queda de paso antes de llegar al suyo.

—No me vas a decir entonces cuál era la carta, ¿verdad?

Niega con la cabeza mientras esboza una sonrisa pícara.

—Cuando sea el momento, lo sabrás, pero independiente de cuál sea esa carta, creo que no es justo para ninguno de los dos que sigan postergando lo inevitable. Ya no lo pienses tanto.

Respondo que sí y nos estrechamos, me sonríe una última vez y nos alejamos.

Mientras camino a los ascensores, no puedo dejar de pensar en cada una de sus palabras y mucho menos en las cartas. Siempre me había burlado de esas prácticas pero, hasta ahora que todo resultó tan certero, mi escepticismo se tambaleó.

Ahora estoy seguro de que en realidad me aterra quedar como la bruja malvada de esta historia y que en algún punto creí que quedándome podría intentar sentir lo que al principio.

A estas alturas no sé si es mejor ser a quien hieren o quien hiere.

Entiendo cuál es mi papel.

Me faltan un par de horas antes de salir, así que me resigno a terminar algunos pendientes y adelantar otros. Abro el navegador para buscar un par de cosas y al entrar en un sitio web, del lado derecho de la pantalla, aparece un banner:

EN INMUEBLES180 NOS ENCARGAMOS DE ENCONTRAR TU PRÓXIMO HOGAR PARA QUE TÚ

SOLO TE PREOCUPES DE PENSAR CÓMO DECORARLO.

Esto ya me parece una burla.

—¡Ya entendí, ya entendí! —digo con cierto fastidio al aire, como si alguien en alguna parte del cosmos me escuchara y luego doy clic en el anuncio que me despliega otra página.

La verdad es que hasta ahorita me puse a pensar que debo buscar a dónde ir cuando todo acabe, porque regresar a casa de mis padres, a mi edad, en definitiva, es un rotundo no.

Entonces algo se estruja en mi pecho.

Pensar por primera vez en mudarme del lugar que por seis años fue mi hogar se siente como balde de agua fría, y hasta entonces dimensiono lo mucho que implica nuestra separación. Me gusta ese departamento, es acogedor, cálido y amplio. Mucha de la decoración fue idea mía y creo que hasta cierto punto me apropié más de la cuenta de un espacio que no era mío de entrada. Llegó un momento en el que incluso dejé de pedirle su opinión en cuanto a la decoración porque no era algo que le interesara mucho, así que terminó siendo más cosa mía. Cada que las visitas halagan lo lindo que está, por supuesto que me adjudico el crédito.

Yo sé que los lugares no hacen a las personas, sino al revés, pero pasaron tantas cosas entre esas paredes que siento que irme es perderlas para siempre. No tengo problema en dejar ahí algunas memorias para jamás volverlas a visitar, pero otras, en cambio, quisiera revivirlas porque fueron las primeras veces que hicimos algo nuevo juntos, y eso deja una huella indeleble. Cuesta enfrentarse al vacío que viene después, aunque sea yo quien ha querido irse desde hace tiempo.

Un espacio físico puede ser llenado con cualquier cosa que quepa en él, pero ¿cómo se vuelve a amueblar un espacio emocional que solo le pertenecía a alguien? Porque sí, hubo un tiempo en donde me sentía a gusto de saber que ese espacio le pertenecía… y ahora que ya no ¿se puede remozar ese hueco?

Como no logro encontrar respuestas decido llenar el formulario de la página y meto los datos básicos que pide, como la zona de la

ciudad donde me gustaría encontrar departamento, el tamaño y el rango de precio que puedo pagar por una renta.

"Más vale prevenir…", pienso.

El motor de búsqueda me avisará vía correo electrónico cuando haya ofertas y lugares disponibles que concuerden con mis especificaciones, así que solo queda esperar.

De pronto, escucho pasos que se acercan y, segundos después, una voz dentro de mi oficina.

—¿Todavía aquí? —me pregunta.

Volteó y lo veo. Es mi compañero de Legal, el del estacionamiento.

No sé si estoy de humor.

—Prefiero trabajar que pasar hora y media en el tráfico… —suelto una risita irónica—. ¿Tú?

—Solo vine por mis cosas para irme. Bajé porque tuve una junta larguísima. ¿No tienes planes hoy?

—¿Planes, en miércoles?

—Vamos, ya es mitad de semana, se vale… —percibo cierto coqueteo en su respuesta—. ¿De verdad te vas a quedar?

—Yo creo que sí —respondo contundente.

—Bien, entiendo. Pues que acabes pronto —me guiña un ojo, me sonríe y se aleja.

Siento una ligera curiosidad, pero me prometí no volverlo a hacer. No quiero ser esa clase de persona. O quizá ya lo soy y solo estoy cayendo en el absoluto cinismo de "portarme bien". Decido cerrar la laptop y empiezo a guardar mis cosas. Lo veo acercarse de nuevo y procuro tener todo listo para partir justo cuando vuelva a pasar a mi lado.

—¿Sabes qué? Pensándolo bien, ya ha sido mucho trabajo por hoy. Bajo contigo.

Y caminamos juntos a los elevadores. Mientras esperamos noto la tensión y finjo que no me doy cuenta de que me observa.

—¿Entonces ya te vas a casa?

Asiento y hasta entonces establezco contacto visual.

—Supongo que entonces no te puedo raptar —dice.

Se me sale una sonrisa nerviosa. Sé cuál es el tren de pensamiento de quienes hemos caído alguna vez en romper el acuerdo de fidelidad en pareja, pero jamás he logrado comprender qué pasa por la cabeza de quienes coquetean con alguien que saben que tiene una relación. Supongo que su soltería los blinda, de algún modo.

Las puertas del elevador se abren y salimos. La tensión es demasiada y no quiero hacer algo de lo que me arrepienta, aunque también detestaría quedarme con las ganas.

—Bueno, pues espero que el tráfico no te agobie.

—Si me agobia, te llamaré por teléfono para distraerme.

—O podrías distraerte con esto… —y, sin previo aviso, se acerca a mí, me toma de la cintura y me besa. Un escalofrío me recorre el cuerpo, uno que, reconozco, es placentero.

De inmediato mi cuerpo reacciona y noto que el suyo también. Sentir sus labios contra los míos es todo en lo que puedo concentrarme mientras mi lengua y la suya se siguen reencontrando.

Sé que pude alejarme desde el primer instante, pero no quise hacerlo. He tomado una decisión y ahora debo hacerme cargo de las consecuencias.

—Yo creo que con eso basta para que el tráfico no me agobie.

Sonreímos. Cuánta adrenalina y placer hay en algunas cosas prohibidas. Sé que pasaré el trayecto a casa arrepintiéndome una y otra vez de esto, pero aceptaré en secreto que lo disfruté.

Pensaré en lo mucho que disfrutaba besar los labios que me esperan en casa y, como castigo, cargaré con la culpa de haber faltado a mi integridad una vez más.

Saber irse de alguien
antes de hacer cosas que puedan
lastimarle también debería ser
parte de los lenguajes del amor.

Señales

III

No debí hacerlo, pero lo necesitaba…

Llevo una hora en el tráfico sin poder dejar de pensar en ese beso y cómo una parte de mí ama la adrenalina de haberlo hecho. Ese beso me ha ayudado a reconocer que ya no hay nada en mí que funja como un límite a hacer ese tipo de cosas.

Estoy cerca de casa. Esta semana en particular se me ha hecho difícil estar ahí. Ya se me acabaron los pretextos para postergar mi hora de llegada y seguir buscando excusas sería rayar en el cinismo.

Mientras intento evadir el tráfico por unos atajos, entra una llamada. Es Estela, una vieja amiga de ambos. Bueno, es más amiga suya que mía, pero con los años fue inevitable no crear una relación también.

—¡Hey, hola! ¿Cómo va todo?

—¡Hola! ¿Cómo estás? Todo muy bien, maravilloso diría yo. Me preguntaba si van a estar en casa…

—Pues yo salí de la oficina y voy camino de regreso, no creo tardar mucho… ¿por?

—Tenemos algo que contarles Oriol y yo.

Suena muy emocionada.

—Ok, pues nos vemos ahí.

—Hecho. Y, por favor, no le digas nada, no quise avisarle para que sea sorpresa, no sabe que estamos en la ciudad, así que fingiremos que esta conversación jamás pasó, ¿ok?

Estela no sabe que tengo maestría y doctorado en fingir.

—De acuerdo, mi boca es una tumba.

—Nos vemos en un rato. *Ciao.*

—*Ciao.*

Antes me gustaba mucho salir con amigos o recibir visitas en casa, incluso cuando empezábamos a estar mal, pero hace como medio año que hemos evitado cualquier tipo de contacto social para no evidenciar cómo se desmorona nuestro castillo que, tal vez, un día sí fue una gran fortaleza y hoy solo es de arena. No sé por qué no le dije que estaríamos fuera. Es curioso que mientras más vergüenza nos da admitir que lo nuestro no tiene remedio, más personas quieren vernos y recibimos invitaciones de todo tipo.

Al llegar al edificio meto el auto al estacionamiento y me mentalizo, respiro un par de veces y me dirijo al departamento como si fuera un soldado caminando directo al frente de guerra. Saco mis llaves. Desde afuera puedo oír las voces. Una vez más respiro profundo y meto la llave en la chapa.

Nino se acerca a saludarme y lo acaricio con cariño. Cuelgo mi saco en el perchero de la entrada y entonces veo que ya han llegado.

—¡Buenas noches! ¿Y esto? —finjo sorpresa, de acuerdo al plan. Corro rápido a la cocina para lavarme las manos y luego se acercan a saludarme Estela y su novio, Oriol, después lo hacemos nosotros. Mi intención era darle un beso en la mejilla, pero me esquiva con sutileza y mis labios apenas tocan su piel. Ya nada me sorprende.

Paso a la cocina a lavarme las manos y aprovecho para sacar unas bolsas de cacahuates y frituras que tenía guardadas en la alacena y las sirvo en un plato botanero. Regreso a la sala y me uno a la charla.

—¿A qué debemos el honor de esta visita? —pregunto mientras pongo el plato sobre la mesa de centro.

—Llegaste justo en el momento adecuado. Estábamos a punto de soltar la sopa —responde Oriol.

—Bueno, pues espero que estén listos… —dice Estela con la emoción a punto de desbordarse mientras nos enseña la mano izquierda para dejar ver un hermoso y brillante anillo de compromiso.

—¡Lo sabía, lo sabía! —exclama con emoción—. Aunque por un momento pensé que estarían embarazados.

—Estamos ansiosos por ser padres, así que seguro les damos la sorpresa pronto —responde Oriol y abraza a Estela por la cintura, la mira con ternura y luego le planta un beso.

¿Será que así nos vimos también alguna vez? ¿También otros nos habrán visto de la misma forma en la que ahora yo los veo a ellos mientras siento el peso de la culpa?

Luego de pensarlo dos veces, rodeo sus hombros con mi brazo y la tensión en ellos es proporcional a la incomodidad que le causa el contacto físico conmigo. Nada fuera de lo normal, pero pienso que es buena idea disimular un poco frente a las visitas para no arruinar la emoción que les causa compartirnos la sorpresa. Dejo mi brazo sobre sus hombros.

De pronto, Estela saca de su bolso un sobre muy bonito con un diseño garigoleado en relieve color plateado y sus iniciales en una tipografía elegante. Su sonrisa de satisfacción se siente como una presión para que lo abramos, así que decido hacerlo y del interior extraigo una invitación con el mismo diseño que libera un sutil y agradable aroma a lavanda, en la que se nos hace la cordial y formal invitación a la boda indicando la fecha, el lugar y la hora.

—Nos casamos en noviembre y por supuesto que tienen que estar ahí. Queríamos que fuera cercano al 7 de septiembre que es nuestro aniversario, pero no había fechas así que lo recorrimos. Y creo que estuvo mejor porque encontramos disponible un lugar que se mueren. Será en una hacienda espectacular a las afueras de la ciudad, el sitio es un sueño. Hay villas privadas para que puedan quedarse y estamos planeando un fin de semana espectacular para todos nuestros invitados.

Estela está viviendo su sueño. Me queda claro.

—Espero que vayan pensando en lo que usarán ese día, aunque conociéndolos, seguro hasta de jeans y tenis se verán increíbles.

Oriol tiene razón, nunca fuimos una pareja mal vestida.

Todos reímos, nosotros con un poco de más esfuerzo que ellos. La boda, como señaló Estela, es en noviembre, ¿podremos estirar esto hasta entonces o sería prácticamente un suicidio?

Nos miramos por un instante con cierta reserva. Sabemos que de aquí a noviembre es mucho tiempo y la duda se nos cuela en el

gesto, no obstante decido disimular nuestra incomodidad compartida proponiendo un brindis. El tintineo sonoro de las copas aligera un poco la tensión que ellos no perciben, pero que a nosotros ya se nos escapa como agua entre las manos.

Alguna vez hablamos de casarnos y en ese entonces, aunque no era un plan que nos urgiera hacer, sí era algo que creímos poder alcanzar. No creemos mucho en la institución del matrimonio como tal, sino como un ritual simbólico de amor y voluntad. Con el tiempo, mi percepción sobre eso cambió y empecé perder el interés.

Jamás me lo propuso de manera directa, lo que hacía era que cada vez que pasábamos por una joyería se detenía a ver los anillos de compromiso, o de repente me preguntaba: "Si te dieran tres opciones de destinos para una luna de miel, ¿cuáles escogerías?". Eventualmente empecé a darle vueltas, ya no le respondía, lo evadía bajo cualquier excusa o decía que era difícil decidirme por temor a que empezara a organizar cosas. Y lo mismo pasaba con los anillos; procuraba no mostrar mucho interés, no porque no quisiera hacerlo, sino porque para entonces ya dudaba de que pudiéramos llegar a tal punto, sin embargo, nunca se lo dije. Recuerdo que una amiga una vez me dijo que en realidad yo no quería casarme porque siempre he sabido que no es ni será la persona indicada para hacerlo.

—Te gusta la vida a su lado y claro que lo quieres, pero tú y yo sabemos que no lo amas, por más que has intentado, y por eso huyes del matrimonio. Te gusta la idea de no adquirir un compromiso así para no perder la opción de tomar la puerta de salida en el momento que ya no te apetezca seguir ahí, porque con el matrimonio se anula esa posibilidad y no quieres sentirte en un callejón sin salida con alguien que, desde siempre, supiste que no ibas a amar tanto. ¿Por qué si lo sabías decidiste seguir?

Tres años después sigo sin saber qué contestar a eso.

—¿Y ustedes cómo van? —pregunta Oriol—. Si no mal recuerdo, ya van a cumplir… ¿Cuánto? Seis o siete años, ¿no?

"La verdad es que nos va de la mierda. Ya no soporto esta relación y, aunque no lo dice, puedo asegurar que siente lo mismo. Cada día que fingimos que no pasa nada es una puta tortura".

Reprimiendo la respuesta verdadera, me limito a precisar que ya son seis años.

"Y es probable que no lleguemos a los siete", pienso.

También omito esa parte.

—Ya el próximo siete, ¿verdad, amor? —me dice sonriente mientras acaricia mi mejilla, y noto el énfasis cínico que hace a propósito en la pregunta. ¿Ya pasamos a la parte donde nos burlamos? No contesto a eso para no romper la faramalla.

—¿Hicieron algo para celebrar su sexto aniversario? No vi que subieran nada a sus redes… —dice Estela con curiosidad.

Yo me adelanto a tomar la palabra y me invento que han sido meses muy ocupados en el trabajo para los dos, pero que seguro antes de que acabe el año planeamos algo en forma.

"Como terminar nuestra relación, por ejemplo", también me limito a pensarlo, pero no digo nada.

—¿Y no han pensado en casarse? —pregunta Estela. Era obvio que la charla iba a terminar en algún momento en esa pregunta.

—La verdad es que n…

—¡Claro que sí! Lo hemos hablado un montón de veces, ¿verdad, mi cielo?

Ahora soy yo quien le ve con sonrisa cínica mientras le doy un besito en la mano para aumentar la incomodidad. No le queda de otra más que seguirme la corriente y entonces inventa una historia absurda de que hemos planeado incluso casarnos en la playa o en algún pueblo mágico.

—O en el exconvento allá por donde tiene una casa tu hermano, rodeado de bosque con un banquete espectacular —añado con sarcasmo. Se da cuenta de lo que hago y mentiría si digo que no lo disfruto.

—¡Oh, claro! ¿Han ido? Sería hermoso. Yo creo que la haríamos ahí. De hecho, ya hemos contactado algunos *wedding planners*, pero primero queremos ir a su boda para robarnos algunas ideas.

Estela y Oriol ríen. Aunque me parece chocante esta dinámica, no deja de resultarme divertido saber que las visitas no tienen ni idea de que en realidad estamos en medio de una tormenta. Quizá la capacidad que tenemos para ponernos de acuerdo sin decir

palabra sea prueba del amor y la complicidad que una vez tuvimos, aunque sea solo para aparentar. Es patético que todo se haya reducido a eso. Qué mal tino de Oriol y Estela venir a compartirnos algo que, en otras circunstancias, seguro nos habría alegrado aún más. No es su culpa, por supuesto, solo es un poco cruel, porque verlos me recuerda lo que por mucho tiempo intenté ser y no pude conseguir.

—Siempre me ha encantado su relación. Me sentí muy feliz cuando dieron el paso de adoptar a Nino y, debo confesarlo, en algún punto sentía que no habría manera de que yo encontrara algo como lo de ustedes.

Estela realmente viene decidida a echarle limón a la herida. Arde.

—No saben cómo me los presumía; estaba ansiosa por que los conociera. Cuando lo hice, entendí por qué tanta insistencia. Y bueno, tal vez esto jamás se lo he dicho a Estela, pero me inspiraron mucho a querer tener algo bonito con ella igual que ustedes.

Oriol nos tira a matar. No tengo cara para voltear a mi izquierda y toparme con su mirada. La vergüenza me nubla los ojos y sería ya demasiada humillación dejar que se dé cuenta.

Doy un sorbo a mi copa de vino como si fuera suficiente para esconderme y sonrío.

—Brindemos por lo afortunados que somos, porque todos quieren algo como lo que tenemos, pero solo pocos lo encontramos —dice Estela, levantando su copa.

Me doy cuenta por el rabillo del ojo que unas cuantas lágrimas caen de sus ojos. Solo yo sé que son de cualquier cosa menos de felicidad.

El tintineo de las copas chocando se siente como un estruendo en mi interior que termina por derrumbar las pocas y viejas estructuras que aún quedaban de pie y hasta ese momento me atrevo a sostenerle la mirada. Ahí, en ese instante donde el tiempo parece detenerse un momento, entiendo que va a costarme mucho trabajo olvidar esos ojos en los que se le refleja el adiós definitivo que sus labios ya no necesitan pronunciar y que a mí me va a recordar por un buen tiempo todos los futuros que ya no vamos a tener.

Tal vez lo valioso de una relación
no es que tenga un felices para siempre*,*
sino que la felicidad compartida,
mientras duró, haya valido
toda la pena del mundo.

Señales

Jueves

Hay muchas cosas que me habría gustado cambiar porque lo merecías,
pero no supe cómo. Y, al mismo tiempo, hay un montón de cosas que, a pesar de todo, no cambiaría por nada del mundo, porque fueron contigo.

I

Lo que ya estaba roto entre nosotros se terminó de romper con la visita de Estela y Oriol.

Desde luego, no es su culpa, pero el que hayan ido a compartir su felicidad con nosotros me resultó muy contrastante. Ayer, más que nunca, sentí los enormes esfuerzos que tuvimos que hacer para mantener las apariencias y pretender vernos como algo que ya no somos y que, honestamente, dudo que alguna vez hayamos sido. Incluso la pequeña charla que tuvimos en la cocina después de que se fueron fue la típica que tienen dos personas que no saben de qué más hablar, con preguntas y respuestas acompañadas de obviedades. Preferí irme a dormir para no tener que repetir esa vieja dinámica.

Me costó bastante conciliar el sueño. No dejaba de pensar en Oriol y Estela, y en lo enamorados que se veían. Me pregunté si en algún momento a ellos les llegaría a pasar lo que a nosotros. No es que quiera que su matrimonio fracase, es solo que me pregunto lo que otras parejas hacen para evitar llegar a lo que nosotros hemos llegado. Tal vez ellos sí decidieron estar juntos por las razones correctas. En fin…

Hace un rato tuvimos otra discusión. Ya ni siquiera sé cuántas veces hemos reñido en el último mes. Esta vez fue porque saldría a la inauguración del bar de unas amigas suyas y me lo dijo hace una hora.

Al inicio pensé que mi enojo era por su falta de atención al no avisar con tiempo y porque ni siquiera me ofreció acompañarlo, aunque fuera por mera cortesía. Ahora que se fue y estoy aquí, en silencio, con Nino echado a mis pies y navegando sin rumbo por Netflix, pienso que en realidad fue porque me dio miedo comprobar

que retoma su vida sin contemplarme, porque ahí ya no hay lugar para mí.

Sé que no tengo nada que reprochar porque yo he hecho lo mismo, solo que me sorprendió que no lo disimulara ni siquiera un poco. Aunque me hubiera pedido ir con él, lo habría hecho esperando una negativa de mi parte. No hubiera aceptado de igual manera, pero, no sé… supongo que aún busco mantener las formas y la diplomacia para no sentir que esto va a terminar de forma abrupta.

Mientras sigo buscando algo que ver en la televisión, suena una notificación en mi teléfono. Es un correo de la página de inmuebles a la que me suscribí.

HAY UNA OFERTA QUE COINCIDE CON TUS CRITERIOS DE BÚSQUEDA.
HAZ CLIC EN EL ENLACE PARA CONOCER TU PRÓXIMO HOGAR.

Hogar. Eso es algo que pensé que tendría aquí, por siempre. Cuando llegué la primera vez a esta casa solo traía un par de maletas con algo de ropa y los cinco o seis libros a los que siempre vuelvo cuando necesito refugio. Las primeras veces que haces algo emocionante no se olvidan y menos cuando es al lado de alguien que amas.

No lo amé de inmediato, sino con el tiempo.

Al inicio pasaba más tiempo aquí que en mi departamento anterior, al que iba solo los fines de semana. De pronto, de los siete días, cinco ya los vivía junto a él.

Un día, mientras comíamos sushi en el lugar de la esquina, sacó de su bolsillo un juego de llaves y me las dio.

—¿Para qué son? —le pregunté con extrañeza a medio bocado.

Y me dijo que eran para mí, mi propio juego, para que pudiera entrar y salir cuando quisiera.

Me sonrojé y sonreí como idiota con la boca llena de rollo California. Acepto que me pareció pronto; en ese momento no sabía si quería formalizar. Aún tenía mis dudas, pero eran más mis ganas de que ya no fuera solo su departamento, sino nuestro. Después de

todo, para esas paredes ya no era una visita frecuente, sino una presencia permanente, y ahora… bueno, ahora estoy a punto de ser una ausencia definitiva.

Me resulta extraño estar aquí, en medio de tanto silencio. Es como si me dieran a probar un poco de lo que me espera más adelante en mi propio espacio. Mientras tanto, contemplo detenidamente a mi alrededor, creando fotografías mentales de un lugar que hace tiempo dejó de sentirse como mi casa. Es curioso eso de extrañar algo que aún no se ha ido o no se ha dejado por completo todavía…

Le doy clic al enlace que me lleva a la aplicación del sitio. Y sí, la oferta es tentadora, el lugar parece lindo y tengo un mensaje del dueño ofreciendo mostrarme el departamento.

Supongo que es hora de empacar los restos de esta vida que poco a poco se fue quedando vacía. No obstante, dudo que pueda olvidar que fue aquí donde conocí cómo se siente estar con alguien que ama de verdad.

Hay que tener más
miedo de que se acaben
los temas de conversación,
la voluntad, las ganas y la empatía,
porque el amor sin nada de eso
sirve para una mierda.

Señales

II

No sé por qué puse *Comer, rezar y amar*. Supongo que soy el cliché del cliché, pero hay algo en esa película que me resulta reconfortante.

Mientras veo al personaje de Julia dividirse entre seguir amando a su marido y la vida que tiene y, al mismo tiempo, desear con todas sus fuerzas escapar de ahí por querer otras cosas mientras la culpa por ello la consume, no puedo evitar reflejarme y proyectar un poco de mi propia historia. Hubo un tiempo en el que me sentí igual que ella: había encontrado algo que fue bueno y suficiente, donde pude sentirme en plenitud y felicidad durante un tiempo.

Ahora que lo pienso, no creo que las dudas hayan desaparecido alguna vez, lo que ocurrió fue que con el pasar de los años dejaron de ser tan ruidosas y aprendí a mantenerlas bajo llave, en un cajón que de pronto volvió a abrirse y ya no supe cómo cerrar. Por mucho tiempo intenté quedarme y sentirme feliz con lo que tenía, porque era valioso y lo sabía, pero creo que en el fondo siempre quise otras cosas.

Al inicio creía que era aburrimiento, pero en los últimos días reconozco que en realidad no tuve la madurez ni la experiencia para comprometerme al nivel que las circunstancias lo requerían. He aprendido mucho de todo esto y creo que por eso ha valido la pena. Me hubiera gustado toparnos en otro momento de la vida, quizá cuando tuviera más madurez y menos necedad, lamentablemente las cosas son como son, nos gusten o no, como siempre dice mi madre.

El otro día la nube donde guardo mis fotos me empezó a mostrar recuerdos nuestros de los viajes, los cumpleaños y las navidades. ¿Por qué nos gusta llevar un registro histórico de nuestra historia

con alguien, sabiendo que siempre cabe la posibilidad de que un día eso pueda terminar?

Tal vez por pensar que jamás va a terminar. No aprendemos.

Supongo que un día las fotos dejarán de importar, quedándose en el olvido del ciberespacio, y vendrán más fotos. Quizá un día que no tenga mucho que hacer las borre de un clic, y sabré entonces que esta historia ya no me perturba de ninguna manera.

¿Podremos ser amigos? ¿Será correcto intentarlo? ¿Cuál es el parámetro para saber si es bueno conservar la amistad con alguien con quien compartiste tantos años de tu vida? Hubo personas que en definitiva no quería de amistades después de haberme hecho pasar por malas experiencias, pero las veces que sí lo intenté, no funcionó.

En nuestra historia, a pesar de todo, no hay nada qué lamentar, salvo el hecho de no haber tenido más madurez para evitar que se prolongara. No puedo decir que estar aquí haya sido lo peor que me ha pasado, porque sería injusto y una vil mentira. Ahora solo espero no pasar a su lista de las peores experiencias en su vida.

Espero que quiera recordar algo bueno de mí y, con algo de suerte, conservarlo.

Ya casi van a dar las doce y aún no llega. Mi costumbre de permanecer despierto hasta saber que ya está en casa no ha desaparecido. Así fue desde el inicio y ahora no sé hacerlo de otra manera. No me siento con la autoridad para escribirle y preguntarle si va a tardar; supongo que a lo largo de este final hay privilegios y derechos que hemos ido perdiendo.

Hay cosas que van a tardar tiempo en cambiar: rutinas, costumbres y manías que tendré que ir desaprendiendo; códigos que deberé olvidar porque ya no tendrá sentido mantenerlos con vida, no podré usarlos con nadie más: solo nosotros podíamos leerlos. Será como dejar que se extinga una lengua antigua, un idioma que solo fue nuestro mientras duró.

Nino permanece echado a mis pies sobre el sofá. Voltea y me mira. Sabe que me iré porque en los últimos días ha estado más

apegado a mí que de costumbre; quizá lo sabía desde mucho antes de que yo me decidiera a hacerlo.

Lo miro y le sonrío con nostalgia porque ya no lo voy a ver, al menos no por un tiempo. Me incorporo y pongo su cabeza sobre mis piernas mientras le acaricio por detrás de las orejas. Siempre le ha gustado que haga eso.

—¿Y ahora quién me va a despertar en las mañanas? —le digo sin poder evitar que se me llenen los ojos de agua—. Ya sé que de los dos tal vez no soy tu favorito, pero te quiero y me va a costar un poco de trabajo acostumbrarme a que nadie me reciba cuando llegue a casa.

Las lágrimas resbalan lentas por mis mejillas. Nino me ve y se incorpora para lamer mi cara.

—Sí, yo también te voy a extrañar, pero sé que vas a estar bien. Y tal vez, si logramos llegar a un buen acuerdo, me dejen verte de vez en cuando. No creas que voy a abandonarte así nada más…

Lo abrazo. Ambos nos recostamos en el sofá y, mientras permanece sobre mi pecho, dejo que mis lágrimas alivien la tristeza de pensar en todas esas memorias que ya no vamos a coleccionar juntos.

El hecho de aceptar que
ya no te hace bien estar con alguien
no quiere decir que le olvides
o dejes de quererle de inmediato.
Se puede seguir queriendo a
alguien así, en silencio, a la distancia
y suavecito, para poder soltarle
poco a poco.

Señales

III

Es tarde. Ya pasa de la una y todavía no llega. Nino y yo nos quedamos dormidos en el sillón. Me levanto despacio, procurando no despertarlo, pero al menor movimiento abre los ojos. Lo acaricio y le digo gentilmente que es hora de irnos a la cama. Lo guio hasta su espacio dentro de nuestra habitación y se echa.

Me quito los zapatos, me pongo la piyama y, luego de lavarme los dientes, me meto entre las sábanas.

Suspiro y permanezco viendo al techo. Sé lo que va a pasar mañana y ya no tengo ganas de aplazarlo. ¿Será mejor hacerlo por la mañana o por la tarde? Había olvidado que mañana es día feriado y no vamos a trabajar. Creo que por la mañana será lo adecuado, para charlar con calma.

Es la segunda vez en mi vida que voy a tener ese tipo de conversación, pero es la primera vez que en realidad me importa. Algo en mi interior se inquieta. Nunca es sencillo tener esas charlas que llevan a puntos finales, pero es lo correcto y ya entendí que en soltar también hay algo de amor y cariño.

Volteo a mi derecha, hacia mi buró, y veo la foto de nosotros dos que siempre he tenido enmarcada. Ni en este, que es nuestro momento fatal, me ha pasado por la cabeza quitarla.

Tomo la foto entre mis manos y la observo. Estamos en la playa y me está cargando en sus hombros. Fue un viaje extraordinario. Éramos felices.

Entonces vienen a mi mente, como estampida, todos los momentos que vivimos juntos: las tantas primeras veces que hicimos algo, las risas, los abrazos, los momentos difíciles que hemos superado y todo lo que una vez fue suficiente para decidir quedarnos. Miro su rostro en la fotografía, sonriente y con la

confianza de lo nuestro reflejada en la mirada. Luego veo el mío: luce distinto. Recuerdo que yo estaba muy feliz en el viaje, pero ahora que me detengo a observar bien este retrato, puedo notar que mis ojos ya empezaban a esconder una verdad que me negaba a aceptar. Jamás se dio cuenta porque evité que lo hiciera. Lo protegí de mí, supongo…

Sé que no puedo permanecer al lado de alguien solo por los buenos momentos que tuvimos.

A veces pienso que me habría gustado hablarle más y callar menos, para así dejarlo entrar en mis más profundos deseos. Me habría encantado saber cómo romper mis propios silencios para que, con ayuda de su amor fino y delicado, me ayudara a llevar un poco de luz a mis abismos más densos, lugares a los que por primera vez en mucho tiempo dejé a alguien entrar porque se trató de él. Supo cómo ablandar mi coraza de forma suave y educada. Llegó mucho más lejos que cualquiera antes, tal vez porque ya no quería vivir a la defensiva y quise soltar mis amarras, nadar entre sus aguas y comprobar lo mucho que me equivocaba al negarme a vivir eso que con tanta generosidad me dio a probar mientras la puesta de sol nos abrazaba.

Supongo que fui incapaz de aprender a dejarme fluir y dejarme ser suyo, compartirme de la misma forma en la que tan generosamente se compartió conmigo. Creo que, en el fondo, la sola idea me aterraba, porque nunca tuve ejemplos que me enseñaran. Pensaba que, si me entregaba, algo en mí abandonaría, pero me equivoqué como las personas inteligentes se equivocan: como estúpidas.

Día tras día podía ver lo mucho que me regalaba y luego noté que, de tanto regalarme, algo en él comenzó a desvanecerse. No supe qué hacer con eso. Era una responsabilidad con la que yo no me quería comprometer. Muy cobarde de mi parte, lo sé, porque en lugar de asustarme debí hacerle saber que amar no es desaparecer. Que podía acompañarme sin tener que soltarse, desafortunadamente lo entendí muy tarde… igual que tantas otras cosas que me hubiera gustado comprender para saberle corresponder.

Nunca me atreví a compartirme más, pese a que lo intenté, juro que lo intenté, en verdad que sí. Ahora que ambos estamos parados en la antesala del final, me doy cuenta de todo eso que pude mejorar, pero, a causa de mis miedos, mi ignorancia y mi comodidad, me fue imposible remediar. Y no digo esto para justificarme, sino para aceptar la responsabilidad que me toca y porque, si no pude ser esa persona que merecía, al menos sí puedo usar mi sensatez para aceptar que no hice lo suficiente… y eso, me temo, no tiene solución.

Pido perdón por todas las palabras mal dichas y las que jamás pronuncié, aun cuando lo esperaba. Pido perdón por los prolongados silencios que preferí usar en lugar de dar la cara y por no saber brindar un poco más, por reservarme al punto de ponerlo a dudar. Pido perdón por poner a temblar su calma y su paz, cuando había prometido no hacer nada que lo lastimara.

Quisiera poder repetir nuestra historia y demostrarle lo que he aprendido, pero no puedo regresar el tiempo ni borrar por completo lo vivido. Solo puedo decirle que, a pesar de todo, fuimos una buena historia, una que valió la pena ser contada y vivida.

De todas mis experiencias, fue por mucho una de las más dolorosas y, al mismo tiempo, una de las más valiosas. Personas así no se olvidan tan fácil y seguro que durante un buen tiempo lo seguiré llevando conmigo. Vivirá en mí a través de los errores que ya no voy a cometer la próxima vez que la vida me deje querer a alguien y veré su reflejo sutil en los momentos alegres que pueda ofrecer a otros. Recordaré cómo, a pesar de todo lo que nunca fui, decidió cuidarme con sumo amor y gentileza. En cada lección ahora guardo un tesoro escondido.

Me habría gustado quererlo y disfrutarlo más. Tomarnos más fotos y darle más besos y abrazos. Habría querido pasar más horas durmiendo juntos, en lugar de pasar tantas horas discutiendo.

No sé si vuelva a encontrar a alguien que pueda quererme tanto… Si acaso sucediera, si en mi futuro llegara a conseguirlo, recordaré aquellos tiempos en los que me amó, para poder ser un poco más valiente y saber quedarme con la misma fuerza y convicción con la que intentó quedarse conmigo.

Y sí, lo amé. No como quería y tampoco como merecía, pero lo hice. Y sí, seguro también por un tiempo lo seguiré queriendo y algo en mí despertará cada que se cruce en mi mente, sin embargo, sé que pasará y con el tiempo solo será un buen recuerdo.

Por eso, como último acto de amor es que lo suelto y me voy, para que pueda continuar mientras nos vamos dejando de extrañar. Finalmente, hay mucho amor en querer que encuentre la felicidad que ya no le puedo obsequiar. Eso es algo que ya no pienso arrebatarle.

—Tú, más que nadie, mereces ser feliz —digo en un susurro.

Beso la fotografía y apago la lámpara de noche. Aunque algunas lágrimas caen sobre mi almohada, siento paz y calma porque, por primera vez en todo este tiempo, sé que estoy haciendo lo correcto.

Nunca pensé escribir una historia
sobre darse el adiós
y cómo el paso de tiempo nos causó tanto daño.
Nos fuimos convirtiendo en una melodía
que fue perdiendo la armonía poco a poco.
Un mal que nos llevó a nuestro inminente final.
Recuerdo cuando construimos nuestro castillo,
aquel refugio donde sentiríamos alivio del mundo
porque todo parecía tener su propio brillo,
pero el invierno apabullante se coló entre las paredes
de una manera inquietante.
Y por las grietas,
de manera muy discreta,
se nos escapó la felicidad
que tenía fecha de caducidad y ahora resulta
obsoleta.

Señales

Viernes

Antes de ti, creía que todos los adioses debían estar
precedidos por el desamor y la amargura,
pero luego llegaste tú,
y me enseñaste que en el adiós
también hay cantidades inmensas de amor.

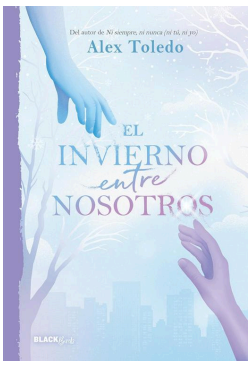
Después del show de la *drag* me despedí
y manejé de vuelta a casa. Al llegar todo
estaba en silencio, ambos dormían.
Procuré no hacer ruido al quitarme la ropa
y meterme a la cama.

Ayer fue la última noche
que compartimos en la misma habitación.
Hoy el aroma a café recién hecho me ha
despertado temprano.
Me levanto, me pongo la bata y me dirijo a la cocina.
Me sirvo un poco de café y por la ventana lo veo
en el pequeño patio trasero tomando el suyo
en la mesita de madera frente a la jacaranda.
La contempla y sé bien por qué.
Salgo y me siento en la otra silla.

Ambos nos miramos.
Sabemos por qué estamos ahí y que ya no hay marcha atrás.
Entonces volvemos la vista al árbol frente a nosotros:
su follaje ha terminado de florecer y ahora es de un
frondoso y elegante color lila.

Y ahí, al ver ese símbolo profético…

por fin aceptamos…



A veces el amor no es suficiente para mantener con vida una relación. ¿Qué pasa cuando el final comienza a anunciarse como una tormenta gélida que no da tregua?

En un rompimiento siempre hay alguien que quiere irse y alguien que desea luchar contra el final, pero cuando lo que se ha agotado es el amor, poco puede hacerse contra lo inevitable. Los conflictos, los malentendidos y las heridas pasadas se acumulan, imposibilitando reencontrar el calor que alguna vez tuvo una relación… y entonces el amor ya no es suficiente para continuar.

En esta historia no hay un final feliz, pero sí el deseo de dejar ir y seguir adelante, curando las heridas para buscar un nuevo amor a nuestra medida. Dos versiones de una misma historia en la que no hay culpables ni víctimas, sino simplemente personas que intentan herirse lo menos posible cuando el invierno ha llegado para quedarse.

Porque saber soltar también es un acto de amor.



Alex Toledo: Nació en la Ciudad de México. Es escritor, comunicador y terapeuta humanista enfocado en relaciones interpersonales, pareja y diversidad sexual. A lo largo de los últimos diez años ha logrado consolidar una base de más de medio millón de lectores tanto en México como en otros países de Latinoamérica. Es autor de varios títulos en Alfaguara bajo el sello de Blackbirds, entre los que se encuentran Se curan rotos, descosidos y deshilachados y Ni siempre ni nunca (ni tú ni yo). Es amante de la vida fitness y, al mismo tiempo, un foodie experto siempre en busca de nuevos sabores y experiencias culinarias. Actualmente vive en la Ciudad de México junto a su pareja, su perro, Odiseo, y sus plantas.



El invierno entre nosotros

Edición en formato digital: agosto, 2025

D. R. © 2025, Alex Toledo

D. R. © 2025, derechos de edición mundiales en lengua castellana:
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. de C. V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, alcaldía Miguel Hidalgo, C. P. 11520,
Ciudad de México

penguinlibros.com

Diseño e ilustración de portada: Penguin Random House / Mariana Vega
Fotografía del autor: Cortesía del autor
Imagen de las páginas 160 y 161: © iStock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Se reafirma y advierte que se encuentran reservados todos los derechos de autor y conexos sobre este libro y cualquiera de sus contenidos pertenecientes a PRHGE. Por lo que queda prohibido cualquier uso, reproducción, extracción, recopilación, procesamiento, transformación y/o explotación, sea total o parcial, ya en el pasado, ya en el presente o en el futuro, con fines de entrenamiento de cualquier clase de inteligencia artificial, minería de datos y textos, y en general, cualquier fin de desarrollo o comercialización de sistemas, herramientas o tecnologías de inteligencia artificial, incluyendo, pero no limitado, a la generación de obras derivadas o contenidos basados total o parcialmente en este libro y cualquiera de sus partes pertenecientes a PRHGE. Cualquier acto de los aquí descritos o cualquier otro similar, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público, está sujeto a la celebración de una licencia. Realizar cualquiera

de esas conductas sin licencia puede resultar en el ejercicio de acciones jurídicas. Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, https://cempro.org.mx).

ISBN: 978-607-386-218-9

Composición digital: Simon and Sons ITES Services Pvt. Ltd., Chennai

Facebook: @penguinebooks
X: @penguinlibrosmx
Instagram: @penguinlibrosmx
YouTube: @penguinlibrosmx
TikTok: @penguinlibrosmx

Table of Contents

- Portada
- El invierno entre nosotros (Lado A)
  - Dedicación
  - Advertencia
  - Agradecimientos
  - Introducción
  - Prefacio
  - Una Cara de la Moneda
    - Domingo
      - I
      - II
      - III
    - Lunes
      - I
      - II
      - III
    - Martes
      - I
      - II
      - III
    - Miércoles
      - I
      - II
      - III
    - Jueves
      - I
      - II
      - III
    - Viernes
- El invierno entre nosotros (Lado B)
  - Dedicación
  - Advertencia

Introducción
Prefacio
La Otra Cara de la Moneda
- Domingo
  - I
  - II
  - III
- Lunes
  - I
  - II
  - III
- Martes
  - I
  - II
  - III
- Miércoles
  - I
  - II
  - III
- Jueves
  - I
  - II
  - III
- Viernes

Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos